



# Cartusia Defensionis

La vida de los  
cartujos de Jerez  
plasmada por  
Rafael Tardío

CINCUENTENARIO DEL REGRESO DE LA ORDEN A ESTE MONASTERIO

# Cartusia Defensionis

Una visión artística realizada por  
**Rafael Tardío Alonso,**  
sobre la vida de los Cartujos de  
Santa María de la Defensión,  
de Jerez de la Frontera.

El Puerto De Santa María

2011

## Prólogo a la primera edición

*En mis incursiones pictóricas por pueblos y campiñas, paseé varias veces por los alrededores de la Cartuja de Santa María de la Defensa, e impresionado por su belleza arquitectónica no pude sustraerme de pintarla en varios cuadros aislados e inconexos, simples vistas exteriores que no penetraban la mística vida que ocultaban sus muros. Por aquellos lejanos años, la idea de pintar su interior no era más que una pretensión utópica.*

*Sin embargo, por aquel entonces, quiso Dios que llegara a mis manos el hermoso libro ESTAMPAS CARTUJANAS, de Antonio González, y, súbitamente, reanidó en mi corazón el vehemente deseo de imitar su obra. Porque su pluma, hábilmente conducida por su poética narrativa, compuso muy bellas estampas literarias de la Cartuja de Miraflores, describiendo con gran maestría la hermosura mística de la vida de los Cartujos, la atmósfera recóndita y excelsa de las penumbras y las soledades, del misterio de la proximidad de Dios que se manifiesta en el casi éxtasis continuo del amor y la paz divina. Nunca olvidé ese libro, porque sembró en mí la semilla de una esperanza: la de acercarme a los cartujos e intentar glosar, a mi manera, una nueva colección de estampas cartujanas.*

*Para mí, sería vana empresa valerme de la pluma literaria, pues, no siendo escritor de su calibre, jamás le igualaría. Tan sólo podría intentarlo con la plumilla de dibujo, mi otra pluma más diminuta y frágil que la suya, pero herramienta con la cual siento más confianza para expresar mi sensibilidad por tan interesante tema, y crear así unas estampas gráficas, con imágenes en lugar de palabras.*

*Mas, al cabo de una década, ocurrió lo impensable. Un amigo, a su vez amigo de los cartujos, me brindó la ansiada oportunidad de visitar la Cartuja. Traspasamos el gran portón de la clausura que, gracias a él se abrió generoso, y conocí ese mundo insólito en el que, sumidos en el silencio y la oración, los monjes desgranaban su vida. Acompañados por el Padre Prior recorrimos el Monasterio, mas no vi un solo monje, aparte de nuestro venerable cicerone. Sin embargo, entonces ya me vi envuelto por la sublime atmósfera de austeridad, sacrificio y armonía que allí reina, y la inefable sensación de percibir la cercanía de Dios. En la Cartuja cada rincón, cada acto, cada pensamiento están enfocados hacia Dios, y el alma vive inmersa en un gozo y una serenidad de suma espiritualidad.*

*En dicha visita de un sólo y breve día, renacieron mis ansias de pintar la vida mística de los monjes blancos, la atmósfera amorosa de sus penumbras eremíticas, y el misterio de la contemplación y la beatitud. Pero este deseo siguió postergado durante otra década, pues no es fácil colarse en la Cartuja y perturbar su sagrado recinto.*

*Al aproximarse el año de 1998, cincuentenario del regreso de los Cartujos a Jerez, mis esperanzas se renovaron e insistí en mi empeño. Esta vez fui solo, expresé al Prior mis anhelos y las puertas se me abrieron. Los monjes cartujos me honraron con tan generosa acogida y extraordinaria bondad y gentileza, que me dejaron explorar cuanto atraía mi atención. Sencillos y amables, me ayudaron a captar los reales valores de su vida eremítica y cenobial, la hermosura del templo, de las capillas, retablos, y las pinturas e imaginería seculares que plugieron y elevaron mi sensibilidad. Jamás tuve*

*una experiencia tan enriquecedora. A ellos, pues, mi profundo agradecimiento y aprecio.*

*Empero, conforme crecía en conocimiento, descubría cuán descabellada era mi intención. ¿Cómo podría plasmar la sublime belleza gozada con los ojos, las místicas sensaciones que emanaban de sus enseñanzas, o las vibraciones de las almas de estos monjes, si hasta sus figuras son invisibles? Me consideraba incapaz de reflejar con justicia tanta exquisitez. En algunos momentos estuve a punto de desistir de mi proyecto, por considerarlo un imposible, pero la idea no me abandonaba y la sentía aferrarse en mí como hiedra que se agarraba al muro y crecía con más fuerza que mis propias dudas.*

*Trabajé múltiples bocetos, buscando qué técnica podría ser la más idónea para transmitir la sobriedad, la quietud, el silencio y la espiritualidad de esta santa casa, todo ellos conceptos abstractos y etéreos, casi de otro mundo ajeno a la tierra. Deseché el color y opté por el recurso sobrio y clásico de la plumilla en blanco y negro, medio más apropiado para tan sobrio y clásico tema. No podía ser de otra manera, pues plasmar tan sublime mundo es casi como hablar con Dios, y para hablar con Dios hay que revestirse de seriedad. Una seriedad nacida del respeto y la admiración, sin sombra de tristeza, porque en la austeridad de los cartujos no veo negruras lúgubres, sino la belleza de una espiritualidad inigualable. Creo que el espíritu de la Cartuja es ya en sí mismo una obra maestra.*

*Ojalá que mis cuadros sirvan para hacer vibrar a otros de emoción y cariño hacia este insigne Monasterio. Ojalá que esta pobre muestra ayude a muchos a amar y proteger la joya espiritual y artística que es la Cartuja de Jerez, y que su querida Comunidad encuentre aceptable mi pobre y personal visión de la CARTUSIA DEFENSIONIS.*

*Desearía que mi obra pudiera servir de complemento a la suya, y ayudara a quienes no sean amantes de la lectura a conocer la vida tan sugerente y austera de los Cartujos, a vibrar de emoción y cariño hacia esos abnegados hombres que han tenido el valor de elegir uno de los caminos más difíciles de recorrer, pero, al mismo tiempo, el más fecundo para el alma.*

*Ciertamente no existe luctuosidad alguna en su vocación, sino la alegría de la paz interior, y la elegancia espiritual de quienes mantienen el más estrecho contacto con Dios. Su recatado silencio en las celdas, los claustros y el templo, es el artífice de una obra maestra, artística y espiritualmente digna de nuestro amor y comprensión. Este afán me ha convertido en un fervoroso admirador de los Cartujos y, en especial, de la Cartuja de Jerez, que por su proximidad me es más asequible y querida. Por eso, mi trabajo va especialmente dedicado a este monasterio que, generosamente, me ha permitido vislumbrar un poco de su austera pero rica vida interior, con la esperanza de que su querida Comunidad encuentre aceptable esta humilde colección de estampas cartujanas, mi pobre y personal visión de la CARTUSIA DEFENSIONIS.*

*Que Dios les bendiga por los siglos sin fin que penetran en la eternidad, y que ellos nos bendigan, a su vez, a los que estamos fuera de sus muros, pero envidiándoles por no poder estar dentro.*



## Agradecimientos

*Un viejo proverbio de evidente sabiduría afirma: «Es de buen nacido, ser agradecido». Siguiendo tan docto consejo, quiero que mis próximas palabras sean para expresar mi más honda gratitud a cuantos me han ayudado a realizar este libro y la colección de escenas cartujanas. Porque, a fe de ser honrado, quiero compartir mi gozo con los que tan acertadamente han colaborado y apoyado las distintas etapas de este proyecto.*

*En primer lugar, a los monjes de la Cartuja jerezana, al Padre Prior, y al Padre Procurador, que me honraran con su entrañable acogida y me ilustraran sobre aspectos de su forma de vivir que yo desconocía. Sigilosamente, para no alterar la eremítica paz del Monasterio, me condujeron a los lugares que deseaba estudiar, explicándome cómo debía ser la escena que quería pintar. Su afectuosa acogida parecía decirme: «Guarda silencio, mira a tu alrededor, observa, aprende, grábalo todo en tu mente y, luego, pinta, escribe o di lo que quieras». Esta humildad, ajena a todo protagonismo, alegró mi corazón, incrementando aún más mi interés.*

*También deseo agradecer a don Juan Mayo Escudero, investigador de temas cartujanos, profesor y actualmente Director del Colegio Público Menestero de El Puerto de Santa María, su gentileza de proporcionarme la ingente colección de textos cartujanos recopilados por él en 1994, varios escritos dedicados a san Bruno y a la historia de la Cartuja jerezana, y el libro escrito por él sobre «La vida y virtudes del Padre Ramos, Cartujo de Jerez». Su excelente contribución ha enriquecido notablemente el fondo documental de este libro.*

*Durante la preparación de los cuadros, la placentera paz de mi estudio se ha visto animada con la presencia y valiosa cooperación de mi gran amigo Pedro García Martos, Doctor en Microbiología y Académico de la Real Academia de Medicina y Cirugía de Cádiz, quien, aparte de sus títulos científicos, es un gran conocedor de los cartujos. Él ha tenido la generosa paciencia y amabilidad de aconsejarme a la hora de concebir los temas y bocetar, corregir y enriquecer los cuadros, para que lograra reflejar con suficiente realismo y fidelidad escenas tan delicadas y llenas de misticismo. Con un sentimiento desbordado, contribuyó a que los temas de esta colección fueran minuciosamente seleccionados y, con el rigor de su pensamiento profundo, vibró y compartió conmigo la emoción del logro pictórico final. El aliento sostenido y manifiesto de su entusiasmo ha sido muy inspirador y valioso durante el largo proceso de más de un año, y para la culminación de este trabajo.*

*Si no hubiera contado con estas valiosas ayudas, mi obra, aunque motivada por un gran amor hacia la Cartuja, no hubiera alcanzado la calidad adecuada para atreverme a presentarla. Todos han contribuido a mejorarla hasta el punto de hacerme creer que es digna de mostrarse al público. Si, a pesar de ello, mi trabajo no llega a ser aceptado como una obra de arte, la culpa es toda mía. A ellos, pues, mi más sincero afecto y agradecimiento por su desinteresada y generosa cooperación.*

*Gustad y ved qué bueno es el Señor (Salmo 34,9)*

*Rafael Tardío Alonso*

*6 de octubre de 1998, festividad de san Bruno*

## Prólogo a la edición en formato digital

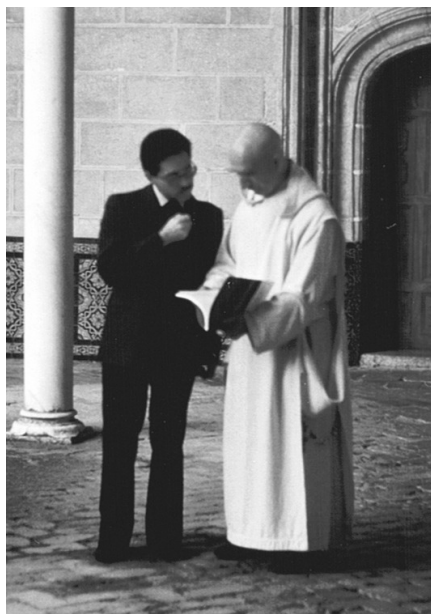
*La edición de Cartusia Defensionis en formato digital surgió tras la sugerencia de alguno de los antiguos monjes de dicha cartuja, ante la petición de otras personas de poder consultar el libro en este formato. Realmente se trata de una idea muy acertada que facilitará en gran medida la difusión de la obra a través de internet, la herramienta más útil para este fin en nuestro siglo.*

*La nueva edición es una reproducción ligeramente actualizada de la edición impresa con todos los beneficios de interactividad que aporta la navegación electrónica. Para elaborarla he contado, como siempre, con la inestimable ayuda de mi colaborador y amigo Pedro García Martos, experto en estas lides, quien fue mi introductor en la vida cartujana a través del Padre Gerardo María Posada, amigo suyo personal y Prior de la Cartuja de Santa María de la Defensa, por aquellos días en los que mi espíritu anhelaba descubrir y pintar lo que permanecía oculto tras los muros infranqueables del monasterio jerezano.*

*Es para mí un gran honor dedicar esta edición al entrañable Padre Gerardo María Posada, que ya goza de la presencia de Dios, así como a todos los monjes que salieron de la Cartuja de Jerez para difundir su carisma por el mundo.*

*Guardad silencio; tened esperanza y seréis fuertes (Isaías 30, 15)*

*20 de febrero de 2011, festividad de san Amado*



**Rafael Tardío Alonso (izquierda) y Pedro García Martos (derecha)  
con el Padre Gerardo Posada**

## Realismo y espiritualidad en la obra de Rafael Tardío

Quien no está inmerso en la plenitud del paisaje, en el cromatismo de las imágenes y en la recóndita espiritualidad de que este nuestro mundo es inmensamente rico, anda descolgado, errabundo y divorciado de su alma, como si tuviera el cuerpo vivo y la mente cegada, vagando entre pequeñeces, incapaz de disfrutar los verdaderos valores de la existencia. Tal sensación brota y vibra en lo más profundo del corazón cuando uno contempla la obra de Rafael Tardío y conversa con él. Entonces llega la reconciliación con la armonía, la admiración y el gozo sereno de descubrir la belleza de nuestro entorno que, en el cotidiano y apresurado ir y venir de nuestras vidas, apenas advertimos; pues como dijo Cicerón: «*Lo que se ve a menudo a nadie asombra, aunque no se sepa por qué sucede*». Tal vez, porque, según escribiera Lucrecio: «*ya nadie, cansado y harto de verlo, se digna a alzar la mirada a la luminosa bóveda del cielo*». Rafael Tardío nos hace recordar que no sólo el cielo, sino toda la naturaleza, los paisajes, los pueblos y cuanto nos rodea, son sobre todo admirables en los detalles.

Rafael, nació y vive en el Puerto de Santa María, que ya sólo este nombre nos revela la gran ventura de ser andaluz, —puesto que el nacer aquí o allá, dentro de nuestra región, es tener ante los ojos la magia y el embrujo de una tierra bendita—, y ha pintado a lo largo de sus veteranos años todo cuanto por aquí existe, con una precisión y riqueza de detalles sorprendentes, incrementados y más artísticos en cada cuadro. Desde corta edad, “se le daba bien” eso de dibujar, y cuando apenas tenía once años, un premio escolar le despertó el gusanillo de artista. Este modesto prelude le impulsó a realizar sus estudios de pintura en la Academia de Bellas Artes de Santa Cecilia de su ciudad natal, con la gran suerte de tener al inolvidable pintor Juan Lara Izquierdo como profesor, quien, más tarde, en 1972, al contemplar las primeras plumillas de su discípulo sobre las abigarradas formas rurales de los pueblos blancos, escribió estas palabras:

*«Rafael Tardío es un pintor portuense y, como andaluz, sabe y siente la luz y el color de esta tierra, tan difícil para los artistas que no han nacido en Andalucía. Pero los rincones de la provincia de Cádiz —que son los que con mayor sentimiento trata— no sólo tienen luz y color; hay que dibujarlos, pues como dijo un maestro, «hasta los desconchados tienen Patria». Y ahí están los dibujos de Rafael Tardío, vívidos en los detalles maravillosos de esa anárquica arquitectura, rebosada de cal, la desigual estructura de las calles escalonadas de cuevas que rozan el cielo, las puertas y ventanas nostálgicas de noviazgos, jalonadas de flores inspiradoras con su perfume de promesas de amor, y esas otras ventanas fisgonas del acontecer diario, mirador desde el que se inicia la murmuración, el charloteo de las vecinas. En los dibujos de Rafael Tardío puede verse todo ese mundo de gracia y belleza que nos honra y distingue, y que a él le darán el lugar que en el Arte está designado para aquellos que, con su sensibilidad, dejarán en el recuerdo, en la inmortalidad de su trabajo cuidado y limpio, la belleza e ingenuidad de estas calles y casas, tan limpias y soñadoras de una época reposada y silenciosa.»*

Y Rafael, llevado de su propia sensibilidad e inspirado por las palabras del maestro, siguió dibujando incansable. Al dejar su profesor la Academia, Rafael también lo hizo, progresando de forma autodidacta en diversas técnicas, en especial el dibujo a plumilla, el cual domina magistralmente, con un clarísimo y poderoso ingrediente de recreación, de interpretación elegante y clásica. Su obra es ampliamente conocida, y todos los críticos coinciden en decir que sus cuadros emanan serenidad, sosiego, una sensación intimista directa y personal, a través de la plasmación de detalles inadvertidos. Él interioriza la materia, y con los ojos y el corazón ávidos de belleza descubre en cuanto contempla las sutiles hermosuras inadvertidas por el cotidiano observador, imprevisto y apresurado, y las recrea con sus inimaginables líneas de artista, con una meticulosidad casi hiperrealista, donde cada más nimio trazo tiene su protagonismo, su razón de ser y su entronque con la totalidad del cuadro. Así ha creado infinidad de paisajes urbanos, revigorizando los valores de nuestro patrimonio histórico-artístico, las costumbres, lo autóctono, escenas de pueblos captadas en una hora mágica.

La mayoría de las plumillas de Rafael son en blanco y negro, al estilo clásico de los antiguos grabados, con esmerada elaboración de los primeros planos en los que la plumilla puede evidenciar sus grandes recursos. Al paso del tiempo, comenzó a introducir el color de la aguada o acuarela en sus dibujos, llegando a conseguir un estilo personal que ha merecido general apreciación. También, como todo artista inquieto e investigador, ha realizado importantes cuadros al óleo, surrealistas e hiperrealistas, luminosas acuarelas, témperas e ilustraciones gráficas utilizando técnicas mixtas, todo ello con su especial sello y personalidad. Ha paseado sus obras por casi toda la geografía española —Cádiz, Jerez y numerosas localidades de la provincia, Sevilla, Málaga, Alicante, Madrid, Barcelona, Santander, etc.—, y ha trascendido nuestras fronteras —Inglaterra, Italia, Grecia, Marruecos, Estados Unidos, Chile, Japón—, donde sus cuadros han quedado como bellos embajadores de nuestra tierra.

Pero él, eterno insatisfecho y severo autocrítico, no cesa en su empeño de mejorar. Más de una vez le hemos oído decir: *«Me sorprende que al público le guste mi obra, porque yo no le encuentro tanto mérito, y cuando cuelgo una exposición siempre pienso que no va a gustar»*. Por esto nunca se sabe qué nuevo proyecto ronda por su cabeza, y así nos sorprendió en ocasiones con una preciosista colección de temas marroquíes, una espléndida muestra dedicada al monasterio de Yuste, su magna contribución al V Centenario del Descubrimiento de América, siempre ansioso de lograr trabajos más perfeccionistas y sugerentes.

Desde que iniciara la mágica aventura del dibujo, Rafael dedicó a ella su máxima devoción. Nos sorprende cuando dice: *«Puede que yo sea un bicho raro, — como cualquier otro artista—, y no entiendo cómo la gente puede vivir sin pintar. Se pierden las maravillosas sensaciones de enfrentarse al sosiego con la quietud de quien ama, y disfrutar con luz en la mirada de los gozos de la contemplación y los ensueños»*.

Este afán infatigable de observar, analizar y disfrutar la naturaleza, las gloriosas piedras talladas por la historia, y los seres humanos que han moldeado el mundo, jamás ha llegado a saciarse en él. Al contrario, con la edad y la experiencia, se ha acrecentado palpablemente en sus obras, no sólo por la selección de temas cada vez más sutiles y apacibles, sino también por la creciente meticulosidad creativa que derrocha en cada nuevo trabajo. *«Lo que hice ayer —dice—, hoy ya no me gusta. Estoy en perpetua lucha conmigo mismo, deseando ganar la batalla de espiritualizar lo material y nunca quedo*

*satisfecho. Cuando termino un cuadro y le doy el toque final, creo que está bien, y descanso. Pero al día siguiente ya deseo superarlo».*

Esta pujanza inquieta y tenaz que le corre por las venas del alma, presto se hizo palpable en todas sus obras, testimoniando una espiritualidad más valiosa que su propia capacidad física. Ya en 1979, en Madrid, el destacado crítico de arte Rafael Soto Verges comentó: *«Sus dibujos a plumilla están compuestos con una factura impecable, con una sobriedad grave y sentida, una técnica magistral que nos recuerda las famosas series de daguerrotipos de Durero. Pero Tardío no ha tenido que recorrer el viejo Oriente, como hizo Durero, ni alimentar sus ojos con las luces brillantes de Damasco. No, él ha encontrado en su propia tierra motivos más que suficientes —luz, paisajes marineros, rincones misteriosos y entrañables— para retratar, sencilla y emocionadamente, la identidad de un pueblo y de sus hombres».*

Y, apoyándome en la voz de los expertos, más objetiva e imparcial que mi propia impresión subjetiva de amigo personal de Rafael, recurro a Germán Caos, quien en 1980 glosó esta inquietud del artista cuando escribió un artículo titulado *“La revalorización de la realidad en la pintura de Rafael Tardío”*, diciendo:

*«Normalmente, un artista viene a ser la respuesta a nuestras preguntas, el que contesta, con su obra, a las más inquietas interrogantes que plantea la sensibilidad cuando se quiere interpretar o entender el mundo que nos talla e individualiza, pero no es frecuente que el creador nos dicte las preguntas y nos desvele las respuestas al mismo tiempo. Y éste es el caso de Rafael Tardío. El pintor nos introduce la realidad de un modo a la vez sosegado y apremiante; nos está invitando a la serenidad con su intención de objetividad y nos inquieta la fuerza de su capacidad de personalizar la obra, de crearla, utilizando, precisamente, su rigurosa preocupación por el detalle, exigiéndose una visión meticulosa, en la que está todo y nada adquiere protagonismo. Porque lo que él quiere es hacer un cuadro, ofrecer la realidad armónica que ve en perfectos rectángulos de contenido, cerrados universos completos en los que nada falta ni sobra, y que no son consecuencia de una búsqueda realizada con preocupación estética, sino de esa capacidad que tienen los verdaderos creadores de sustanciar la realidad, no eligiéndola sino llegando a una cierta forma de conjunción con lo más significativo de ella, viéndola con la mirada profunda que permite al artista descarnar muy concretas significaciones ocultas».*

*«En este sentido puede hablarse de rescate de sus valores más diferenciados, lo que Rafael consigue de una forma que pudiera parecer contradictoria, porque no elimina ni desprecia el detalle más insignificante, unas piedrecitas o unas hierbas, una grieta o una teja rota, una hoja de árbol, con lo que pudiera suponerse que no hay ninguna preocupación por llevar esa síntesis o selección de elementos en los que suelen sustentarse las visiones personales, artísticas».*

*«Pero esto es inexacto porque precisamente esos detalles que figuran en sus cuadros, como ese insistente y redundante rizar el concepto de un acta notarial, son los elementos selectivos que caracterizan la realidad que él nos quiere trasladar, y no están en el cuadro como sonsonete inútil, sino porque son aquellos elementos que el artista selecciona como más significativos y peculiares del mundo que tiene ante sí. No está esa piedra, ni esa vieja madera, oscuro cadáver del olvido, ni esa pared que blanquea al sol silencioso de la soledad, porque sí, o*

*porque conlleva un cierto virtuosismo técnico, sino porque son esa realidad que ha impresionado a Rafael Tardío y que nos comunica de esta forma amorosa, calma y meticulosa, vista casi con ojos de ilimitada acomodación».*

*«Pero todo intento de interpretación de la realidad, supone asimismo una técnica. No se entendería a Rafael, ni por supuesto, su mundo, sin ese trazo peculiar de su plumilla, que no es nada visto de cerca, porque no tiene ninguna significación individualizada, ni parece componer algo congruente, pero que tiene tal eficacia que, sin él., no tendría personalidad tan evidente su pintura. Porque es un trazo que actúa como pincelada y sus resultados se van produciendo en la medida en que se apoya y se complementa con los demás. Por tanto no cabe hablar de dibujos en la obra que conozco de este artista, sino de verdaderos y auténticos cuadros, hechos con el procedimiento que el pintor ha preferido porque cree que le sirve mejor para la interpretación tan personal que hace de la realidad».*

*«Sinceramente, debo decir que nunca he sentido tanto interés en comprobar con qué técnica están hechos unos cuadros hasta que he podido ver la obra de Rafael Tardío, y esto debo explicarlo porque los resultados, es decir, el cuadro hecho, lo que el espectador ve cuando entra en una sala de exposiciones, empezó a plantearme, desde el principio, el misterio de su técnica, lo que yo podía ver desde lejos y estaba allí, produciendo aquella forma de interpretación de la realidad, ciertamente, fuera de lo común. Para ello tuve necesidad de acercarme a los cuadros y observar que todo era consecuencia de la forma de entender la pincelada, el trazo de la plumilla, que se producía de un modo vigoroso y seguro, pero tan airoosamente libre, tan eficaz —es necesario usar siempre esta palabra al referirse a la pintura de este artista—, que no tenía lógica en una visión, digamos microscópica, sino que toda su intencionalidad se producía en una en cierto modo inherente premonición, por cuanto su situación empezaba a tener sentido en función de los trazos que iban a fijarse a continuación.»*

En 1985, un comentarista de La Vanguardia abundó en estas percepciones:

*«Tardío se ha enfrentado toda su vida de artista a la realidad, plasmadora del arte, con un instrumento mínimo, apenas una patita de insecto: una plumilla de acero de punto fino, rasgos húmedos de tinta china con los que ha liberado de la inercia verdaderos bloques de papel blanco. Los ha arañado amorosa y pacientemente, con pulso firme y precisión de aguafuertista. De ese pincel de un solo pelo han salido obras dotadas de un extraño equilibrio compositivo, de una ejecución minuciosa, que poseen la cualidad de comunicar y prender una reconfortante sensación de sosiego. La serenidad casi terapéutica que difunde su obra será lo que siempre le caracterice y le haga inconfundible».*

Y, Rafael continuó incansable en su afán de superarse a sí mismo, cual eterno caballero andante con la lanza en ristre, perforando las intangibles fronteras del arte. Y así, armado con sus pinceles y plumillas, traspasó los umbrales monacales de Los Jerónimos de Yuste, de los benedictinos y cistercienses de Silos y Santa María de Huerta, en Soria, los de San Millán de la Cogolla y Valvanera, en la Rioja, las silentes boscosidades pirenaicas, y cuanto supusiera un gozo que transmitir. Mas, todo este periplo enriquecedor se convirtió en un círculo que le condujo de vuelta cerca de su punto de partida, a la Cartuja jerezana, Este monasterio, que ya conociera de antes, el

más impenetrable, se tornó para él en el más hermoso escondrijo de Dios, la fuente de espiritualidad que ansiaba encontrar.

Así nació su más elogiada obra, una colección de 37 cuadros a plumilla bajo el título genérico de CARTUSIA DEFENSIONIS, para conmemorar el 50 aniversario del retorno de los cartujos al Monasterio de Santa María de la Defensa. Un trabajo lleno de emociones y dificultades, un desafío insuperable en el que empleó un año entero para plasmar escenas inéditas de la vida cotidiana de los Cartujos. En 1998 se expuso en El Puerto de Santa María, en el Castillo de San Marcos. Los comentarios del periodista Carlos Benjumeda en el periódico “Diario de Cádiz” fueron muy elocuentes:

*«Cuando el silencio es la norma, una imagen vale más que mil palabras. En la Cartuja de Jerez el silencio se encuentra en cada rincón del claustro, en las celdas y en el estudio de los monjes, en sus rezos, en las huertas y capillas. Imágenes de la meditación, pero también de los trabajos de la vida diaria de los monjes cartujos componen la exposición Cartusia Defensionis, que se inaugura a las 9 de esta noche en el castillo de San Marcos. Con esta exposición, el pintor Rafael Tardío muestra al público la vida eremítica de los monjes, y trata de desbancar la idea que identifica la vida de estos solitarios con una rutina oscura y hasta lúgubre. La muestra viene a coincidir con el 50 aniversario del retorno de la Orden de San Bruno a la Cartuja de la Defensa, abandonada con motivo de la desamortización de Mendizábal. Aunque en ese tiempo el monasterio sufrió expolios, todavía conserva su antigua belleza, ya que muchos de sus elementos permanecieron ocultos en otros conventos y en casas particulares de familias influyentes. La colección de dibujos muestra algunos de esos elementos: la sillería del coro, retablos, atriles y rejas, formando parte de los escenarios cotidianos de los monjes de san Bruno.»*

*«Componen esta colección 37 cuadros a plumilla, realizados en blanco y negro, para dar mayor recogimiento a los momentos representados y reflejar el ambiente de paz y tranquilidad propios de la vida monástica. La idea de dar voz mediante imágenes a los seguidores de san Bruno no es algo nuevo, sino que lleva gestándose tiempo en el ánimo de este pintor, conocedor del ambiente de los monasterios, en algunos de los cuales ha pasado temporadas de convivencia con los religiosos. La exposición refleja el transcurso de un día en la reglada vida del cartujo, desde que despunta el alba, maitines y laudes, trabajo en el jardín, la misa, recreando incluso el momento íntimo de la oración o el de la soledad de la celda, además de actividades relevantes en el devenir de toda la congregación, como el rezo del Oficio Divino, la comida en el Refectorio o el paseo semanal. También ha logrado representar a los monjes en ceremonias excepcionales, valiéndose de muy diversa documentación sobre el Capítulo, la Misa Conventual, o el entierro de un cartujo. Estas obras han sido creadas mediante un exhaustivo trabajo de estudio, con lo cual el autor ha logrado evitar interferencias en la tranquilidad de los monjes cartujos, auténticos héroes del silencio.»*

*«El procedimiento seguido por el autor ha sido el de elegir primero el marco arquitectónico o el paisaje, ya que los cartujos no se hicieron visibles durante sus estancias en el monasterio, y a partir de esos escenarios incorporar las figuras, valiéndose de su imaginación y de fuentes documentales, con lo que los cuadros vienen a recrear a los monjes en sus actividades cotidianas. La exposición viene a*

*ser también «una denuncia de la forma de vida actual, con sus prisas, competitividad y falta de reflexión, una vida que está vacía». Su objetivo es «mostrar una vida prácticamente desconocida, que suena a misterio, a cosa recóndita», concluye Rafael Tardío». Esta vida monástica constituye a su juicio «una obra de arte en sí, llena de belleza, sutileza y espiritualidad», y la paz y el silencio del convento forman «un paréntesis precioso para quienes vivimos en el estrés». El verdadero objetivo de la muestra es «ilustrar a la gente sobre este otro mundo de los cartujos, casi sobrenatural, en una sociedad que está vacía de valores, donde sería bueno hacer un pausa y ver la belleza de la vida monástica, que tiene mucho que enseñarnos». En este sentido, la jornada del propio autor discurre un poco como la de los cartujos: «Me paso la vida en mi estudio, casi como un monje, absorto en la pintura. Soy un tipo raro al que le gusta la soledad y el aislamiento».*

Posteriormente, en el mismo año y durante tres meses, se repitió la exposición en el hermoso claustro de Santo Domingo, de Jerez de la Frontera.

La idea de Tardío era publicar un libro que recogiera las láminas de la colección *Cartusia Defensionis*, anhelo que finalmente pudo cumplirse. La presentación del libro, con el mismo título, tuvo lugar en las Bodegas Osborne, en El Puerto de Santa María, el viernes 29 de enero de 1999, con unas emotivas palabras de Rafael:

*«Me siento muy satisfecho al comprobar el extraordinario poder de convocatoria que tiene el tema de La Cartuja de Jerez, y en nombre de esta institución os doy muchas gracias por estar aquí llenando de calor y afecto este acto de la presentación del libro Cartusia Defensionis. Pero, aparte de la alegría personal que esta reunión me proporciona, quiero decir con especial énfasis, que no aspiro a convertirme en el protagonista de esta velada, sino que deseo que sea un homenaje a los Cartujos del querido Monasterio de Santa María de la Defensa, tesoro espiritual y artístico de Jerez de la Frontera, también muy querido por los portuenses. Así que, para ellos sea todo el mérito y alabanza.»*

*«Antes de desarrollar mi pequeña intervención, que va a ser breve y sencilla, quiero también expresar mi agradecimiento, en primer término a la firma Osborne, especialmente a don Tomás Osborne Domecq, por brindarnos este hermoso marco de sus bodegas para hablar de la Cartuja, este acogedor auditorio que, dicho sea de paso, tiene gran similitud con un monasterio. Estas maravillosas naves, que constituyen la catedral de los mejores vinos de nuestra tierra, donde en secular silencio, maduran excelentísimos caldos, son, sin duda, el lugar más apropiado para evocar el silencio y la paz de la Cartuja jerezana. Porque, usando las palabras de “Un Observador” insertadas en el libro: “En las bodegas, las botas del exquisito vino necesitan silencio, una temperatura estable, una luz matizada de gratas penumbras y máximos cuidados y atenciones. En la Cartuja, la verdadera espiritualidad cartujana exige respeto, silencio y paz, una paz incontaminada de todo estrépito”. No podríamos, pues, elegir un ámbito mejor y más parecido a un templo, que estas bodegas.»*

*«También deseo agradecer a don Mauricio González Gordon, honorable marqués de Bonanza, su gentileza de presentar este acto, pues considero un honor incomparable que una personalidad tan noble y distinguida, miembro de una dinastía tan importante en la recuperación y protección del Monasterio jerezano,*



*se haya prestado a intervenir como orador principal de este acto. Ha sido un placer escuchar su amena oratoria, de fácil verbo, rica y erudita, claro testimonio de su gran conocimiento de la vida de los Cartujos, tema que hoy nos ha convocado aquí. Aprecio también los elogios que ha dedicado a mi obra y a mi persona, aunque se ha excedido un poco, pues no creo ser merecedor de ellos. De todas formas, muchas gracias, D. Mauricio, desde lo más profundo de mi corazón.»*

*«Cumplida esta obligada introducción, trataré de exponer brevemente las motivaciones que me han inspirado y conducido a crear este libro que hoy presentamos.»*

*«Mi prospección en la vida conventual comenzó cuando, hace varios años, sentí la curiosidad de hacer un retiro monástico, para escapar unos días del permanente estrés a que nos somete la acelerada vida actual. Primero conocí Yuste, donde, mediante breves estancias a lo largo de unos seis años, conviví con los jerónimos, haciendo su misma vida. Luego repetí la experiencia durante dos años con los benedictinos de Silos, y más tarde en otros monasterios. Y en todos ellos descubrí un mundo tan relajante y lleno de plasticidad que me impulsó a plasmar en cuadros los escondidos misterios medievales, ocultos a los ojos de la mayoría de los mortales.»*

*«Por aquel entonces, intentar una experiencia semejante en La Cartuja de Jerez, tan próxima y querida, me parecía un imposible, pues este Monasterio es muy especial. No es un cenobio como los demás. En esencia es un eremitorio, es decir, una institución en la que aparte de breves momentos de vida cenobita, la principal misión es su vida eremítica y contemplativa, que no da lugar a la presencia de huéspedes extraños. Y por tal motivo, dudé durante largos años en acercarme a ellos.»*

*«Pero llegó el año 1998, en que la Orden cumplía el Cincuentenario de su regreso al abandonado Monasterio de Jerez, y este evento me dio el valor para visitarles. Para mi sorpresa, los Padres Cartujos me abrieron generosamente las puertas del Monasterio y acogieron con gran gentileza mi propuesta de realizar una colección de cuadros con que deseaba conmemorar tan importante evento. Y a partir de ese momento, comenzó para mí una experiencia inolvidable. Con ellos, pues, tengo también una deuda de gratitud por la inmensa bondad con que me recibieron, me instruyeron y mostraron las recónditas y misteriosas dependencias del convento que yo ansiaba pintar. Me facilitaron el camino de tal forma que me permitieron reflejar en las pinturas, con total realismo, los escenarios auténticos, bellísimos y únicos de la Cartuja jerezana. Respecto a las imágenes de sus moradores, la cosa fue algo más difícil porque los monjes son invisibles. No obstante, traté de pintarlos en mis cuadros como son, humanos, sencillamente humanos. Gracias a la gentileza de esta venerable Comunidad, la exposición fue un éxito y me aportó la mayor satisfacción que he tenido en mi vida.»*

*«Las bellas penumbras monacales, los claroscuros de los hábitos en cuyos pliegues la luz creaba hermosos contrastes, las miradas de los ascetas sumidas en místicas contemplaciones, y tantos otros sublimes detalles de su vida recogida y silenciosa, fueron sin duda los motivos que inspiraron a tantos pintores clásicos, de entre los cuales destacan sobre todo Carducho y Zurbarán, en el siglo XVII.*

*Hoy día, salvando respetuosamente las distancias con tales genios, he cometido la osadía de intentar capturar esta misma belleza atemporal con mi humilde arte de la plumilla, en blanco y negro, simplemente, a expresar con sobriedad imágenes que han permanecido inmutables a través de los siglos, y cumplir, al mismo tiempo y en el plazo señalado, el compromiso contraído.»*

*«Así pues, trabajé en mi propio elemento, entre la soledad de mi estudio, y el silencio místico del Monasterio por otro, permaneciendo en la sombra, en segundo plano. Pero tras la presentación de los cuadros, hoy ya dispersos, al ver el interés tan grande que el público demostró al indagar el significado de cada uno y conocer más sobre la vida de los Cartujos, surgió la idea de editar un libro que contuviera algunos textos explicativos de dichas escenas y que, además, sirviera para recopilar en conjunto todo el trabajo. Esta segunda fase de mi homenaje a la Cartuja, me subyugó y ha culminado, algo tarde, con la publicación de esta obra, que combina literatura, pintura y espiritualidad, y que me obliga a comparecer hoy aquí.»*

*«Nunca pensé que me vería en esta tesitura de presentar un libro nacido de la pintura.»*

*«Mientras confeccionaba cada una de las escenas hoy recogidas en el libro, fui descubriendo la paz que reinaba en todo el recinto de la Cartuja, la bondad de los tres monjes con que traté, su alegría a pesar de su austera vida y de sus penitencias, y nació en mí la idea de comunicar las ricas sensaciones que la vida monástica me inspiraban. Este es el mensaje que deseo hacer llegar a los demás. Actualmente vivimos inmersos en un ambiente materialista, hostil y carente de verdaderos valores espirituales, aturcidos por el ruido, la violencia, la corrupción y las injusticias humanas. El afán del dinero, la competencia comercial, los ídolos pasajeros de moda, las ansias de diversión y otras engañosas prioridades, cosas que en realidad no merecen el desbordado interés que en ellas ponemos. Por encima de esta vida frívola, inculta y vacía, están otros valores que somos incapaces de advertir: los auténticos alimentos del espíritu, que sólo emergen con la reflexión, la calma y la paz interior; virtudes que he visto reflejadas en las sonrisas iluminadas, con luz pura de sinceridad, en los rostros de los cartujos. Tales bienes son los que realmente conducen a la felicidad que todos buscamos.»*

*«Estos son los sentimientos que primordialmente quiero transmitir en el libro. Por eso, y para abordarlos mejor, lo he concebido en tres partes: la vida de san Bruno, fundador de la Cartuja, la Historia de la Cartuja de Santa María de la Defensión, de Jerez, y una visión ilustrada de la vida de los cartujos de este Monasterio, que hasta ahora nadie había tratado.»*

*«Pero todo no era llegar y pintar. Para hacer este trabajo precisé estudiar el ritual de cada escena, la riqueza de los retablos, la imaginería que los adorna, el uso de cada recinto, etc., tarea que me facilitó en gran medida las instrucciones que me impartieron el Padre Prior y el Padre Procurador.»*

*«Espero que el libro os guste y disfrutéis de su lectura. Como veréis me limito a glosar aquí las bellezas más palpables de la Cartuja, sin profundizar en el misticismo religioso, ni en los gozos de la vida contemplativa de los monjes, ni en sus penitencias ni sufrimientos. Sólo me anima el deseo de ofrecer aspectos de una vida que podría ser modelo de imitación también en el exterior. No os sintáis*

*obligados a retiraros a la soledad de un monasterio, pues yo que lo hago con cierta frecuencia, os confieso que no aguanto más de una semana al año.»*

*«¡Y con esto acabo! Muchas gracias a todos por vuestra amable y paciente atención».*

Sin duda, Rafael cree que Dios reparte el talento como se le antoja, y cada hombre, cada artista, puede llegar hasta donde está previsto, ni un centímetro, pincelada o trazo de plumilla de más. Eso piensa, pero mientras Dios no se lo anuncie, sigue cumpliendo la misión que le inspira. Y esta selección de escenas cartujanas es una buena prueba de que su inspiración sigue llena de vitalidad. Los juegos de luz de los albos hábitos de los cartujos en las penumbras intimistas del eremitorio o del cenobio, la misteriosa y silente atmósfera de los claustros y la magnífica arquitectura conventual, escurridizos y místicos temas que han inspirado a muchos pintores clásicos, constituyen un reto importante que ha vencido con magistral talento y gusto artístico, y que a nosotros, espectadores, también nos impacta y nos inspira.

*Pedro García Martos*



San Bruno, fundador de los Cartujos

## San Bruno, fundador de los Cartujos

✪ escribir una biografía de san Bruno, en unas pocas páginas, puede resultar jactancioso, comparado con lo mucho que se ha escrito ya sobre el santo padre de los Cartujos. Empero, al editarse este libro referente al monasterio de la Cartuja de Jerez, sería injusto no dedicar una breve exégesis a la singular personalidad del venerado fundador de la Orden.

Bruno Hartenfaust nació en la ciudad alemana de Colonia hacia el año 1027, en el seno de una piadosa familia que gozaba de cierta nobleza y notoriedad. No existe documentación alguna sobre su infancia, pero sí se sabe que realizó sus primeros estudios en la colegiata de san Cuniberto de su ciudad natal. Debió mostrar desde el principio dotes intelectuales tan poco comunes que, aún a muy temprana edad, fue enviado a Reims (Francia), donde en aquellos tiempos florecía una serie de escuelas monacales y catedralicias, germen de las futuras universidades, que atraían a numerosos estudiantes y clérigos de muy apartadas regiones.

Este traslado supuso un gran cambio para su vida, porque si bien estaba acostumbrado a ver que el clero de Colonia, su ciudad natal, habíase situado a favor del Emperador y en contra del Papa, en la lucha de las investiduras, en Reims el ejemplo de mala conducta de algunos prelados resultaba verdaderamente escandaloso. Y allí, con este fondo tan poco aleccionador, no pudo menos que destacar la noble espiritualidad de Bruno. En la prestigiosa escuela catedralicia de Reims, que gozaba de pleno apogeo por entonces, se aplicó seriamente a los estudios, recibió magistral enseñanza, obtuvo sus grados en filosofía y teología, y recibió las órdenes sagradas.

Mientras realizaba sus estudios, cuando Bruno contaba alrededor de veinte años, ocurrió un suceso que marcó una profunda huella en su sensibilidad religiosa. Fue en el año 1049, cuando el papa León IX llegó a Reims para celebrar un Concilio, que comenzó el 3 de octubre, con la participación de numerosos arzobispos, obispos y abades, para tratar, sobre todo, de la gran crisis que la simonía estaba produciendo en la Iglesia y que escandalizaba a la cristiandad. Comparecieron varios obispos convictos de haber comprado su cargo, y en el Concilio fueron depuestos y excomulgados. Estos acontecimientos impactaron profundamente en la conciencia de Bruno, quien, profundamente religioso, recto y fiel seguidor de la Sagrada Escritura y de los grandes principios de la fe, reflexionó mucho sobre la situación de la Iglesia y sobre la necesidad de mayores reformas.

Pocos años más tarde, el arzobispo de Reims le nombró canónigo y Bruno vivió entonces a tenor de la gran dignidad que el cargo le confería. Su vida como canónigo en Reims se desarrollaba como la de los demás miembros del cabildo. Vivía en una casa de su propiedad, fuera del claustro de la catedral, gozaba de rentas que le permitían tener criados y llevar una vida acomodada, y podía invitar a la mesa a sus amigos, pues la costumbre de entonces no obligaba a los canónigos a hacer todas sus comidas en comunidad. Su principal deber era participar regularmente en el Oficio de la catedral.

Cuando acaso tenía 26 ó 28 años, allá por el año 1056, cesó el maestreescuela Herimann, y el arzobispo Gervasio nombró a Bruno para sustituirlo. A partir de entonces sería el regente del centro escolar, es decir, gran canciller de las escuelas de la

catedral, profesor principal y orientador moral de los jóvenes clérigos, todo a la vez. Por ello pudo ejercer, junto a su labor docente, una gran influencia espiritual sobre sus discípulos, que veían en él a un sabio maestro, un prudente formador y consejero, y un fiel amigo. De todo esto se deduce que fue un personaje relevante en la ciudad de Reims. Este cargo le supuso dos cosas que los hombres buscan afanosamente: honores y riquezas, disfrutando tranquilamente de unos y otras, si bien, su conducta fue siempre ejemplar y su autoridad moral impresionó a todos.

En 1069 llegó a Reims un nuevo arzobispo, Manasés de Gournay, quien al cabo de unos años, ya conocedor del gran prestigio de Bruno como hombre justo, de gran integridad y sabiduría, no dudó en elevarle al cargo de canciller de su iglesia, para remplazar a Odalrico que acababa de morir. Pero este nombramiento encubría unos motivos turbios: lisonjear a la opinión pública y ganar su voluntad, dada la ferviente y general estima de que gozaba Bruno. Esto debió ocurrir entre los años 1074 y 1076, pues el siguiente año de 1077, Bruno dimitió del cargo, ya que el codicioso y simoníaco Manasés había desencadenado una lucha enconada que desgarró la diócesis de Reims. Por una parte estaban Gregorio VII, su legado en Francia, Hugo de Die, y varios canónigos de la catedral, y por la otra, el arzobispo Manasés, cuyas prevaricaciones habían sido por fin desenmascaradas.

A partir de entonces, Bruno se vio envuelto en la larga lucha de los canónigos contra su arzobispo, que no acabó hasta 1081 con la deposición de Manasés. Bruno se convirtió en el candidato favorito del legado papal y de sus compañeros de cabildo, que le proponían como sucesor de tan importante sede episcopal de Francia, la llamada «diadema del reino». Pero Bruno no buscaba el aplauso del mundo. Su profundo anhelo de justicia y honradez le llevaban por otro camino. Sentía ya tal desprendimiento de las riquezas que rehusó tan merecido honor, convencido de que entregarse al Bien Sumo, dejando de lado los bienes perecederos y realizando una vocación monástica tendría más sentido para él.

La mayoría de sus cronistas cree que para evitar el episcopado, debió abandonar secretamente la ciudad, en compañía de Pedro y Lamberto, sus más afines amigos, tras distribuir quizá todos sus bienes a los pobres antes de partir. Esto se deduce de sus propias palabras en una carta que escribiera diez años después a Raúl de Verd, el preboste del cabildo de Reims: *«amigo mío, la conversación que tuvimos un día tú y yo con Fulcuyo el Trueno, en un jardín contiguo a la casa de Adam, donde entonces me hospedaba. Hablábamos, según creo, de los falsos placeres de este mundo, de lo perecedero de las riquezas de la tierra y, sobre todo, de las inefables delicias de la gloria. Y, ardiendo en amor divino, prometimos e hicimos voto, y nos dispusimos a abandonar en breve los bienes fugaces del siglo, para consagrarnos a la búsqueda de lo eterno y recibir el hábito monástico...»*

Por aquellos días, aún no podía precisarse si optaría por elegir la vida cenobítica o la eremítica. A la sazón, ya existía una pléyade de santos pastores que con denodado y heroico esfuerzo habían creado grandes empresas monásticas urbanas, como la de Cluny, cuya excesiva prosperidad material y enorme poder e influencia alcanzados por sus abades, ya habían adulterado y debilitado el ideal fundacional. Bruno ansiaba un nuevo modo de vida monástica, y en este afán de volver a las fuentes y hallar nuevos moldes se orientó entonces la vida y obra de Bruno.

Con la firme intención de consagrarse plenamente a Dios en la soledad del yermo, junto con los mencionados compañeros Pedro y Lamberto, bajó hacia el Sur, y a unos 150 kilómetros de Reims encontró Molesme, donde existía una abadía dirigida por Roberto, hombre de reconocida sabiduría y santidad. Este santo varón había agrupado consigo algunos eremitas con los que estaba comenzando la reforma monástica que llegaría a ser posteriormente la orden del Císter.

Durante varios años permaneció Bruno en la abadía de Molesmes y, bajo la dirección de Roberto, con fervoroso celo realizó su aprendizaje de la vida monástica. Pero incluso el recogimiento en esta abadía le parecía una cosa a medias. El Espíritu Santo le inspiraba a buscar un retiro más profundo donde llevar una vida oculta, de soledad, donde pudieran dar fruto sus anhelos de total entrega sólo atenta a seguir los planes de Dios. Admirado de su profunda vocación, el mismo Roberto le ofreció una finca que habían regalado a su abadía y que ellos no utilizaban, situada en un lugar solitario, en el bosque de Sèche-Fontaine, a ocho kilómetros de Molesme. Y allá se encaminaron Bruno y sus compañeros, algunos incluso procedentes de la misma abadía que decidieron seguirle al nuevo retiro.

Pero esta ubicación y comunidad tampoco satisfizo los anhelos de Bruno. Él albergaba otro ideal de vocación religiosa, y en menos de tres años sintióse impulsado a proyectar otra existencia más eremítica. En un clima de sinceridad y caridad ocurrió, pues, la escisión del grupo: Unos abrazaron la vida cenobítica en Sèche-Fontaine, en tanto que Bruno y seis compañeros más, cuatro clérigos: Landuino, Esteban de Bourg, Esteban de Die, y Hugo, y dos laicos: Andrés y Guerin, decidieron ir más lejos en busca de algún lugar totalmente apartado a fin de realizar su ideal eremítico, a solas con Dios.

Recorrieron más de 300 kilómetros y llegaron a la montañosa región del Delfinado, concretamente a Grenoble, que resultó ser el lugar elegido. Aunque esta elección no fue producto de su capricho, sino un designio divino. Allí fueron recibidos y ayudados, en 1084, por el obispo, Hugo de Grenoble, quien, según la tradición, antes de la llegada de Bruno a Grenoble, tuvo un sueño en el que vio cómo el Señor se construía en esa alejada soledad una casa para su gloria, y que siete espíritus celestiales —siete estrellas— le indicaban el camino de Chartreuse, un lugar retirado y poco accesible de su diócesis. Y así, cuando aconteció la llegada de Bruno con sus seis compañeros, en busca de soledad, fue interpretada por el santo obispo como el cumplimiento de aquella premonición, y esta creencia le movió a amparar su establecimiento en aquel lugar, aunque, preocupado, les advirtió varias veces de la dura inclemencia que reinaba en él —*«El lugar que el cielo parece haber elegido para vosotros —les dijo— es un yermo perdido en las montañas, bastante extenso, ciertamente, pero deshabitado, excepto por las bestias salvajes. Más parece una prisión que un lugar habitable, y no creo que nadie pueda vivir allí sin la ayuda especial de la providencia.»*

Bruno y sus seis compañeros no se dejaron acobardar por las observaciones sobre la inhospitalidad del lugar, y el mismo Hugo les condujo hasta Chartreuse, donde, el 24 de junio del mismo año, por la festividad de san Juan Bautista —patrón de los ermitaños por haber él mismo vivido en la soledad del desierto—, comenzaron a poner en práctica su proyecto, del que nacería la Orden Cartujana. Se instalaron pues en el inhóspito y abrupto paraje de Chartreuse, y allí fue donde se levantó y ha quedado hasta la actualidad la Gran Cartuja.

La visión de Hugo, pues, dio origen al escudo de la Orden: Siete estrellas rodeando una cruz clavada sobre el globo terráqueo con la leyenda: “*Stat crux dum volvitur orbis*”, que significa: La cruz permanece mientras el mundo gira. También el lugar de Chartreuse — Cartuja en español—, dio nombre genérico a la Orden y a cada una de sus casas. Desde entonces, fue san Hugo amigo entrañable y gran protector de la Cartuja, adonde se retiraba con frecuencia para descansar de su trabajo.

Una capilla, conocida hoy por Notre-Dame de Casalibus, se levanta en dicho paraje; se halla en un estrecho valle, a 1.200 metros de altura, cercado de montañas por todas partes. Allí, alrededor de la pequeña capilla, el reducido grupo de Bruno construyó con troncos unas toscas cabañas, al estilo de las antiguas *lauras*, o grupos de celdas en que vivían los monjes de Palestina. Era todo cuanto necesitaban para que en la aridez de estas montañas, en estricta soledad, pudieran elevarse sus almas libremente a las divinas regiones de la contemplación, con todas sus exigencias y toda su riqueza espiritual. Pusieron literalmente en práctica el ideal de vida descrito por san Pablo en su segunda carta a los corintios: «*Mostrémonos en todo como ministros de Dios, en mucha paciencia, en trabajos, en vigilias, en ayunos, castidad, conocimiento; apenados, pero siempre alegres; como quien no tiene, pero poseyéndolo todo*».

Al llegar a Chartreuse, Bruno tenía ya unos 57 años, pero como si la vida empezara para él, se entregó de lleno en la persecución de sus elevados anhelos. Muy atrás en el pasado quedaron ya los dorados años de su docencia en Reims, la tenaz oposición a su obispo, el simoníaco Manasés, y todo el boato y esplendor de su vida anterior. Ni siquiera llevaba consigo a aquel áspero desierto la idea de fundar una nueva Orden. Mas Dios le abrió el camino y la Cartuja surgió como una milagrosa inspiración.

Bruno quería que aquella vida de soledad eremítica fuera pura, estricta, casi exclusivamente contemplativa. Si acaso, tal aislamiento sólo debiera ser atemperado por algunos actos de vida comunitaria. Incluso la Comunidad sería poco numerosa, para que en sus actos en común los cartujos conservaran el sentimiento de ser el *parvulus numerus*. Para armonizar las exigencias de la vida eremítica y la regularidad de la vida comunitaria, se debatía entre dos opciones: separar lo más posible unas celdas de otras para favorecer la soledad, o agruparlas para facilitar la vida en común. Pero el clima de frío riguroso y, sobre todo, las abundantes nevadas de Chartreuse, inclinaron a Bruno a optar por una solución intermedia: las celdas estarían realmente separadas, pero cerca unas de otras, y comunicadas con los locales comunes mediante un claustro cubierto; así se podría transitar por él al abrigo del azote de la intemperie.

Según su plan ideal, los monjes deberían reunirse con bastante frecuencia — varias veces al día— para el rezo del Oficio, celebrar Capítulo o asistir al refectorio común. Si las condiciones climáticas y del terreno no hubieran correspondido a su ideal de vida contemplativa, Bruno hubiera dudado en instalar a los conversos lejos de las celdas de los ermitaños, a unos 300 metros más abajo, en un lugar donde daba más el sol y duraban menos las nevadas. Pero Dios dispuso la solución más acertada.

Las celdas empezaron a construirse, de forma tosca pero sólida, con troncos ensamblados y bien techadas para resistir el peso de las nevadas. Todas se abrían a una galería cubierta, de unos 35 metros, que llegaba casi hasta el pie del peñascal y permitía ir bajo techo a las dependencias donde participaban en los actos comunitarios: el Capítulo, el refectorio y, sobre todo, la iglesia. En ésta celebraban los monjes la Misa conventual y recitaban juntos Maitines y Vísperas los días ordinarios. Los domingos y



días de fiesta rezaban en la iglesia casi todo el Oficio. La vida eremítica se desarrollaba en las celdas; en ellas rezaban el resto del Oficio y vivían entregados a la oración, la lectura y al trabajo manual, que entonces consistía principalmente en cotejar o transcribir manuscritos, sobre todo de la Biblia y Padres de la Iglesia. Cada ermitaño tomaba la comida en su celda; únicamente acudían al refectorio común los domingos y grandes fiestas, ocasiones en que, mientras la Comunidad tomaba su alimento, uno de los ermitaños leía algún trozo de la Biblia o de los Santos Padres.

También los conversos vivían dentro de los límites del complejo, aunque sus celdas estaban situadas más abajo que las ermitas. Hacían los trabajos exteriores, sobre todo los más rústicos, necesarios en la vida de comunidad. Cultivaban las tierras, cuidaban el ganado, cortaban leña y ejecutaban los mil quehaceres que exigía la difícil conservación de los edificios. En una palabra, protegían la oración y soledad de los ermitaños, entregándose también ellos, en cuanto era posible, a la vida contemplativa. Un admirable ejemplo de solidaridad espiritual de unos hombres que, a buen seguro, no tenían ni la más remota idea de la gran Orden que estaban fundando.

Seis años vivió Bruno en Chartreuse, organizando y alentando a la incipiente comunidad y, según la tradición, a veces solía trepar a un aislado peñasco para acercarse a Dios y orar largas horas. La continua meditación en la eternidad inspiraba a Bruno un fervor y un espíritu de penitencia tal que incluso le llevaba a pasar noches enteras llorando, clamando al Dios del cielo que extendiese su misericordia sobre los santos varones que él había arrastrado a aquel exilio, y sobre toda la humanidad, a través de los siglos. Este hecho tiene mucha trascendencia para entender el horario nocturno de la Orden Cartujana y el sublime sentido que de la muerte tienen los cartujos.

Empero, este eremítico recogimiento fue interrumpido en la primavera de 1090, cuando llegó un mensajero con una carta del papa Urbano II, llamando a Bruno junto a sí. El Papa necesitaba su consejo y ayuda para el gobierno de la Iglesia. Aunque la misiva testimoniaba el saber y el buen juicio de Bruno, el mandato del papa les apenó, a él y a sus monjes, cuyo número había crecido durante aquellos años. Pero acudió a Roma, si bien pesaroso por el obligado abandono de su obra cuando su presencia al frente de la misma parecía más necesaria. Le acompañaron a Roma algunos de sus monjes, y los demás se dispersaron, quedando desocupado Chartreuse durante casi un año, al final del cual, los monjes que habían acompañado a Bruno hasta Roma regresaron, aunque tristes por la ausencia de quien hasta entonces les había guiado, y se reagruparon en torno a uno de ellos, Landuino, que había sido nombrado por Bruno segundo Prior y continuador fiel de su obra. Así, lo que humanamente se presentaba como un fin desastroso, lo convirtió la Providencia en prometedor inicio.

Mientras tanto, en Roma, se vivía una época difícil para la Iglesia, con elementos cismáticos tanto en Italia como en Alemania y con la amenaza musulmana en el Este. El papa acogió a su antiguo maestro y compañero de cabildo con grandes muestras de agrado y deferencia, y le habló largamente de sus proyectos de reforma. Pocos eran los asuntos que resolvía el papa sin antes conocer la opinión de Bruno, y el hecho de que se estabilizase gradualmente la situación se debió en gran medida a la inteligente medida de sus sabios consejos.

El papa le hizo el ofrecimiento del arzobispado de Reggio, y por expreso deseo del pontífice fue elegido *Ipsa Papa volente*, pero Bruno rechazó esta dignidad ya que el derecho canónico autorizaba al elegido a rehusar la sede para la que había sido elegido.

Por su anhelo de huir del bullicio cortesano y volver a la vida solitaria, logró finalmente que el papa le permitiera reanudar la soledad, aunque acatando la petición del pontífice de que permaneciera en Italia. Bruno no tuvo, pues, otra opción que instalarse en un desierto situado a 850 metros de altitud, en Santa María de la Torre, Calabria, donde, no más tarde de la primavera de 1091, organizó y presidió una pequeña comunidad de eremitas con la que fundaría su segunda Cartuja. Construyó allí celdas similares a las de Chartreuse, para reemprender una vida de soledad con Dios.

Debido a su abnegada obediencia al Santo Padre, Bruno nunca volvió a ver su querida Cartuja de Francia. Pero en una ocasión, años más tarde, Landuino, su antiguo compañero que dejara como Prior en ella, viajó a Italia para visitarle y, juntos en La Torre, pensaron en las cosas que en el futuro serían de mayor provecho para sus pequeños grupos de Francia e Italia, inconscientes, empero, de que estaban sembrando el germen de una gran Orden religiosa. Landuino tomó abundantes notas de sus diálogos con Bruno, que sirvieron de base para las *Consuetudines Cartusiae*, que, más tarde, Guigo, quinto prior de la Orden, escribió para constituir la Regla, esmaltada de textos bíblicos, sobre todo del Evangelio de Nuestro Señor, vivida ya por una generación de monjes.

Las vocaciones acudían en tan considerable número que no era posible recibir las todas. Los candidatos rechazados, ayudados por el obispo san Hugo, se agruparon en eremitorios donde trataron de imitar la vida llevada en Chartreuse, hasta que en 1140, durante el priorato de san Anselmo, se reunieron los priores de estos eremitorios y se constituyeron en Capítulo General, acordando someter en lo sucesivo sus casas a esta autoridad suprema. La Orden Cartujana era ya una realidad.

Mas, Bruno no conoció en vida esta gloriosa consolidación de la Orden, pues había fallecido treinta y nueve años antes, en la cartuja Della Torre, en Calabria. Sin embargo, la continua meditación en la eternidad, que inspirara a Bruno un fervor y un espíritu de penitencia tan ejemplar, se transmitió a sus discípulos.

El alma santa de Bruno se separó de su cuerpo el domingo 6 de octubre de 1101. Tenía alrededor de 70 años, y hacía 17 que había dejado el mundo para fundar la Orden Cartujana. Cuando sintió que se aproximaba su última hora, como los antiguos patriarcas, convocó en torno a sí a sus monjes, en la cueva que le servía de celda, e hizo su profesión de fe, según costumbre muy extendida en aquella época. Y en aquellos postrimeros instantes fue evocando las distintas etapas de su vida, desde la infancia, y recordando los sucesos más notables de su tiempo. Permanecieron ellos de pie, rodeando la agonizante figura que yacía en desnudas tablas cubiertas de ceniza.

En la cueva que fue su tumba reza la inscripción: "*Haec sunt ossa magistri Brunonis*": "*Estos son los huesos del maestro Bruno*". Fue tal la reputación que alcanzó después de su muerte, que se escribió de él: «*Fue glorioso entre los maestros y una regla viviente de vida... Superaba a los doctores y era su maestro... Filósofo incomparable, lumbrera en todas las ciencias... Sus lecciones se hicieron famosas en el mundo... De sus escuelas brotó una gran corriente de sabiduría para todo el mundo... Es, entre todos los santos, quien merece, más que ninguno, el calificativo de "Grande"... Su vida en Reims transcurrió toda entera bajo el signo de una preferencia absoluta y sin compromiso con el Señor, sobre todas las cosas y en todas las circunstancias... Fue perfección y pureza de vida...*»

Ocurrieron muchos milagros en su tumba, cuando en 1515 fue hallado su cuerpo incorrupto, pero, fieles a sus principios, los cartujos no hicieron ningún esfuerzo por obtener su canonización, limitándose a guardar su memoria como una preciosa herencia pero al pedir la Orden permiso al papa León X para celebrar su festividad, el pontífice prescindió de todo proceso formal de canonización y, mediante un “oráculo de viva voz”, inscribió a Bruno en el catálogo de los Santos.

Un siglo después, los papas Gregorio XV y Clemente X extendieron su culto a todos los fieles de la Iglesia, al igual que los santos canonizados. Desde entonces, su fiesta se celebra en toda la Iglesia, el día 6 de octubre.



Apotheosis de San Bruno, por Le Sueur.  
Museo del Louvre, París

# Historia de la Cartuja de Santa María de la Defensión, de Jerez de la Frontera

## Breve reseña del fundador, don Álvaro Obertos de Valetto

**E**l fundador de la Cartuja de Santa María de la Defensión fue el noble caballero jerezano don Alvaro Obertos de Valetto, rico e ilustre jurado del Cabildo, que gozaba de gran renombre por su profunda piedad cristiana y su magnanimidad con los pobres de Jerez.

Descendiente de los Fiescos, renombrada y acaudalada familia genovesa de la que fuera honra y prez Inocencio IV, nació en 1427 y vivió, de acuerdo con su rango, en una gran casona con aires palaciegos, situada en la plazuela del Rollo, cuya fachada ostentaba el escudo con las armas de los Morlas. Pero, joven piadoso y de grandes virtudes, no estaba apegado a las riquezas y sentía una singular necesidad de ejercer la caridad con los desvalidos y menesterosos, entre los que distribuía una buena parte del riquísimo patrimonio heredado de sus padres.

Cada mañana solía encomendar su quehacer diario a san Dionisio Areopagita, en la mudéjar iglesia patronal, antes de dirigirse a la Casa Consistorial, donde se reunía el Concejo formado por los insignes regidores de la ciudad, entre los que destacaban los preclaros apellidos de Villavicencio, Zurita, Casas, Riquel, López, Vargas (más tarde conocido como el temible “Machuca”), Núñez Cabeza de Vaca, Fernández de Torres, Gómez y Sepúlveda.

Allí leyó el alcaide Gonzalo de Saavedra la carta de Enrique IV, rey de Castilla, que e hacía un año intentaba reanudar la Reconquista por estas provincias, con las miras en Granada. La carta decía:

*«El Rey. Concejo y Regidores. Corregidor, Cavalleros, Oficiales de la Noble Ciudad de Xerez de la Frontera. Yo quiero ir a tierras de moros mediante la gracia de Dios a facer algunas cossas complideñas al servicio de Dios e mío, para lo cual es mi merced que vayan conmigo de essa ciudad quinientos cavalleros a la gineta bien aderezados e seiscientos omes de a pie mancebos, ballesteros e lanceros, con talegas para ocho días por ende. Yo vos mando que vista la presente fagades partir a salir de essa dicha ciudad los dichos cavalleros e peones de los mayores e más escogidos que podades aver con las dichas talegas e no cumple que se detengan ni fagan en esto otra cossa ni más esperedes sobre ello otro mi mandamiento e sobre esto embio allá al alcayde Gonzalo de Saavedra mi vasallo e de mi concejo dale fe a lo que en esta razón vos dixere e mandase, de Sevilla, a 29 de junio de 1456. Yo el Rey.»*

En cumplimiento de esta encomienda, se organizó de inmediato la expedición guerrera, cual participó el joven don Álvaro Obertos de Valetto, quien a la sazón tenía 29 años, y con gallarda bravura acudió con sus peones custodiando el pendón de la ciudad, portado por Sepúlveda. Y según las reseñas, la batalla que se libró en socorro de Jimena se vio coronada con la victoria.

Según los usos de aquel siglo, don Álvaro, como todos los nobles caballeros habíase educado en el arte de las armas, pero en su memoria se resalta más que las hazañas bélicas su virtud y su amor por los siervos de la gleba y los más necesitados. Y como no había contraído matrimonio, ni tenía herederos a quienes dejar sus bienes, su afán caritativo le a visitar el monasterio de Las Cuevas, en Sevilla, para ver con sus propios ojos las abundantes limosnas que, según había oído hablar hacía mucho tiempo, repartían los cartujos entre los indigentes.

Y llegó allá al mediodía del 3 de mayo de 1463, precisamente a la hora en que los monjes servían la comida a los hombres, mujeres y niños, que llenaban la gran sala, así como otras limosnas que daban en secreto a los pobres vergonzantes, víctimas de malas cosechas, peste o hambre, procurando que nadie se alejase de la cartuja sin haber sido socorrido. Tan conmovedor espectáculo le inspiró la idea de construir en su ciudad un santuario en honor del Dios de la Caridad. Y, sin demora, pidió vehementemente que le recibiera el Prior, esto a abrirle su corazón.

El Prior, a la sazón, el religiosísimo Padre Dom Fernando de Torres, le recibió con su humildad acostumbrada, y lo introdujo en su celda. Allí, don Álvaro le expuso cuán impresionado estaba, no sólo por el esplendor del monasterio, sino, sobre todo, por las obras caridad que en él se hacían, y le declaró su espontáneo deseo de destinar sus bienes y la administración de éstos a la orden cartujana para levantar, en Jerez de la Frontera, una fundación similar. Al enumerar los bienes que poseía, el Prior le sugirió que sus riquezas eran suficientes para la construcción de esa nueva Cartuja, ante lo cual don Álvaro no pudo contener las lágrimas y al instante le confió todos sus bienes y encomendó a su solicitud y cuidado todo el negocio, «...para que la gloriosa Virgen María sea mi abogada y por otras causas piadosas que mi corazón a ello mueven».

## **Fundación y consolidación**

Aquel mismo día, con piadosa emoción, don Álvaro instituyó como sus herederos a los monjes cartujos, ante el escribano Alonso Ruiz de Porrás, por documento fechado en Sevilla el 3 de mayo de 1463. Casi cuatro años más tarde, según certifica otro documento otorgado en Sevilla, concretamente el 24 de marzo de 1467, ante el notario apostólico Pedro Martínez de la Palma, don Álvaro volvió a la Cartuja sevillana de Santa María de las Cuevas y ratificó el legado de su caudal inmenso y posesiones al Prior, con reserva de usufructo, para llevar a cabo una fundación en Jerez que fuese modelo de caridad para con los pobres.

Alabando a la Divina Providencia, el Prior aceptó la donación y le prometió que designaría unos monjes para que le acompañaran y eligieran para la fundación deseada un sitio que «fuese conveniente, según su modo de vivir cartujano» y donde los futuros eremitas «pudiesen recogerse a cultivar las virtudes», como deseaba san Bruno. Y así regresó don Álvaro a Jerez, acompañado del Padre Procurador, Dom Juan de Bonilla, a la cabeza de esta expedición.

Vistos, pues, algunos lugares en el término y comarca de Jerez, los religiosos, que preferían otro sitio más alejado de la ciudad, cruzaron la Sierra de San Cristóbal y buscaron un emplazamiento adecuado para sus esperanzas de soledad y silencio. Y así

llegaron a la ermita de Santa María de Sidueña, luego llamada de la Piedad, en el término de El Puerto de Santa María. Era un torreón aislado —y aún signe siéndolo—, con una capilla dedicada a la Virgen, que se elevaba sobre un promontorio desde el que se divisaba toda la bahía de Cádiz, y a cuyas ubérrimas orillas llegaban las barcazas de pescadores, por lo que en tal lugar les «pareció ser conveniente y apacible fundar el Monasterio, por tener tan cerca tantas huertas y conveniencias de agua y frutas, como por tener tan a mano el pescado, el cual es nuestro principal mantenimiento».

Para realizar la fundación allí, se necesitaba la licencia del Arzobispo de Sevilla, en cuya diócesis la dicha ermita estaba. Mas, tras las oportunas diligencias, la aprobación fue fácil, pues el Arzobispo de Sevilla, muy complacido, les cedió perpetuamente la propiedad de la ermita de Sidueña, fundación y autorización que fue confirmada por el eminentísimo señor don Pedro González de Mendoza y Figueroa, Cardenal Arzobispo de Valladolid.

Pero el bienhechor jerezano que financiaba la fundación, el ya citado don Álvaro Obertos de Valetto, no aceptó el lugar escogido, ya que dicho predio pertenecía al Duque de Medinaceli, y puesto que como donante de sus bienes tenía derecho a imponer condiciones, deseaba que la nueva Cartuja se alzase dentro de los términos de su ciudad. Insistió, pues, en que el monasterio fuera situado en el Sotillo, una colina en la margen derecha del río Guadalete, a unos cinco kilómetros de Jerez en dirección a Medina Sidonia, junto a la antigua ermita de Nuestra Señora de la Defensa. Y aquí, conviene explicar también el sentimiento religioso que soportaba tal designación.

En dicho lugar, en 1368, los moros tendieron una celada a los cristianos, pero éstos se salvaron gracias a la aparición de la Virgen María que, enviando un potente resplandor iluminó el escondite de los infieles, a los que los jerezanos sorprendieron y derrotaron. En conmemoración de este milagro, la ciudad de Jerez construyó en el lugar de la batalla la citada ermita con la advocación de Nuestra Señora de la Defensa. El cuadro que más tarde pintara Zurbarán, titulado el Milagro de la Defensa, describe este hecho.

Según dice la tradición, el devoto fundador don Álvaro tuvo además una visión. Se le apareció un anciano que le señaló dicho terreno como el lugar ideal, ya que allí había tenido lugar tan milagrosa victoria sobre los moros. Ante esto, el Prior de la Casa Madre del Paular y el de la Cartuja de Santa María de las Cuevas de Sevilla, convencidos de que el anciano que se había aparecido a don Álvaro era san Pedro, su protector, accedieron a los deseos de Obertos de Valetto; por lo que se pidió nueva licencia al prelado, que la otorgó el 20 de septiembre de 1475. Don Rodrigo Ponce de León, Marqués de Cádiz y, por aquel entonces, gobernador de la ciudad, logró vencer la tenaz oposición existente por parte del Cabildo Capitular para dicha fundación y apadrinó la empresa.

Aquel mismo día, don Álvaro, lleno de júbilo, se apresuró a adquirir la hacienda, viña y arboleda del Sotillo, incluyendo la capillita dedicada a Nuestra Señora de la Defensa, pagando a su propietaria, doña Leonor Núñez, viuda del capitán Alonso Trujillo y Riquelme, los 90.000 maravedíes de su valor. Y como primer indicio, en 1475, se erigió ante la ermita una gran cruz de mármol blanco, la Cruz de la Defensa, que todavía se encuentra en los jardines de la entrada a la Cartuja y que conmemora dicha victoria.



Al siguiente año, el día 13 de febrero de 1476, llegaron los cinco primeros monjes, procedentes de la Cartuja de Santa María de las Cuevas de Sevilla, que se alojaron provisionalmente en una casa de labor con palomar que en dicha finca existía cerca de la ermita. Dom Fernando de Llerena (1476-1482) fue el primer Rector de esta escasa comunidad, y los monjes fundadores Fr. Diego de Medina, Fr. Cristóbal de Sevilla. Fr. Lope de Hiestrosa y Fr. Benito Centurión.

A los dos años de empezar este rectorado, concretamente, el 17 de diciembre de 1478, se puso la primera piedra de la iglesia, en presencia del fundador, don Álvaro Obertos de Valetto, y se inició la construcción del Monasterio. Así, él tuvo la satisfacción de ver comenzada la obra. Sin embargo, deseando acelerar la edificación, don Álvaro suscribió una nueva escritura el 15 de febrero de 1481, por la que les hizo entrega de todo el resto de los bienes que tenía reservado para sí *«para ayuda a la edificación, dote, constitución del dicho monesterio de Santa María que agora nuevamente se edefica e para sustentación de los monjes e frailes dél»*. Con la nueva aportación la construcción tomó gran impulso. Ya se alzaba majestuosa la iglesia, a falta tan sólo de la crestería y el imafrente, y también quedaron terminadas la sacristía, la sala capitular de los monjes y nueve celdas inmediatas a la capilla mayor. Estos progresos los vigilaba con ansiedad don Álvaro, que ya entreveía la majestuosidad de la nueva Cartuja y rogaba a Dios le permitiera verla definitivamente concluida y consagrada.

Pero no ocurrió así, pues al año siguiente, concretamente el 12 de marzo de 1482, a la edad de 55 años, el caballero murió, rico en méritos y en olor de santidad. Y, aunque no tuvo el gozo de disfrutar en vida con la culminación de su sueño, su nombre pasó a la historia con merecida gloria.





Con los debidos honores a su rango, la ciudad de Jerez le otorgó un multitudinario homenaje durante el traslado de sus restos desde su palacio en la Plaza del Rollo hasta el Monasterio. Allí, los monjes, entonando salmodias cartujanas, se hicieron cargo de ellos y le dieron solemne enterramiento en el centro del nuevo templo.

Don Álvaro fue sepultado en la iglesia, ante el altar mayor y a los pies del ábside, bajo una grandiosa lápida de mármol en la que se representa grabada la figura yacente de Obertos de Valetto revestido de armadura, sujetando en sus manos la empuñadura de la espada, la cabeza descubierta y recostada sobre almohadones. Su rostro aparece enmarcado por abundantes cabellos y luenga barba, y a ambos lados de su cuerpo aparecen el escudo e los Morlas y el yelmo con cimera, mientras que a los pies del difunto yace recostado un elemento simbólico de esperanza de resurrección muy recurrente en la iconografía cristiana de la Edad Media. A lo largo de los cuatro costados de la lápida, enmarcada por una orla de mármoles negros y blancos, corre una inscripción en la que reza:

*«AQUÍ IACET EL NOBLE CAVALLERO ALVARO OBERTO DE  
VALETO VEZINO QVE FUE DESTA CIBDAD DE XEREZ DE LA  
RONTERA FUNDADOR I DOTADOR DESTE MONASTERIO DE  
ARTUXA. FALLECIO AÑO DE MCCCCLXXXII.»*



Lápida sepulcral del fundador  
don Álvaro Obertos de Valetto.

Jamás el donante obligó en vida a los Cartujos con mandas de ninguna índole. Sin embargo, la comunidad honró generosamente su memoria y demostró su agradecimiento al fundador con los recursos religiosos propios de su misión espiritual, y así, fueron pródigos en sufragios por su alma, especialmente en los aniversarios su óbito en que le ofrecían misas y rezos, cubriendo su enterramiento con riquísimo paño carmesí, bordado con las armas de los Morlas.

A raíz de su muerte, algunos de sus familiares iniciaron enojosos pleitos con los cartujos pretendiendo parte de la importante herencia legada la Orden, pero finalmente estos problemas fueron salvados y la Cartuja de la Defensa recuperó la inmunidad como mansión de paz, y fue reconocida como «como lugar donde se ganaba el cielo, culminaba el arte y resplandecía la candad».

## **Grandeza y esplendor**

El Monasterio pronto comenzó a desarrollar su labor redentora y de beneficencia. Daba de comer diariamente a más de cincuenta pobres, y en cualquier momento que algún caminante llamara a sus puertas era espléndidamente atendido. Ante la Hospedería se congregaban los menesterosos esperando el toque que anunciaba la hora del reparto de la comida, campana que ellos denominaron «el canario», porque su sonido alegraba sus corazones con el anuncio de la pitanza.

Unos 23 años más tarde, ya iniciado el siglo XV, el Prior Dom Pedro de Córdoba, hombre de gran autoridad y esclarecidos méritos, logró para la Comunidad singulares mejoras en lo espiritual y en lo temporal. Un gran sentido del orden y una sabia economía presidieron todos sus actos de gobierno. Dedicó gran atención a aspectos de organización que, faltos de iniciativa, habían quedado en la sombra, y dejó por todas partes huella de su paso. Mejoró muchos predios y edificios, y todo fue puesto en buen pie, sin contravenir la leyes de la simplicidad monástica, de tal forma que podría aplicársele el título de segundo fundador.

Desde su fundación en 1476, la Cartuja administró y explotó una gran hacienda compuesta por varias fincas importantes del término de Jerez, procedentes en gran parte de donaciones y de la herencia de su fundador, Álvaro Obertos de Valetto, con una extensión de más de cincuenta y dos mil hectáreas, entre las que destacaban la Pañuela, Lomo Pardo, Pozuela y Alcántara. Eran terrenos diversos, viñas, huertas, olivares, tierras de labor y fincas de pasto, cultivadas con el esmero y cuidado de los monjes, hasta el punto de criar importantes ganaderías, de reses bravas y caballar, de cuya fama es ejemplo la creación una raza caballar propia que dio origen a los caballos cartujanos.

Muy especial mención merecen estos caballos cartujanos, excelente raza criada en este Monasterio, que desde el siglo XVIII hasta nuestros días ha dado lustre y renombre a Jerez, así como la crianza de toros de buena casta, los de las berrugas y los del papillo, que de ahí tomó el vulgo el dicho de «papillo y berruga», aplicable a toda persona de acusado carácter, fuerte temperamento o sobresaliente en algo con firme personalidad. Algunos de estos famosos toros de divisa verde se lidiarían más tarde en Madrid, en mayo de 1792, época en que mucho admiraron y dieron que hablar a los expertos.

Para su recreo y descanso espiritual, los Cartujos levantaron, como a una legua del convento grande, un convento chiquito, con una capilla circular, en la que tenía su trono una Virgencita de traje campero, pastoreño, con ovejas a su alrededor: la Divina Pastora.

Pese a la intensa vida contemplativa de los cartujos, a su activa asistencia a los pobres y necesitados, y a su continua y laboriosa dedicación al arte, aún tenían tiempo para encauzar las aguas del Monasterio a las fuentes públicas de la ciudad, cuidar huertos y viñas, y mimar las soleras de sus bodegas.

Por los años cercanos a 1600 el monasterio acogió como huésped y con ejercicios espirituales al fundador del Hospital de la Candelaria, el apóstol de la caridad Fray Juan Grande. Hecho conocido por transmisión verbal, pero no comprobado.

En 1667 se finalizó la construcción del monasterio, cuando el Hermano Pedro del Piñar terminó la fachada de la iglesia. Este monje, de origen burgalés, converso y profeso de la Defensión, ya era cantero y arquitecto al ingresar en la Orden, y merece muy especial mención, pues él mismo realizó con mucha capacidad el imponente, la hermosa fachada retablo —de las que en España sólo hay tres de su estilo—, excepto las efigies que albergan sus nichos que fueron obra del imaginero Francisco Gálvez. El Hermano Pedro del Piñar, se a ser tuerto, no sólo creó la maravillosa fachada, la cual terminó en el año 1667, sino que además remató de cresterías, la iglesia y el refectorio. No cabe duda de que en tan hermosa obra influiría mucho la exquisita sensibilidad del Padre Gabriel.

El ilustrado neoclasicista Antonio Ponz, en momentos en que el monasterio alcanza su mayor celebridad y desarrollo, en el siglo XVII, describe los elementos artísticos de la Cartuja de la Defensión con alabanzas y con un exhaustivo e importante inventario de obras y artistas. A los ojos de este infatigable viajero que había recorrido ya casi todos los conventos y catedrales del país, no existen sino motivos de alabanza para el buen gusto y el acertado programa de promoción artística efectuado por los cartujos, al igual que alaba la labor humanitaria y educativa de la Hospedería, Asilo y Escuela instalados en el monasterio.

En 1795 se llevó a cabo un evento religioso y artístico de gran relevancia: la solemne traída desde Valencia de la imagen de la Virgen de las Angustias, tallada en 1793 por el valenciano José Esteve Bonet, y la del venerado Cristo de la Defensión.

Maestros y artistas fueron enriqueciendo el Monasterio notablemente, como Andrés de Ibera, jerezano; José de Aerts —Arce—, Alonso Cano, Baccaro, Esteve, Martínez Montañés, Berruguete, Pereda, Murillo, Lucas Jordán, Bonarota y, sobre todos, Francisco de Zurbarán, cuyas obras convirtieron a la Cartuja jerezana en un espléndido museo de arte, desde las postrimerías del siglo XV hasta comienzos del XIX. Con todo ello, la Cartuja de Jerez, precioso joyel del arte, por sus claustros, retablo, sillería, rejas, tallas, cuadros y mil objetos preciosos, atrajo la atención de ilustres visitantes, como el príncipe Filiberto, el rey Carlos IV, José I Bonaparte, el mariscal Víctor y tantos otros. En ella predicó el beato Diego José de Cádiz.

Caso curiosísimo en sus anales fue el ocurrido con motivo de la visita de una mujer, contraviniendo las reglas de la Orden; pero doña Cristina era la Reina y no se le podía regar la entrada por mucha clausura que hubiese. Según algunos articulistas, cuya exageración no es de fiar, «aquella visita puso en gran aprieto a la Comunidad, que al

fin encontró una fórmula para complacer a la Soberana sin menoscabo de la austeridad cartujana. Tras la Reina marchaban dos legos barbudos señalando con tiza las piedras y losas que ella pisaba. Cuando doña Cristina abandonó el Monasterio, —decían dichos autores— las losas se arrancaron y se tiraron al río». Escritos dejados por los monjes cartujos, niegan que se llevaran a cabo tales medidas, alegando que tal historia no es más que una anécdota creada por la leyenda popular.

## Huida de los Cartujos

En los albores del siglo XIX, aciagos días vinieron a turbar al Monasterio de Nuestra Señora de la Defensa, y aquella santa paz se troncharía como una flor pisoteada.

Comenzaron en el año 1802. Ante la amenaza de los conflictos bélicos que sufría la bahía gaditana y su posible repercusión en la Cartuja, el Prior Dom Nicolás María de Hoyos decidió enviar a todos los componentes de la Comunidad a la Cartuja de Santa María de las Cuevas de Sevilla, pero él permaneció al cuidado del Monasterio de la Defensa hasta que de nuevo, pasado ya el peligro, volvieron los monjes enviados a Sevilla.

Ocho años más tarde, el 30 de enero de 1810, se inició la destrucción del Monasterio formado durante los tres siglos anteriores. La proximidad del ejército francés hace temer a los cartujos por su seguridad y les obliga a abandonar el monasterio, en barcas ajustadas en El Portal, para refugiarse en Cádiz, en diferentes conventos, casas-hospicio y de familiares y amigos, entre ellas, en una casa de San Fernando, por la que pagaban veinte reales diarios, y desde allí enviaban cuanto dinero podían al ejército español para la defensa del país contra el invasor. Sin embargo, no se pudo evitar el saqueo inmediato del Monasterio. Los franceses tuvieron tiempo para desmantelarlo cuando allí se apostaron para defenderse de los ataques del guerrillero Zaldívar, un ubriqueño de fieros reñones. y cargaron con todo cuanto pudieron, dejando el lugar en tan lastimoso estado que desaparecieron todas sus valiosísimas obras e incluso «el canario», la campana de la Hospedería. Este desastre despertó la codicia de los malhechores lugareños que también irrumpieron en el Monasterio para saquear lo que quedara.

Así quedó reflejado en el manuscrito de uno de los monjes, por orden del entonces prior Dom Nicolás María de Hoyos, que regresó a él, a los dos años y medio, para rehacer la comunidad:

*«No se descuidaron en aprovecharse de esta coyuntura los jerezanos, quienes cerciorados de que las tropas que se divisaban no eran las francesas, como por equivocación se había creído, sino las españolas vestidas, por capricho, a la francesa, y que mandaba en retirada el duque de Alburquerque, acudieron en tropel hombres y mujeres, jóvenes y viejos a saquear el monasterio. La iglesia, sacristía, celdas, oficinas, almacenes y bodegas, sirvieron de cebo a su codicia, y aquello que perdonó esta popular langosta, la consumió el pulgón del ejército fugitivo, y, por último, no teniendo en qué cebarse la rapacidad francesa, cargó con todas las pinturas excelentes».*

En agosto de 1812, cuando los cartujos regresaron a su Monasterio lo encontraron terriblemente destruido y saqueado. La deplorable ruina en que se convirtió la paz bendita de antaño, movió a los cartujos a entonar un desolado «*De Profundis*» que se elevó al cielo como un profundo lamento. La mayoría de las obras de arte habían sido robadas por el ejército francés, salvo algunas esculturas que habían quedado rotas y que habían sido rescatadas y guardadas en Jerez. Faltaban, por supuesto, todos los objetos de un mínimo valor material y se habían producido desperfectos importantes, incluso en las edificaciones destinadas a alojamiento de tropas. El esfuerzo de los cartujos por la recuperación del Monasterio debió enfrentarse a múltiples dificultades. Aunque muchas de las obras de arte fueron reintegradas por los franceses, y devueltos muchos de los objetos robados por diferentes personas, el problema mayor fue el de la restitución de las propiedades y del propio edificio, ya que parte de los movimientos políticos españoles del momento vieron aquí la oportunidad de iniciar la desamortización.

Entre 1812 y 1835 se suceden pleitos y situaciones adversas a la Cartuja que impiden la recuperación de su antiguo esplendor. El trienio liberal obligó a un nuevo abandono desde enero de 1821 hasta finales de 1823, en el que se sucedieron nuevos saqueos, y en agosto de 1835, una ley decretaba la exclaustración de los monjes y la desamortización definitiva, implantada por Juan Álvarez Mendizábal. Los monjes, con gran riesgo de sus vidas, tuvieron que marcharse de España hacia otras cartujas ubicadas en el extranjero.

## Ruina y destrucción

Con la desamortización, la responsabilidad sobre el patrimonio artístico del Monasterio pasó a diversas juntas y funcionarios, cuyas actuaciones, en el caso de la Cartuja de la Defensa, fueron motivo de sonados escándalos. Todas sus propiedades y tesoros artísticos emprendieron un camino final sin retorno.

Nada quedaba ya de aquel emporio de arte y religiosidad. Había desaparecido el magnífico retablo de la iglesia, parejo en grandiosidad al de Santa María, de Arcos de la Frontera, y al de la Coronada, de Medina Sidonia, así como el *Sancta Sanctorum* y todos los magníficos lienzos de Zurbarán; el Apostolado de Arce, su soberbio crucificado, gemelo del de la Buena Muerte, de Cádiz; el San Bruno, de Martínez Montañés; la Virgen de la Defensa —talla atribuida por algunos a Arce, y por Hipólito Sancho, a Jácome Baccaro—, finalmente rescatada por la catedral de Cádiz; la imagen de las Angustias, de Arce; la sillería del coro, y un sinfín de cuadros de pintores célebres y de valiosos objetos. Un buen lote de cuadros fue exportado ilegalmente, entre ellos, los cuatro lienzos de Zurbarán que hoy se hallan en el Museo de Grenoble, y el del Milagro de la Defensa, del mismo autor, adquirido después por el Museo Metropolitano de Nueva York. La Academia de Bellas Artes de Cádiz consiguió recuperar otro lote para su Museo, y muchas de las esculturas, al igual que la sillería del Coro de los Padres, se distribuyeron por diferentes iglesias.

El monumento en sí es el que sufrió los mayores perjuicios. Se cuenta que en sólo cinco años de abandono había alcanzado un estado de ruina total, lo que pudo servir como excusa para intentar aprovecharlo como cantera de materiales de

construcción. ¡Ojalá que nunca más en la historia vuelva a repetirse el vandálico expolio que la criminal mano de Mendizábal iniciara y llevara a cabo en este Monasterio, y en el resto del país, para gran vergüenza de España!

Terminamos este triste capítulo de la historia de la Cartuja de Santa María de la Defensa, incluyendo la lista de los Rectores y Priors que la gobernaron desde 1476, fecha de su fundación, hasta el aciago año de 1835 en que, acosados y con gran peligro de sus vidas, tuvieron que abandonarla.

#### Siglo XV

Dom Fernando de Llerena	Profeso de Las Cuevas, Rector	1476-1481
Dom Juan de Bonilla	de Las Cuevas, Rector	1482-1484
Dom Alvaro de Abrego	de Las Cuevas, primer Prior	1484-1488
Dom Miguel de Villarreal	de Las Cuevas, Prior	1488-1495
Dom Gonzalo de Palma	de Las Cuevas, Prior	1496-1497

#### Siglo XVI

Dom Diego de Luján	de Las Cuevas, Prior	1497-1505
Dom Pedro de Córdoba	de la Defensa, Prior	1505-1523
Dom Pedro de Ciudad Rodrigo	de la Defensa, Prior	1523-1525
Dom Andrés de Salas	de Las Cuevas, Prior	1525-1529
Dom Bruno de Ariza	de Las Cuevas, Rector y Prior	1529-1537
Dom Alonso de Aguiar	de Las Cuevas, Prior	1538-1542
Dom Bernardo Pérez	de El Paular, Prior	1542-1548
Dom Juan de Trujillo	de Las Cuevas, Prior	1549-1550
Dom Diego de Salas	de la Defensa, Prior	1550-1556
Dom Juan de la Parra	de Las Cuevas, Prior	1556-1560
Dom Rodrigo de Valdepeñas	de Las Cuevas, Prior	1560-1560
Dom Tomás Rodríguez	de Las Cuevas, Rector y Prior (1ª)	1560-1567
Dom Luis de Canelas	de la Defensa, Prior (1ª)	1567-1568
Dom Tomás Rodríguez	de Las Cuevas, Prior (2ª)	1568-1569
Dom Luis de Canelas	de la Defensa, Prior (2ª)	1569-1574
Dom Bernabé de Torres	de Las Cuevas, Prior	1574-1574
Dom Pedro Rubio	de la Defensa, Prior	1575-1580
Dom Juan de Santiago	de Las Cuevas, Prior	1580-1581
Dom Alonso de Pantoja	de la Defensa, Rector	1581-1581

Dom Julián Muñoz	de Miraflores, Prior	1581-1583
Dom Esteban Salazar	de El Paular y Cazorla, Prior	1583-1585
Dom Luis de Canelas	de la Defensa, Prior (3ª)	1585-1590
Dom Gonzalo de Padilla	de la Defensa, Prior	1590-1593
Dom Juan de Cárdenas	de la Defensa, Rector	1593-1594
Dom Pedro Barbo	de Miraflores, Prior	1594-1594
Dom Rodrigo de Aldana	de Cazorla, Prior	1595-1597
Dom Antonio de Villapadierna	de El Paular, Prior	1597-1598
Dom Cristóbal Calvo	de Las Cuevas, Prior	1598-1599

## Siglo XVII

Dom Antonio Sánchez	de El Paular, Prior (1ª)	1599-1603
Dom Gonzalo de Padilla	de la Defensa, Prior (2ª)	1603-1605
Dom Antonio de Molina	de Miraflores, Prior (renunció)	1605-1605
Dom Gonzalo Diosdado	de la Defensa, Rector	1605-1605
Dom Francisco de Ortega	de Las Cuevas, Prior	1605-1609
Dom Diego de Guelvar	de Miraflores, Prior (1ª)	1609-1614
Dom Francisco de Caravaca	de Las Cuevas, Prior	1614-1617
Dom Diego de Guelvar	de Miraflores, Prior (2ª)	1617-1622
Dom Antonio Sánchez	de El Paular, Prior (2ª)	1622-1623
Dom Diego de Ayal	de la Defensa, Prior	1624-1630
Dom Sebastián de la Cruz	de la Defensa, Prior	1630-1639
Dom Antonio Spínola	de la Defensa, Rector	1639-1639
Dom Miguel de Palacios	de El Paular, Prior (renunció)	1640-1640
Dom Juan Antonio de Zapata	de Miraflores, Prior	1640-1643
Dom Francisco de Loaysa	de El Paular, Prior	1643-1644
Dom Diego de Medrano	de El Paular, Prior	1644-1647
Dom Juan de Soto	de la Defensa, Prior	1647-1650
Dom Blas Domínguez	de Las Cuevas, Prior (1ª)	1650-1652
Dom Rafael de Ciurana	de Las Cuevas, Prior	1653-1656
Dom Juan Carrasco	de la Defensa, Prior	1656-1662
Dom Blas Domínguez	de Las Cuevas, Prior (2ª)	1662-1666
Dom Gabriel González	de la Defensa, Prior	1666-1669
Dom Juan Jiménez	de la Defensa, Prior (1ª)	1669-1681

Dom Andrés de Lunar	de Aniago, Prior	1681-1682
Dom Agustín de Salazar	de El Paular, Prior	1682-1682
Dom Cristóbal Jaraquemada	de la Defensa, Prior	1682-1693
Dom Pedro de Mena	de la Defensa, Prior	1693-1697

#### Siglo XVIII

Dom Juan Jiménez	de la Defensa, Prior (2ª)	1697-1700
Dom Juan de Allona	de Las Cuevas, Prior (1ª)	1700-1703
Dom Andrés García	de la Defensa, Prior	1703-1710
Dom Matías Calonge	de Las Cuevas, Prior	1710-1715
Dom Juan de Allona	de la Defensa, Prior (2ª)	1715-1716
Dom Antonio Rodríguez	de la Defensa, Prior	1716-1720
Dom Alonso Chamizo	de la Defensa, Prior	1720-1730
Dom Eugenio Mariano Pernía	de la Defensa, Prior	1730-1752
Dom Francisco de la Huerta	de la Defensa, Prior	1752-1753
Dom Pedro de Cepas	de Las Cuevas, Prior	1753-1758
Dom Pedro Serrano	de la Defensa, Prior	1758-1763
Dom Antonio Moreno	de la Defensa, Prior	1763-1789
Dom Juan Muñoz	de El Paular, Prior	1789-1793
Dom Nicolás de Hoyos	de la Defensa, Prior (1ª)	1793-1797

#### Siglo XIX

Dom Rodrigo Díez de Lara	de la Defensa, Prior (1ª)	1797-1802
Dom Nicolás de Hoyos	de la Defensa, Prior (2ª)	1802-1813
Dom Luis de la Parra	de la Defensa, Prior	1813-1815
Dom Rodrigo Díez de Lara	de la Defensa, Prior (2ª)	1815-1817
Dom Tomás Crimín	de la Defensa, Prior	1817-1820
Dom Francisco Altemir	de la Defensa, Prior	1820-1825
Dom Andrés Mª de Aragón	de la Defensa, Prior	1825-1832
Dom Luis Gonzaga del Barrio	de Miraflores, Prior	1832-1835
Dom Esteban de las Monjas	de Las Cuevas, Prior	1835-1835



## Reconstrucción del Monasterio

Para impedir la total destrucción de la Cartuja se promovieron expedientes e informes de todo tipo. La Junta diocesana que se había hecho cargo del Monasterio, consideró justo cederlo al Estado en 1855, para que, al menos, velase por su conservación, mas todo lo que se logró fue que se declarara monumento nacional, el 31 de julio de 1856. Dicha calificación, aún vigente, atribuía al Monasterio los escasos medios legales y materiales de protección que entonces podían disponerse, lo que equivalía a quedar totalmente desamparado a su suerte.

Desde esa fecha, el Monasterio continuó sufriendo trances de destrucción muy graves. A pesar de la declaración de monumento nacional, fue pequeño el sector protegido por las autoridades encargadas del patrimonio artístico, y dentro de éste, no se ejecutaron más que obras escasas para intentar conservar algo ya muy arruinado. Las voces y constantes protestas de unos pocos amantes del arte no consiguieron sino impedir la demolición total y que se realizaran consolidaciones en lugares esenciales. No obstante, una buena parte del claustro grande se vino abajo, al igual que el claustro de legos y las habitaciones inmediatas.

En pos de la preservación del monumento se dieron situaciones de todo tipo, desde el intento de venta en pública subasta, promovido por Hacienda el 20 de agosto de 1875, hasta la efímera permanencia de la Congregación Sevillana de Madres Filipenses que, desde 1875 a 1883, habilitó en el Monasterio una escuela agrícola. El Ayuntamiento de Jerez jugó un importante papel en la conservación del inmueble y permitió, en 1875, la instalación en la casa de campo de dicho Monasterio de un cuartel de caballería, el Depósito de Sementales, lo que parecía continuar en cierta forma el prestigio de la raza caballar cartujana, al tiempo que proporcionaba buen uso y garantías de mantenimiento a una parte de las antiguas instalaciones de la casa de labor. Bien es cierto que el referido servicio se convirtió a veces en peligrosa vecindad, ya que se llegó a usar el refectorio como almacén de paja, sin reparar en los posibles riesgos de un incendio, que hubiera destruido todo el monumento.

Pasada una pintoresca etapa en la que el guarda designado para la vigilancia de las ruinas convirtió a éstas en una hospedería personal, a cuyos inquilinos fue difícil desahuciar, se iniciaron a partir de 1900 obras de reparación y diversos informes sobre las necesidades de restauración. El arquitecto Francisco Hernández Rubio redactó para el Ministerio de Instrucción Pública, en 1911, una concienzuda memoria descriptiva de las reparaciones y obras necesarias, que habían de realizarse rápidamente para evitar la ruina total, y que afectaban prácticamente a todos los claustros y habitáculos, salvo los que se consideraban irremediablemente perdidos. El presupuesto ascendía a 67.199,50 pesetas, lo cual da idea de la acelerada progresión de la ruina, que era denunciada permanentemente por Pelayo Quintero desde la Comisión Provincial de Monumentos.

Cuando el conde de los Andes, ilustre jerezano diputado en Cortes, gestionó en 1911 cerca de dicho Ministerio la realización de tan urgentes obras, resultó que el primer informe, y varios más enviados después, habían sido destruidos y no quedaba constancia de los mismos. La última tentativa de salvación partió de la comisaría Regia del Turismo, dirigida entonces por el marqués de Valle Inclán, que preparó una visita de los Reyes a Jerez, al objeto de mostrarles la Cartuja y que pudiesen apreciar por sí

mismos tal joya y ver el estado de abandono en que se encontraba. Mas, por la intervención de algunos personajes poco amantes de la grandeza española, se desvió la proyectada visita al Monasterio, cambiándola por la de las bodegas, puesto que, según ellos dijeron, en la Cartuja no había ya nada que ver.

En 1927, a consecuencia de la restauración de una de las bóvedas del Claustro del Cementerio, en el claustro grande, se halló una ánfora árabe de gran valor, de barro vidriado y de reflejo metálico, decorada con inscripciones cúficas y atauriques, fabricada quizás en Málaga en el siglo XIV y que está expuesta en el Museo Arqueológico Nacional en Madrid; se había utilizado para aliviar el peso de la cubierta, como era habitual en este tipo de arquitectura, y debió formar parte del primer mobiliario del monasterio, aprovechado cuando se encontraba en desuso.

## **Retorno de los Cartujos**

Pese a tan prolongado abandono, un buen día resonaron sobre las piedras venerables voces de hosanna. La Cartuja iba a ser reconstruida. Se formó una junta, y su presidente, Manuel María González Gordon, encontró en el cardenal Segura el alma de la empresa.

En mayo de 1948 se inició la limpieza del Monasterio, del que sólo quedaban escombros, malezas, suciedades y ruinas por todas partes. En el mes de junio se comenzaron a reconstruir algunas celdas. Poco a poco fueron recuperándose algunos objetos depositados en iglesias y conventos, con los que se hizo una exposición en los claustros de Santo Domingo, en septiembre. Lo recuperado era una ínfima parte del tesoro cartujano. En dicha exposición se mostró el Apostolado, san Antelmo, san Hugo y el Crucificado, entregados por el Cabildo Colegial; la cruz conventual del siglo XVII, ciriales, sacra de plata de estilo gótico y relicario, devueltos por las monjas agustinas de Santa María de Gracia; incensario de plata y blandones, por la iglesia de Santiago, y por el Ayuntamiento, otras comunidades y particulares, fueron devueltos cuadros, imágenes y otros objetos antaño pertenecientes al Monasterio.

El 3 de octubre llegaron a Jerez los cartujos que iban a formar la comunidad, al frente de los cuales venía el Rvdo. Padre Dom Agustín María Hospital, obispo dimisionario de Rauna y Prior de la Cartuja de Miraflores, de Burgos. En el Ayuntamiento se celebró una solemne recepción, en la que el alcalde de la ciudad dio la bienvenida a los religiosos. El cardenal Segura pronunció un magnífico discurso invitando a toda la ciudad a asistir, en la festividad de san Bruno, al solemne pontifical que habría de celebrarse en el Monasterio, primero oficiado en España según rito cartujano, y con el que la Comunidad inició su vida monacal. Estuvo presente el Ayuntamiento bajo mazas. La homilía del cardenal Segura fue profunda y conmovedora. Tanta devoción tuvo el jerarca de la Iglesia hispalense a la Orden Cartujana y a esta restauración de Jerez, que cedió al Monasterio el altar de su oratorio, sus ornamentos sagrados y el sillón que había pertenecido al Papa Pío X, reliquia que tenía en gran estima.

El primer Prior de la comunidad cartuja en el siglo XX fue Dom Luis María de Arteche, (1948-1979), procedente de Miraflores, a quien correspondió la gran responsabilidad de recomponer y organizar la vida monástica entre tantas ruinas.

Después de más de cincuenta años del retorno de los Cartujos a su Monasterio, en los que con esa santa paciencia que les caracteriza fueron restañando las heridas que le infringieran el tiempo y los hombres, reconstruyendo y ordenando, a la par que embelleciendo el edificio para devolver a su Cartuja el pasado esplendor, se encuentran utilizables gran parte de las distintas dependencias monacales. La labor de restauración aún durará muchos años, siglos tal vez, pues debe recordarse que desde su fundación en el siglo XV hasta la exclaustación, en el siglo XIX, la Cartuja estuvo creándose y enriqueciéndose artísticamente día a día, sin prisas.

La sillería del Coro, maravilla del arte de la carpintería, labrada por los maestros talladores Jerónimo de Valencia y Cristóbal de Voisin, vecinos de Sevilla, en maderas de caoba, cedro, roble y ébano, colocada sobre zócalo de piedra cincelado por Alonso Cano, obra fechada en el año 1550, fue totalmente restaurada. La iglesia, volvió al culto en la citada festividad de san Bruno, y cuenta con un nuevo retablo, procedente de la Merced, de Sanlúcar de Barrameda, donado por la duquesa de Medina Sidonia. En él están las tallas de Nuestra Señora de la Defensa, titular del Monasterio, y la del santo fundador, san Bruno, que juntamente con la de la Virgen de las Angustias, fueron depositadas en un principio en el Museo Provincial, y después en la catedral de Cádiz. Han podido ser recuperadas gracias a las facilidades dadas por el Ministerio de Educación y Ciencia, la Dirección General de Bellas Artes y el obispo de Cádiz, doctor Añoveros. Es de todo punto admirable el *Sancta Sanctorum* que, procedente de la Cartuja de La Cuevas, de Sevilla, ha sustituido al primitivo, tras el altar mayor, tabernáculo en el que se aúnan las riquezas materiales con el arte de su ejecución. Sacristía y capillas han recuperado su pasada gloria. Y si antaño trabajaron para la Cartuja los más renombrados artistas, en estos tiempos fueron también prestigiosas manos, como las de don Juan Bottaro Palmer y otros, las que poco a poco, porque dentro del convento el tiempo no cuenta, enriquecieron con su arte el Monasterio, con un respeto admirable hacia el pasado del monumento y con el objetivo de acercar su imagen actual al aspecto que llegó a tener en su época de mayor auge.

Gracias a esta ingente labor, el Monasterio de la Cartuja de Nuestra Señora de la Defensa de Jerez, la única casa de esta Orden activa en Andalucía, se considera hoy el monumento más importante de la provincia de Cádiz. Pero la singularidad y grandeza del monumento sólo pueden comprenderse entendiéndolo, al mismo tiempo, el valor y la constancia de la Comunidad Cartujana que lo edificó y volvió a recuperarlo. En su historia habría que valorar el cotidiano “oscuro” y “misterioso” afán de los monjes que lo habitaron, así como la motivación que los llevó a recuperar el espíritu de la Orden que fundó san Bruno allá por el año 1100.

La vida claustral se reanudó entre las esperanzas abiertas por el Concilio Vaticano II y la profunda crisis que padece nuestro mundo, cada vez más alejado de Dios y más ajeno a los valores del espíritu encarnados en la hermosa vocación cartujana. La Cartuja de Nuestra Señora de la Defensa de Jerez, al igual que todas las cartujas, es económicamente independiente y autónoma, *sui juris*, conformándose con muy poco para subsistir y donando lo que les sobra a diversas entidades caritativas, humanitarias y de evangelización. Sus ingresos proceden principalmente de la venta de sus productos de huerta a Merca Jerez, así como del arrendamiento de la finca que circunda el monasterio, sin olvidar los donativos que bienhechores de toda clase y condición social aportan, que no es exclusiva ni principalmente ayuda material, sino también apoyo moral y entusiasta de quienes, en su calidad de jerezanos, contemplaron

el renacer de Nuestra Señora de la Defensión como algo entrañablemente suyo, y aquellos otros que tienen una especial simpatía, respeto y cariño hacia los Cartujos.

Alabamos el intenso trabajo de los últimos años que para los monjes ha supuesto la reconstrucción material del Monasterio, en medio de grandes dificultades, vencidas con inteligencia, tesón y una confianza sin límites en la providencia de Dios. Pero, sobre todo, por encima de tan valiosa restauración, destaca el imprescindible retorno del tenaz, austero y místico espíritu de la vida contemplativa de sus moradores, que desde un principio había inspirado la obra, y que podemos considerar felizmente recuperado gracias a las nuevas vocaciones continuadoras de la Orden.

Con inspirado espíritu los cartujos han seguido vitalizando este hermoso Monasterio que nació para el culto de Dios, santificación de almas y práctica de la caridad con los pobres, cenobio que conoció horas de desolación y muerte, y pudo conmemora los cincuenta y tres años de un alegre *Resurrexit*.

*Entre muros de silencio rodeada  
anida la oración y penitencia,  
surge como un grito la clemencia,  
la vocación sacra, fuerte y callada.  
Expulsada sin piedad y sin razón.  
errante por caminos y cañadas,  
mueren las noches largas y calladas  
que tenían angustiado el corazón.  
El río anda alegre en la llanura,  
cantan las aves sin cesar volando,  
aires de flores llenan de hermosura.  
Toda la cartuja entona alabando  
el feliz retorno hacia la clausura,  
maitines, laudes... ya están sonando.*

*Sebastián Vieira*

## **Los monjes abandonan definitivamente la Cartuja**

El Capítulo General de la Orden cartujana, celebrado en la Grande Chartreuse (Grenoble, Francia) del 13 al 27 de mayo de 2001 tomó la decisión de clausurar la comunidad de cartujos del Monasterio de Sélignac, en Francia, y la comunidad del Monasterio de Nuestra Señora de la Defensión, en Jerez de la Frontera, España, con el fin de proceder al traslado de sus miembros a otras casas de la Orden para reforzar otras comunidades mermadas o nacientes.

El Prior de la comunidad jerezana en esa fecha, Dom Pedro María Moreno de la Cova, en una carta dirigida a las autoridades, bienhechores y ciudadanos de Jerez, comunicó que el Capítulo General decidió reducir en dos el número de casas abiertas en Europa, con la mirada puesta en una mejor distribución de las personas y para sostener las recientes fundaciones y proyectos de Brasil, Argentina, Corea y Filipinas. El Prior

justificó esta resolución en base a un doble reto: Por una parte, el deseo de responder a las insistentes llamadas del Juan Pablo II a las Órdenes contemplativas para hacerse presentes en los países del tercer mundo y poner sus propios carismas a disposición de las jóvenes y dinámicas Iglesias locales, cuando en 1996 escribió a los religiosos la Exhortación postsinodal «*Vita Consecrata*» indicando que la Iglesia joven estaba poco atendida en cuanto a monasterios y el Concilio había expresado que una diócesis no llega a su madurez religiosa si no tiene instaurada la vida contemplativa. Otro motivo del abandono de la cartuja jerezana ha sido la reorganización interna de la Orden para el mantenimiento de un nivel óptimo de la observancia regular y la formación de los novicios en los monasterios de Europa ante la escasez de vocaciones. En este sentido, el Prior de los Cartujos en Estados Unidos pronunció una frase muy acertada: «la Cartuja de Jerez no se ha cerrado, se ha extendido por el mundo».

El proceso se llevó a cabo en estrecha colaboración con el Obispado de Asidonia-Jerez y con la Consejería de Cultura de la Junta, responsable del monasterio. A consecuencia de esta decisión, la Orden donó al Obispado de la totalidad de los bienes muebles e inmuebles propiedad de la comunidad. El día 21 de marzo de 2002, partieron de Jerez hacia Corea del Sur los dos últimos cartujos, el hermano Fray Esteban Domínguez y el que siempre será el último Prior de la Cartuja, Dom Pedro Moreno de la Cova.

El Obispado expresó su sentimiento de tristeza por la marcha de la querida comunidad de la Cartuja de la ciudad de Jerez, deseando testimoniar públicamente su agradecimiento a los padres y hermanos cartujos que, durante los siglos pasados, y fundamentalmente durante estos últimos cincuenta y tres años, han sido referencia de vida evangélica en la más estricta observancia de la Regla de san Bruno. El Obispado valoró, asimismo, el incalculable bien que la vida retirada en silencio, oración y sacrificio de los monjes ha supuesto para la Iglesia y la sociedad jerezana, y destacó su gratitud ante la generosidad manifestada por la comunidad cartujana que, conociendo las limitaciones de medios de que dispone la joven diócesis, ha querido donar a la misma la totalidad de bienes muebles e inmuebles que le fueron legados por instituciones eclesíásticas y bienhechores de la provincia.

Los últimos priores de la Cartuja de Jerez de la Frontera, desde su reapertura en 1948, han sido:

Dom Luis María de Arreche	1948-1979 (Superior-Rector-Prior)
Dom Gerardo María Posada	1979-1993
Dom Pedro María Moreno de la Cova	1993-2002

Los Cartujos han sido responsables de una parte importante de la historia de Jerez, no sólo desde un punto de vista religioso sino también, arquitectónico, económico y cultural. Trabajaron junto a sus hermanos de clausura durante cincuenta y tres años para levantar un monasterio que casi estaba en ruinas cuando lo recibieron. Para mantener vivo el recuerdo de esta comunidad, se ha decidido dar el nombre de san Bruno a una de las parroquias de nueva creación en la ciudad de Jerez. El 5 de octubre de 2001 se celebró una misa solemne con motivo de la clausura de la Comunidad de la Cartuja de Jerez de la Frontera, en la que le Nuncio Apostólico de su Santidad, el Papa Juan Pablo II, Monseñor Manuel Monteiro de Castro, pronunció una entrañable homilía que reproducimos a continuación:

*«Excelentísimo Monseñor Juan del Río Martín, Reverendo Padre Pedro Moreno de la Cova, Prior de la Cartuja de Santa María de la Defensión, queridos hermanos todos:*

*Estamos aquí, hoy, celebrando la festividad litúrgica de san Bruno, vuestro Padre y Fundador, para dar gracias a Dios por la fecunda y larga vida de la Cartuja de esta ciudad de Jerez, donde los primeros monjes llegaron en el año 1476. Queremos bendecir al Señor, dador de todo bien, por las innumerables generaciones de religiosos que, en estos claustros silenciosos, se han unido a Cristo, han embellecido la Iglesia con su santidad y han alcanzado abundantes gracias de Dios para las gentes de Andalucía y para todo el mundo.*

*Me es sumamente grato saludaros a todos, con especial afecto, en nombre del Santo Padre Juan Pablo II, a quien tengo el honor de representar en España.*

*El Evangelio que ha sido proclamado nos habla de los siervos que esperan, vigilantes, el regreso del amo. Es ésta una imagen sugestiva, particularmente idónea para expresar la esencia de vuestra vida. También, en el cartujo se puede reconocer aquel hombre que ha hallado un tesoro en el campo, lo deja oculto y, lleno de alegría, va, vende todo lo que tiene y compra aquel campo. Aquí los monjes se retiran a una vida de aislamiento del mundo para ser solamente de Dios. La soledad y el silencio forman el ambiente propio en el que se desenvuelve vuestra vida. Soledad y silencio con los hombres que es sin embargo comunicación amorosa con Dios, que habla en la intimidad de los corazones. Silencio fecundo, en el que sólo se oyen, entre los latidos de la naturaleza, el susurro de las oraciones y la salmo día de los hermanos, que cantan, noche y día, las alabanzas del Señor. Vuestra vida se centra, así, entre la oración mental y la litúrgica que son como los dos pulmones que dan vida a la Cartuja, en la Eucaristía conventual, "fuente y cumbre de toda la vida en el desierto", en las horas del Oficio divino celebradas en común, en la iglesia que, según vuestra tradición, se encuentra incluso físicamente en el centro del monasterio, y en la oración mental que hacéis a lo largo del día en vuestras celdas. En las horas libres de la oración, os dedicáis al trabajo manual: en el campo, en la ganadería, en la artesanía. Con ello transformáis el mundo material para que él también alabe a Dios, imitando, al mismo tiempo, el ejemplo de Jesús, que quiso trabajar con sus manos.*

*Las Cartujas son así, desde hace siglos, verdaderos oasis de paz en medio del ruido del mundo. Y aunque no todos estamos llamados al desierto del monasterio, todos experimentamos la fascinación de este tipo de vida.*

*Vuestro estilo de consagración es un testimonio vivo del misterio de Dios y una elocuente predicación del Evangelio para el mundo de hoy, muchas veces secularizado, pero siempre sensible al lenguaje de los signos. El mensaje fuerte y silencioso que aquí se repite incesantemente es que la primada de Dios es plenitud de sentido y de alegría para la existencia humana, porque el hombre ha sido hecho para Dios y su corazón está inquieto hasta que descanse en Él. Lejos de experimentar tristeza y angustia*

*en la soledad de las criaturas, los monjes no extrañan nada, porque encuentran en Dios lo único necesario.*

*La clausura —dice el Santo Padre en la Exhortación "Vita consecrata"— no es sólo un medio ascético de inmenso valor, sino también un modo de vivir la Pascua de Cristo. De una experiencia de «muerte», se convierte en sobreabundancia de vida, constituyéndose como anuncio gozoso y anticipación profética de la posibilidad, ofrecida a cada persona y a la humanidad entera, de vivir únicamente para Dios, en Cristo Jesús. La clausura evoca por tanto aquella celda del corazón en la que cada uno está llamado a vivir la unión con el Señor. Las comunidades claustrales, puestas como ciudades sobre el monte y luces en el candelero, a pesar de la sencillez de vida, prefiguran visiblemente la meta hacia la cual camina la entera comunidad eclesial que, entregada a la acción y dada a la contemplación, se encamina por las sendas del tiempo con la mirada fija en la futura recapitulación de todo en Cristo". Vuestra vida retirada del mundo no significa de ninguna manera un desprecio de los hombres, sino que es fruto de una especial llamada del Señor. Dios invita a algunos a dejar a los hombres para buscar desde otra perspectiva el bien de los hombres y abrazarlos a todos con la caridad de Cristo. Vuestra vida es así, fuente de innumerables beneficios para la Iglesia y para el mundo. ¿Cómo dudar —dice el Santo Padre en la carta que escribió a vuestro Ministro General para el IX Centenario de la muerte de san Bruno— de que esa expresión del amor puro da a la vida cartujana una extraordinaria fecundidad misionera? En el retiro de los monasterios y en la soledad de las celdas, paciente y silenciosamente, los cartujos tejen el vestido nupcial de la Iglesia, engalanada como una novia ataviada para su esposo; presentan diariamente el mundo a Dios e invitan a toda la humanidad al banquete de bodas del Cordero.*

*Como enseña el Concilio Vaticano II "los institutos que se ordenan íntegramente a la contemplación, de suerte que sus miembros vacan sólo a Dios en soledad y silencio, en asidua oración y generosa penitencia, mantienen siempre un puesto eminente en el Cuerpo místico de Cristo". Vuestra presencia en la Iglesia se puede bien comparar a una fuente oculta en la tierra de la que va brotando un río caudaloso de gracias que van a fecundar la misión de la Iglesia. La historia de la Orden Cartujana pone también de relieve la adhesión fiel que los monjes han prestado al Vicario de Cristo y a la Iglesia a lo largo de los siglos. San Bruno os ha enseñado con su ejemplo un vivo sentido de Iglesia, pues fue capaz de olvidar, sólo seis años después de la fundación de la Cartuja, su proyecto, para responder al Papa que lo llamaba a colaborar con él en Roma. Y llama la atención que otros cinco cartujos han alcanzado la gloria de los altares entregándose a la acción pastoral en el gobierno de distintas diócesis, sin dejar nunca de ser, en el espíritu, en su norma de vida y aun en el hábito, verdaderos monjes. Esta fidelidad inquebrantable de vuestra Orden, de la cual se pudo decir "nunquam reformanda, quia nunquam deformata", es también testimoniada por la reciente y dolorosa decisión de trasladar a los monjes de esta gloriosa Cartuja a otros lugares, acogiendo la invitación del Santo Padre a "responder sin miedo a las llamadas de las Iglesias jóvenes a fundar*

*monasterios en sus territorios". No tengáis miedo. El Señor que os ha llamado, seguirá sosteniéndooos con su amor y su gracia en la nueva misión que vais a emprender en otras regiones.*

*Quiero terminar repitiéndooos las palabras que os ha dirigido el Santo Padre: "Vosotros no solamente tenéis una historia gloriosa que recordar y contar, sino una grande historia que construir. Poned los ojos en el futuro, hacia el que el Espíritu os impulsa para seguir haciendo con vosotros grandes cosas. En el corazón del mundo, hacéis que la Iglesia esté atenta a la voz de su Esposo, que le dice: ¡Animo!: yo he vencido al mundo".*

*Que la Santa Madre de Dios, a la que está dedicada esta Cartuja, y de la que sois especialmente devotos, modelo insuperable de docilidad al Espíritu Santo, guíe con su maternal intercesión vuestra entrega a su Hijo Jesucristo.*

*Así sea.»*

Mons. Manuel Monteiro de Castro, Nuncio Apostólico

Jerez de la Frontera, 5 de octubre de 2001

Actualmente, desde el 12 de marzo de 2002, la Cartuja esta ocupada por una nueva orden religiosa femenina, denominada la familia monástica de Belén, de la Asunción de la Virgen y de san Bruno, inspirada en la regla cartujana, que continúa la fecunda tarea espiritual y temporal que durante más de cinco siglos han llevado a cabo los monjes cartujos, asegurando que los muros de Santa María de la Defensión sigan siendo remanso de paz y custodia de la alabanza y la contemplación divinas. Por otra parte, la Cartuja de Sélignac de Francia se ha transformado en una Casa de Acogida para los que deseen experimentar un período de retiro espiritual al modo cartujano en un espacio de silencio y recogimiento.

## **Cartujas en el mundo**

Relacionamos a continuación las cartujas masculinas actualmente activas en el mundo y sus respectivas direcciones postales, por si pudieran ser de interés.

LA GRANDE CHARTREUSE  
F-38380 Saint Pierre de Chartreuse (FRANCE)

CHARTREUSE DE PORTES  
01470 Bénonces (FRANCE)

CHARTREUSE DE MONTRIEUX  
83136 Méounes lès Montrieux (FRANCE)

CARTUJA DE PORTA COELI  
E-46117 Porta Coeli – Valencia (ESPAÑA)

CARTOIXA DE SANTA MARÍA DE MONTALEGRE.  
Apartado 5, E-08391 TIANA – Barcelona (ESPAÑA)



CARTUJA DE MIRAFLORES  
Apartado 43 – 09080 BURGOS (ESPAÑA)

CARTUJA DE AULA DEI  
E-50192 ZARAGOZA (ESPAÑA)

CARTUXA SANTA MARÍA DE SCALA COELI  
P-7000-744 ÉVORA (PORTUGAL)

LA CERTOSA  
I-89822 SERRA SAN BRUNO VV (ITALIA)

CERTOSA DI FARNETA  
I-55050 Maggiano LU (ITALIA)

CHARTREUSE DE LA VALSAINTE  
1654 Cerniat (SUIZA)

ST. HUGH'S CHARTERHOUSE  
Partridge Green, Horsham, West Sussex (INGLATERRA)

KARTAUSE MARIENAU  
D-88410 Bad Wurzach (ALEMANIA)

KARTUZIJA PLETERJE  
SLO-8310 Sentjernej (SLOVENIA)

CHARTERHOUSE OF THE TRANSFIGURATION  
1800 Bearttown Road Arlington, VERMONT 05250 (USA)

MOSTEIRO NOSSA SENHORA MEDIANEIRA  
98160-000- IVORÁ – Rio do Sul (BRASIL)

CARTUJA SAN JOSÉ  
X 5200 DEÁN FUNES – Córdoba (ARGENTINA)

NOTRE DAME DE CORÉE  
363-873 ChungbukDo CheongwonGun  
MiwonMyon UnyongNi 274-2 (COREA DEL SUR)

Y las cartujas femeninas activas en la actualidad son las siguientes:

CHARTREUSE DE NONENQUE  
F- 12540 MARNHAGES ET LATOUR (FRANCIA)

CHRATREUSE DE NOTRE DAME  
F- 04110 REILLANNE (FRANCIA)

CARTUJA DE SANTA MARÍA DE BENIFAÇA  
12599 - PUEBLA DE BENIFASAR - Castellón de la Plana (ESPAÑA)

CERTOSA DI VEDANA  
VIA SAN GOTTARDO, 59. I- 32037 SOSPIROLO BL (ITALIA)

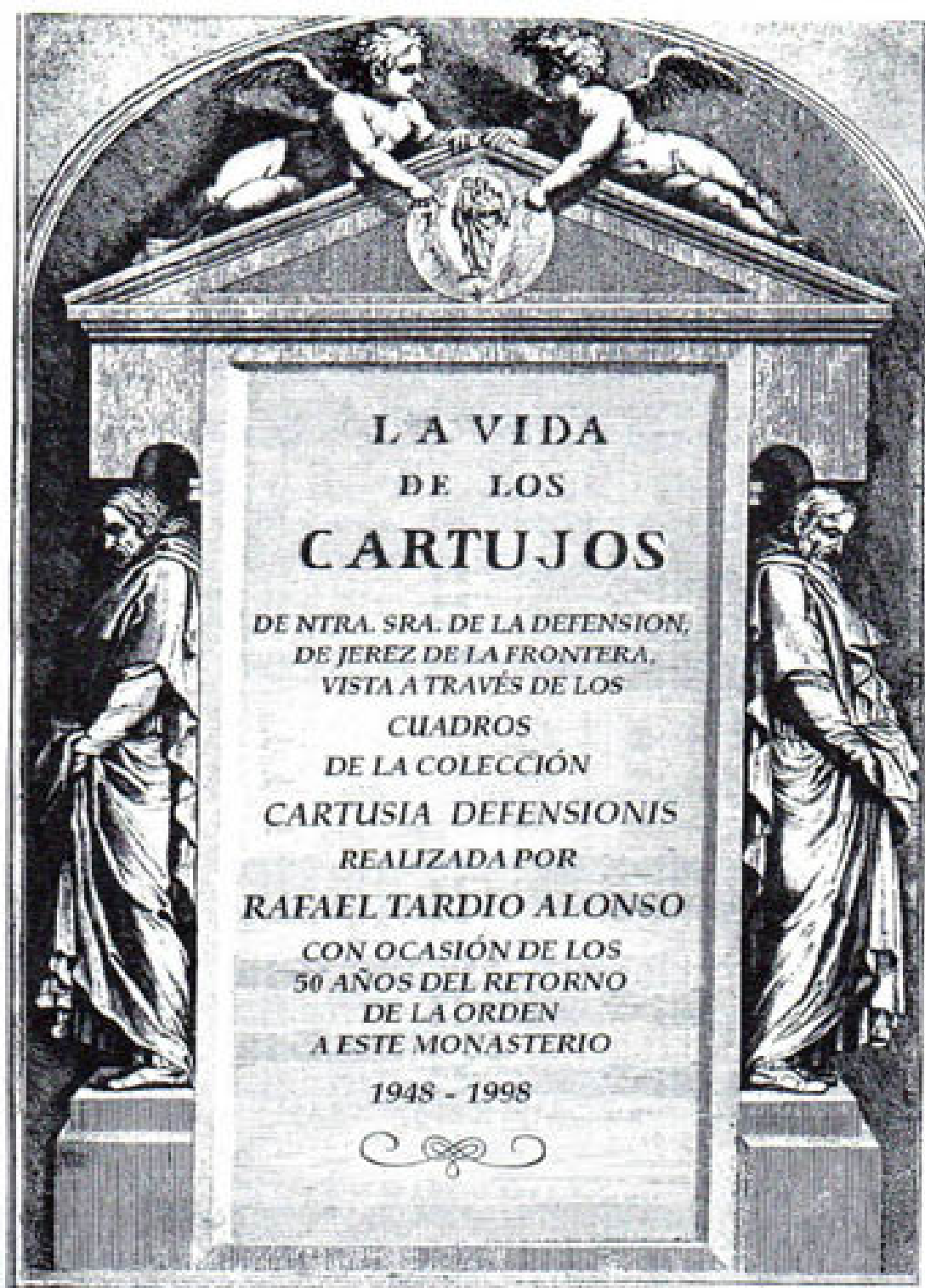
CERTOSA DELLA TRINITÁ  
Loc. Ca' Bulin, 1.  
I-17058 - DEGO SV (ITALIA)

CARTUJA DE LA ANUNCIACIÓN  
742-912 KyeongBuk Sangjushi  
Modongmyeon, Bankyaeri 641-5 (CORÉE DU SUD)



*Sed perfectos, pues perfecto es vuestro Padre Celestial.*

*Mateo 5,48*



LA VIDA  
DE LOS  
**CARTUJOS**

DE NTRA. SRA. DE LA DEFENSIÓN,  
DE JEREZ DE LA FRONTERA,  
VISTA A TRAVÉS DE LOS

CUADROS

DE LA COLECCIÓN

CARTUSIA DEFENSIONIS

REALIZADA POR

**RAFAEL TARDIO ALONSO**

CON OCASIÓN DE LOS  
50 AÑOS DEL RETORNO  
DE LA ORDEN  
A ESTE MONASTERIO

1948 - 1998



## Los cuadros de Rafael Tardío

Cuando los Cartujos celebran los cincuenta años de su vuelta a Jerez, esta serie de cuadros, realizada por el artista Rafael Tardío, de El Puerto de Santa María, desarrolla un motivo de fecunda inspiración: el tema de la vida cartujana.

Con su precisa e inspirada plumilla, Rafael ha sabido reflejar toda la carga de humanidad que conlleva la realidad vivida por estos solitarios.

Sobre el fondo del monasterio —la iglesia, el coro, diversas capillas, el refectorio, la celda—, el artista adivina, intuye a los monjes. Difícil tarea porque, en realidad, los Cartujos no se hacen visibles. Y él los pinta como son, humanos, sencillamente humanos. Trabajan y pasean, comen y duermen, cantan y rezan, meditan y entonan esos salmos que traen añoranzas de siglos.

Se diría que viven rezando y rezan viviendo. La Cartuja de Santa María de la Defensa resulta así un monumento vivo, una joya de arte, de piedad y de humanidad.

Desde su antigua fundación en 1476, y a partir de su restauración en 1948, siempre han procurado sus monjes cumplir con la mayor fidelidad su rigurosa observancia. Y en ello está de acuerdo la Ciudad. Jerez los quiere auténticos, como sus vinos. En las bodegas, las botas del exquisito jerez necesitan máximos cuidados y atenciones. La verdadera espiritualidad cartujana exige respeto, silencio, paz, una paz incontaminada de todo estrépito. Ideal de los Cartujos, a los que Rafael ha reflejado en estampas de sumo detalle y precisión, en toda su luminosa y admirable realidad.

*Un observador*

*Quien tenga oídos para oír, oiga.*

*Mateo, 11, 15*

## Actividad y horario de los cartujos

Desde la fundación de la Orden cartujana por san Bruno a principios del pasado milenio recientemente finalizado —es decir, hace ya más de 900 años—, la vida cotidiana de los cartujos ha conservado intacta la misma distribución horaria, como símbolo de eternidad, impasible al paso de los siglos. Pese a que san Bruno no dejó escrita ninguna fórmula de observancia monacal, los cartujos, como todas las órdenes religiosas medievales, siguieron las normas de san Benito, sin modificarlas jamás.

El fin de un cartujo es la contemplación en una vida monástica de oración pura y continua. La esencia de todos los monjes cartujos es la búsqueda de Dios en la soledad. Una soledad favorecida por la separación del mundo, la vida de aislamiento en la celda y el recogimiento interior. Los cartujos, además de los tres votos religiosos de pobreza, castidad y obediencia, profesan dos votos adicionales: el de estabilidad en el monasterio y el voto de conversión de costumbres, en el cual se busca un crecimiento de entrega hacia el Señor.

Para ser cartujo es necesario tener más de 19 años y menos de 45 para monje converso, y más de 45 para ser hermano donado. Se precisa gozar de buena salud y equilibrio mental, estar libre de compromisos familiares y económicos, y, sobre todo, sentir una gran vocación y un vehemente deseo de buscar a Dios, y tener inclinación a vivir en soledad y oración.

La formación de un monje incluye un período de postulante de una duración de tres meses a un año, según las características del candidato, y luego dos años más de noviciado, al que siguen tres años de votos temporales y una renovación de votos por dos años más hasta la declaración de los votos perpetuos o profesión solemne.

La vida diaria de un monje cartujo comprende varias actividades que, aunque con ligeras variaciones en cada cartuja, siguen un mismo patrón que engloba la liturgia de las horas u Oficio Divino: Maitines, Laudes, Prima, Tercia, Sexta, Nona, Vísperas y Completas, la misa conventual diaria, la comida, el trabajo manual, el estudio, la oración personal y un día de recreación. Cada hora del oficio divino es precedida o seguida del oficio de la Santísima Virgen.

La liturgia de los cartujos está basada en la escrita por san Bruno y sus compañeros, la cual se distingue de otras por una gran simplicidad y sobriedad. Esta liturgia incluye muchos y variados tiempos de silencio y no admite ningún instrumento musical, si bien está acompañada por el canto cartujano, parecido al canto gregoriano, pero más austero.

Aunque existen ligeras variaciones en los horarios de los monasterios cartujos de los distintos países, muchas veces por razones climáticas, o por adaptación a las actividades propias de los monjes de ese lugar, el que presentamos a continuación, practicado en la Cartuja de Jerez, es una buena muestra de cómo transcurre la jornada cotidiana de sus monjes.

## **Horario de un día cualquiera en la Cartuja de Santa María de la Defensa**

- 23,45 Levantarse, Maitines del oficio parvo de Nuestra Señora, en la celda.
- 24,15 Maitines y Laudes, en la iglesia.
- 2,45 Laudes del oficio de Nuestra Señora, en la celda.
- 3,00 Acostarse.
- 6,45 Levantarse.
- 7,00 Ángelus. Prima de Nuestra Señora y del día, en la celda.
- 7,30 Ejercicios espirituales, en la celda.
- 8,00 Tercia, en la iglesia.
- 8,15 Misa conventual, en la iglesia.
- 10,00 Ejercicios espirituales, en la celda.
- 11, 15 Sexta, en la iglesia.
- 11,30 Comida, en la celda (los domingos y festivos en el refectorio).
- 12,30 Tiempo libre. Arreglo de celda u otros trabajos ligeros.
- 13,15 Nona, en la celda.
- 13,30 Ejercicios espirituales, en la celda. Estudio o algún pequeño trabajo de jardinería.
- 15,30 Vísperas de Nuestra Señora, en la celda.
- 15,45 Vísperas, en la iglesia.
- 16,15 Ejercicios espirituales, en la celda.
- 17,15 Cena-colación, en la celda.
- 18,45 Ángelus. Ejercicios espirituales, en la celda.
- 19,15 Completas del día y de Nuestra Señora, en la celda.
- 20,00 Acostarse.

Como puede advertirse, el día de los cartujos está lleno de actividades de muy diversa duración, repartidas a lo largo de las veinticuatro horas. La mayor parte de ellas dedicadas a la oración, la vida contemplativa, la misa conventual, y los rezos y cánticos del Oficio Divino. Luego, con igual celo, al estudio, los trabajos manuales, la comida y el descanso nocturno, éste interrumpido y corto.

Tan apretado conjunto de tareas hace hartamente difícil para el artista —o para cualquier observador laico— seleccionar cuáles pueden ser las escenas más representativas que permitan glosar gráficamente y con justicia la rica diligencia de esta silenciosa comunidad, aparentemente lenta y pasiva. Para erradicar esa errónea impresión y demostrar cuán intensa y afanada es la vida cotidiana del cartujo y, lo que

es más importante, cuán valiosas son para la humanidad entera su espiritualidad, sus oraciones y penitencias, habría, quizá, que duplicar el número de cuadros de esta colección. No obstante, esperamos que los temas seleccionados, según las más impactantes impresiones captadas desde la óptica de presunto artista, —pues, honestamente, uno debe abstenerse de adjudicarse virtud u oficio alguno, mucho menos en estos tiempos de ambigüedad lingüística en que la presunción desbanca a la certeza, y nada es cierto sino presunto—, sean buen exponente de las excelencias éticas y estéticas de la vida de los monjes cartujos.

En puridad, el quehacer monacal dentro de la Cartuja resulta bastante misterioso, legendario y desconocido para el público en general, pues los bulos, al igual que los gustos, son tan ricos y diversos como la vida misma. El mundo exterior, ebrio de mitologías y pasiones que dominan la mente y el corazón con ludibrios materialistas, apenas tiene tiempo para la reflexión y el sosiego espiritual. Ni el éxito profesional, ni el ser poseedor de un lujoso coche, ni las maravillas tecnológicas actuales, libran a nadie de las arenas movedizas del siglo superactivo e industrial. Sumida en trepidante ajeteo, la juventud, carente de valores más elevados, corre tras su efímero ídolo predilecto del año, sucumbe en el suicidio mental de la diversión permanente, del aturdimiento colectivo, o bajo la pereza congénita que aflige y adormece el alma. Vestidos con el escapulario anuncio de una marca, de un icono de moda o una máxima pueril, carecen de tiempo para hacer una pausa y tonificarse con el silencio y la paz interior.

Existe un aforismo medieval que dice: *Inconstans anmus, oculus vagus, irtestabilis pes desigrtant homirtem de quo michi nulla boni spes*. Un espíritu inconstante, una mirada vaga, un pie inquieto, revelan a un hombre de quien nada bueno puede esperarse (Werner, 77). Sabia sentencia que parece escrita para los tiempos actuales, y que incita a creer que llegada es ya la hora de apagar todas las luces de neón y los enervantes reclamos, desconectar las prótesis auriculares decibélicas, las arengas publicitarias, bélicas y esperpénticas, y hacer un paréntesis reconciliador que nos libre de tanta confusión y estrépito.

Mas, lamentablemente, el ponderado progreso moderno no contempla el silencio como pilar del bienestar actual. «*Los hijos del aturdimiento y la agitación mundana, necesitados de ver a quien sea para olvidarse de sí mismos, incapaces de estar solos porque no tienen nada que decirse, sienten el espanto de algo que no ha sido hecho para ellos, mientras no cambien*». ¡Cuán acertada esta frase extraída del libro “Los Cartujos”! No es de extrañar, pues, que en otra parte del mismo texto se diga: «*Los santos más grandes evitaban, siempre que podían, el trato con los hombres, prefiriendo entregarse a Dios en secreto*».

*CARTUSIA DEFENSIONIS* no pretende incitar al espectador a abrazar la vida monacal —si no es llamado por la poderosa voz de Dios—, ni ejercer apostolado religioso alguno usurpando una labor pastoral que es propia de la Iglesia, sino que simplemente aspira a fomentar el placer estético del amor por lo bello y sereno. invitando a pararse un instante, acallar los ruidos y abrir los oídos al silencio, verdadero sublimador y embellecedor de todo cuanto existe en este mundo. Desea sosegar al alma fatigada por el estruendo del vacío cotidiano, proporcionar una pausa, un respiro, un rato de reflexión emocionada, para, con este breve atisbo contemplativo de la álgida espiritualidad y la bondad serena del cartujo, degustar la placidez que devuelve fe en la vida y credibilidad en el género humano.

## 1. Empieza el día

La Orden de la Cartuja es una institución monástica enteramente consagrada a la divina contemplación. Así lo afirman repetidamente sus Estatutos. El cartujo tiene por finalidad primordial vivir en íntima unión con Dios y lograr la más perfecta consolidación posible aquí en la tierra, según el grado de gracia concedida a cada uno.

Atento a la oración y a la alabanza, desde que comienza el día, y en la medida en que vive de Aquél que con su acción y su presencia llena todo el universo, y con Cristo, que dio su vida para vivificarnos, el cartujo realiza, pues, un eminente apostolado que trasfunde el caudal divino a todas las almas, en virtud de la Comunión de los Santos. Y así, aunque aparentemente desinteresado del mundo, no lo está, porque su función dentro del Cuerpo Místico de la Iglesia es como la de las arterias que, silenciosas y escondidas, transmiten sin cesar la sangre vivificante a todos los órganos, es decir a todas las almas de la Humanidad.

Mas, aunque la Cartuja, como modelo de vida ejemplar, es admirable, suele ser difícilmente comprendida por la generalidad de la especie humana que se agita desasosegada entre los males de nuestro siglo. El hombre, a veces, es consciente de ellos y sobrevive desencantado y alarmado por el avasallamiento delirante del consumismo y la forma de vivir acelerada y neurótica en que se ve envuelto. Otras, pasa por este mundo sin siquiera advertir tal nivel de esquizofrenia, porque es víctima de un nefando pasotismo. Pero tanto unos como otros siguen el curso de las aguas turbulentas, sin encontrar un asidero firme que les salve de un destino barato y vulgar, porque carecen de verdaderos valores. Y así, van por el mundo apremiados por no se sabe qué prisas, tras ideales que no pasan de ser puros espejismos, la llamada del abismo, porque están ensordecidos por el atronador ruido.

No tienen tiempo para detenerse a reflexionar y sustraerse de este caos espiritual mediante algún que otro instante de aislamiento y silencio. Y como claro exponente de que el silencio es el más eficaz orden restaurador del sentido del hombre, el ejemplo de la vida cartujana se manifiesta como una sincera propuesta de elevación humana.

«Soledad en común, desierto organizado, la Cartuja, de no existir en nuestros días, habría que inventarla». Con estas palabras, José Luis Legaza, escritor y periodista, no hace otra cosa que mantener la constante actualidad de lo que el propio san Bruno, padre de los cartujos, expresara en una carta a Raúl, su antiguo compañero y amigo: «Cuánta utilidad y gozo divino traen consigo la soledad y el silencio del desierto a quien los ama. sólo lo saben quienes lo han experimentado».

Para acercarnos a esta ideología ascética, proponemos este periplo nostálgico por la belleza de la vida cartujana, paso a paso, escena por escena, sin otras miras que equilibrar, ajustar y acompasar el ritmo del espíritu y crear un espejo de paz y descanso.

Comencemos, pues, por el inicio de un día cualquiera en la Cartuja de Jerez.

Los horarios de la Cartuja son un tanto extraños y curiosos. Difieren en gran medida de los que rigen habitualmente en la vida diaria de cualquier persona que realiza sus actividades en el mundo, hasta tal punto que a los postulantes que quieren iniciarse en la Orden cartujana les resulta difícil adaptarse y conciliar el sueño. Esto se debe,



principalmente, a la brevedad de tiempo dedicado a las tareas cotidianas que la Regla prescribe, a la frugalidad y distribución de las comidas y, sobre todo, a la exigencia de interrumpir el descanso nocturno durante unas horas, a eso de la media noche.

Puede decirse que para los cartujos el día comienza a una hora en que la mayoría de los ciudadanos está todavía inmersa en espectáculos y diversiones, o disponiéndose a recogerse para dormir y serenar los excesos de un día casi exclusivamente materialista: a las doce de la noche. Esta hora que, generalmente, en el siglo, es pródiga para comenzar ese descanso, tan necesario para el cuerpo agotado tras una larga y dura jornada; esta hora que, en el peor de los casos, es favorable para vicios e incluso para perpetrar delitos trasnochados, aquí, al abrigo de los recios muros de la Cartuja, en el reino de la quietud y el recogimiento, es propicia para las más dulces expansiones del espíritu.

Es posible que el hombre de vida ordenada ansíe este momento para, exhalando un suspiro, relajarse con el silencio de la noche tibia, a la luz melancólica de la luna llena, cuando el viento decae y la mente se distrae ensoñando ilusiones, mientras su mente se adormece. Ese hombre bendecirá igualmente el regalo fugaz de esa quietud y silencio, al refugiarse entre cálidas sábanas cuando fuera el frío punza las carnes de los noctámbulos, incansables perseguidores de fiestas y malsanos jolgorios sumidos en una lesiva congestión etílica. Y pensará que, efectivamente, la noche no fue creada para eso, sino para hacer un balance del día, dar gracias al Señor por los beneficios recibidos, soñar despierto un rato evocando los anhelos no realizados y, seguidamente, descansar para recuperar las energías necesarias con que enfrentarse a lo que depare la siguiente jornada.

Para el cartujo, en cambio, el nuevo día comienza en ese momento. Si bien se recogió en el lecho temprano, sobre las ocho de la noche, apenas ha dormido cuatro horas, y su yacija es tan pobre y dura que para el hombre de la calle resultaría difícil creer que en ella pueda nadie dormir. Pero el cartujo no busca la vida muelle ni se deja vencer por la pereza, porque su tiempo pertenece a Dios y no debe malgastarlo, sino devolvérselo al Señor lleno de plegarias y alabanzas.

El monje más madrugador es el Hermano despertador —que así le llaman—, quien, poco antes de las doce menos cuarto, recorre el desierto claustro llamando a la vigilia. En la oscuridad de la noche con retazos de luna, su blanca figura se desliza silenciosamente por el desierto claustro, precedida por el débil haz de luz de una linterna —antiguamente un farol—, deteniéndose ante la puerta de cada celda. Con mano firme acciona la argolla que hace sonar la campanilla que cuelga sobre la cama del durmiente, para advertir al cartujo que ha llegado la hora de iniciar el nuevo día.

Terminado su recorrido, con igual medida y recogimiento que el de una sombra entre las sombras monacales, se dirige a la iglesia y aguarda en oración. De momento, podría creerse que es el único habitante del Monasterio. ¡Es tal el silencio que vuelve a inundar las profundas oscuridades de todo el recinto! Pero esta quietud no es más que un hermoso prelude expectante, tan vigoroso y lleno de sutiles ansias que hasta las estrellas en el cielo parecen vibrantes luminarias gozosas de presenciar el apoteósico milagro de la medianoche.

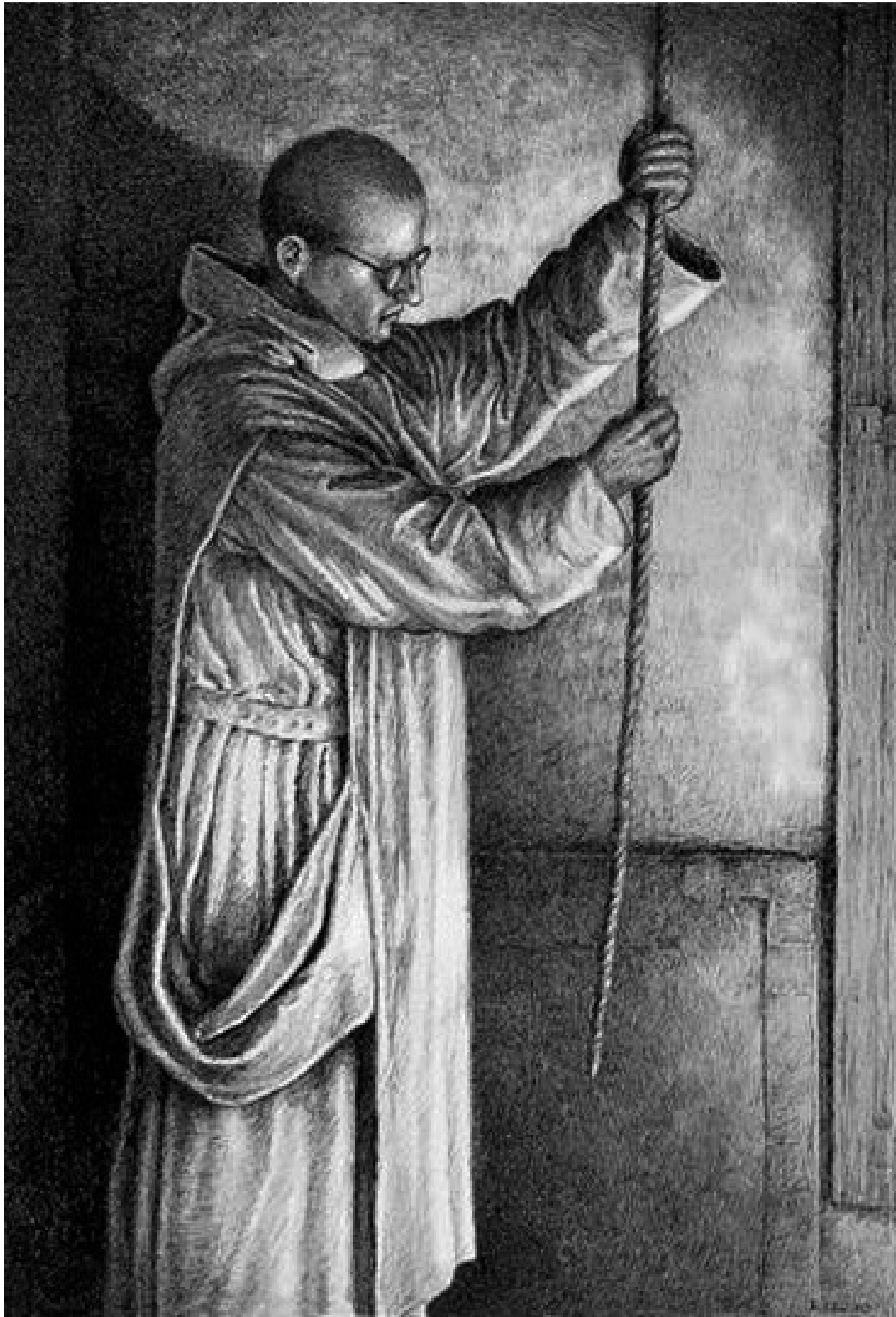
Y éste no se hace esperar. A poco, suena el cuarto en el reloj y, en seguida, el monje repica la campana de la espadaña del Monasterio, rompiendo con su sonido

armónico y acogedor el gran silencio, convocando a la comunidad para el rezo de Maitines y Laudes.

El eco suave y melancólico de las campanadas trasciende los muros del Monasterio, resbala por los campos que lo circundan y se expande por la naturaleza dormida, alertando de súbito a las aves que anidan en los árboles, y recordando a los campesinos y, quizá a algún viajero nocturno, la existencia de un grupo de hombres que se disponen a elevar sus plegarias al Altísimo en bien de toda la Humanidad.

*Ha nacido ya el astro del día:  
al Señor supliquemos instantes  
que durante las diurnas tareas  
nos preserve de cuanto nos dañe.  
Refrenando, la lengua modere,  
que el horror de litigios no estalle;  
atrayendo, contenga la vista,  
no escudriñe las cosas banales.  
Sea puro el afecto del alma,  
la maldad se conserve distante;  
la abstinencia en comida y bebida  
su soberbia quebrante la carne.  
Y que así, cuando el día se vaya,  
y las horas nocturnas avancen,  
acendrados a fuer de abstinencia,  
celebrems su gloria exultantes.*

*Himno de Prima*



## 2. El despertar

**P**oco antes de media noche, dejan los monjes el lecho donde descansaban desde hacía unas pocas horas, interrumpiendo el sueño con encomiable y penitente ánimo, para dirigirse a la Iglesia. Es la hora de la vigilia nocturna que dura de tres a cuatro horas, según los días y los tiempos litúrgicos.

Al oír la campanilla accionada por el Hermano despertador desde la puerta de su celda, arriba, en la planta superior, el monje se incorpora en la cama, toma un bastón que conserva apoyado junto a la cabecera de la misma y da unos golpes en el suelo. En el silencio de la noche, el eco de estos golpes es perfectamente audible para el Hermano despertador, y cumple la tradicional contraseña de confirmarle que se ha despertado y se dispone a prepararse para la vigilia.

Diligentemente, se levanta de su austero lecho —una humilde cama con fondo de tablas, un colchón de paja y sábanas de áspero algodón— y saliendo del *cubiculum*, o dormitorio, se dirige al cuarto de aseo que hay junto a él. En un ángulo de la habitación hay una estufa, para los fríos días de invierno, aunque por su espíritu austero, el monje pocas veces la enciende.

Sobre el lavabo no existe ningún espejo, pues el monje, con su cabeza rapada, no necesita acicalar cabellera alguna. Su aseo cotidiano es por tanto sencillo y rápido, si bien, recio y concienzudo. Probablemente, mientras ejecuta sus abluciones, compensa la recia frialdad del agua con el calor de sus plegarias, y entonará para sus adentros, con la humildad glorificada de sana y anacoreta exaltación, el versículo del salmo 118: « A medianoche me levanto para ensalzarte».

Tras asearse, va al oratorio de su celda, se arrodilla y comienza su primera misión de alabanza en el nuevo día, recitando los Maitines de Beata, nombre abreviado del Oficio de la Santísima Virgen. Este rezo íntimo, personal y filial para con la Madre de Dios y madre suya, precede a la Hora correspondiente del Oficio Canónico, con excepción de Laudes y Completas.

Luego, desciende por la estrecha escalera a la planta baja de la celda, cruza el Avemaría, apaga las luces y se sitúa en el zaguán, todavía en el interior, frente a la puerta. Allí, en la más completa oscuridad, se cubre con la capucha y, en actitud de máximo recogimiento, aguarda a que suene la campana de la iglesia. Sabe que los demás padres están haciendo lo mismo, pese a que no le llega ningún ruido que lo confirme, y tal pensamiento hace que no se sienta solo, sino felizmente arropado en el amor de la Comunidad.

Tal vez, en ese momento de aparente inactividad, su mente medita el consejo de Dom Guigo, el venerado quinto prior de la Orden: «*Mortificate y conserva cuanto puedas el recogimiento. No se encuentre tu espíritu derramado en las cosas sensibles, y pierdas la quietud interior*».

O quizá evoque la última lectura espiritual que tuviera antes de acostarse, en la primera mitad de la noche; o recite mentalmente su salmo favorito: «*Conversa con tu corazón y estate quedo* (Salmo 4,5)». Confortado con estos pensamientos, u otros

semejantes, el cartujo alegra su corazón, saboreando de antemano y con ánimo creciente el gozo de comenzar un nuevo día de oración y acercamiento al Señor.

Así, cuando a las doce y cuarto percibe el tenue tañido de la campana de la torre, abre presto la puerta, sale al claustro y se une a los otros monjes que se dirigen, en ordenada fila, pegados al muro, caminando por el silencioso claustro apenas iluminado, hacia la iglesia.

El trayecto hasta el templo es corto y, aunque su fervor le apremia a la oración en el acogedor marco de la sillería, y posar sus ojos en la lámpara de El Sagrario que señala la morada del Señor, modera su paso al ritmo de los demás monjes, medurado y solemne como siempre. Apenas si los mira. Simplemente por el movimiento de los hábitos podría reconocerlos uno a uno, pero no le preocupa ni es menester tal observación, como tampoco necesita prestar atención alguna a las irregularidades del suelo de viejos ladrillos de la galilea, apenas perceptibles bajo la débil luz de la luna recortada por los arcos del claustro.

Su mente, fiel seguidora del espíritu de la Cartuja, se centra principalmente en la oración y, asimilada esta disciplina en plenitud, todo momento, por breve que sea, es absorbido por el diálogo íntimo con Dios. Para Él vive y hacia el encuentro con Él se encamina, no sólo en este momento, sino en todos los que jalonan su existencia. Tal vez, en tan corto trayecto no ha lugar más que para unas breves jaculatorias saludando al Señor y pedirle venia para entrar en su templo, pero incluso estos breves pensamientos son oración. La vida de total y constante entrega a Dios que define al cartujo no tiene sentido sin una firme vertebración en la oración mental y vocal, sin interrupción, como señala la Escritura, y en consonancia con el aviso de Cristo de que «*es preciso orar en todo momento y no desfallecer*».

El ideal del cartujo es adquirir el hábito de la oración permanente, el «*estarse amando al amado*» de san Juan de la Cruz, en sosegado y continuo elevamiento de la mente y el corazón a Dios, fruto de la vida y el ideal teológico de la Cartuja.

¿Estará nuestro cartujo evocando tan sublimes consejos en este breve tránsito por el claustro? Es de suponer que sí, pues, acostumbrado ya al paisaje hermoso de la arquitectura monacal, creada por el hombre para mayor gloria del Sumo Hacedor, todo le recuerda Su presencia, y que ninguna obra terrenal es comparable a la hermosura del amor divino.

Bajo esta abstracción, este «*olvido de lo creado y memoria del creador*», se siente ir hacia Dios, feliz de involucrarse con su pensamiento, despojado de todas las nimias adherencias del mundo, como obedeciendo a una ley de gravedad ascético-mística por la que la mente, purificada de otras inquietudes, busca su reposo perfecto y el colmo de su apetito en la familiaridad o conversación con Dios. Bien lo recomendaba insistentemente el admirado san Juan de la Cruz con aquello de «*traer advertencia amorosa en Dios*».

Y, así, hambriento de Dios y de alcanzar las excelsas cumbres contemplativas que promete el rezo del Oficio Divino, prosigue su camino hacia el templo, insertándose diligente en la fila de monjes, cuyos zapatonos producen los únicos ecos que rompen el silencio nocturno. Mezclado entre ellos, nuestro anónimo monje, olvidándose de sí y de la pequeñez de su oración mental, se integrará en la poderosa fuerza de la oración vocal y los cánticos que toda la comunidad entonará alabando a Dios.

La oscuridad se ilumina de encubiertas figuras blancas que caminan presurosas para cantar alabanzas, rompiendo el denso silencio de la noche. Dios les llama.

Podría decirse que, para el cartujo, esta hora de la medianoche es tan radiante como si ya la luminosidad del nuevo día la inundara.

*La noche majestuosa  
cubre de estrellas de plata  
la soledad de los claustros.  
Suenan ya las campanadas,  
que despiertan de su sueño  
las aletargadas almas.  
La oscuridad se ilumina.  
Corean las alabanzas  
que unen el Cielo y la Tierra.  
La salmodia intemporal,  
canción de la madrugada,  
al Supremo Creador.  
glorifica en las gargantas.  
Entre los muros de piedra,  
Dios santifica las almas.  
La soledad no es destierro  
porque el silencio es palabra.*

*P. G. M.*



### 3. Maitines y Laudes

**E**n la iglesia, sumida en una oscuridad casi total, el Coro se va llenando de blancos hábitos que se dirigen silenciosos a ocupar su lugar. Al penetrar por la puerta del murete de entrecoros y pasar ante el Prior, ya colocado en su sitio, el primero a la derecha, los monjes le hacen una profunda reverencia tras una grave inclinación ante el altar. Este desfile es tan mesurado de movimientos y tan silencioso que diríase que apenas pisan el suelo ni mueven el aire perfumado del templo. Si acaso, se oye un leve crujido del escalón por el que suben al Coro, algún carraspeo y el suave roce con las sillas que se van ocupando por profesos con hábitos blancos y novicios con capas negras. Una vez situados ante sus respectivos sitios, preparan y registran los grandes cantorales situados sobre los atriles, con sus grandes páginas apergaminadas y sus bellas grafías en rojo y negro dibujadas a gran tamaño para que cada libro sea compartido por tres monjes. Luego, permanecen quedos, con la cabeza baja y la mirada recogida, a la espera de comenzar el rezo.

Durante un breve instante la quietud es máxima. La iglesia permanece en una densa penumbra donde la única luz es la que procede de la lámpara del sagrario. Finalmente, tras un profundo silencio, y a una señal del Prior, golpeando sobre el antepecho del reclinatorio, se encienden las lámparas bajas del Coro, cubiertas por pantallas, y otra sobre el facistol, como única iluminación. Y la voz de un monje, serena y bien timbrada, entona lentamente el «*Deus in adiutorium meum intende.*» con que comienza la larga vigilia nocturna: los Maitines y Laudes del Oficio Canónico.

En el templo cartujano, siempre bellissimo, solemne y acogedor, que infunde emocionado respeto, el silencio de la noche se transforma en canto y la soledad del Monasterio se llena a raudales de Dios. Aquí, transido de una devoción característica, quieta y profunda, los monjes se entregan durante largo tiempo al canto de esas horas mayores. No hay nada comparable a esa experiencia sencilla y tan conmovedora. Mientras el mundo duerme o yace en el máximo olvido de Dios, estos hijos de la luz elevan al cielo las más perfectas alabanzas que el hombre puede dirigirle, envueltos en las notas de la salmodia e identificados con Cristo salmista. ¿Qué oración puede compararse o llegar más adentro del alma que estos versículos misteriosos, proféticos, sapienciales e incluso arrobadores?

Los Maitines se componen de dos partes llamadas nocturnos, con seis salmos cada una. Los días de fiesta se añade un tercer nocturno de tres cánticos. La salmodia es grave, casi lenta. Al final de cada nocturno hay lecturas de la Sagrada Escritura o de los Santos Padres, y a cada lectura sigue el canto de un responsorio. Los domingos y algunos otros días importantes, las lecturas y los correspondientes responsorios son doce; los días feriales por el contrario sólo tienen dos o cuatro lecturas. El canto del *Te Deum* y la lectura del Evangelio del día ponen fin a los Maitines de doce lecturas; los días restantes terminan con unas hermosas preces ofrecidas por las necesidades de la Iglesia y del mundo.

Normalmente se cantan los 150 salmos completos cada semana. Este canto, procedente de la antigüedad gregoriana y que podría haber sido utilizado por san Bruno, tiene un carácter sagrado muy peculiar, y a medida que se va desarrollando el oficio cantado, es imposible dejar de sentir cómo el fervor de los salmos lo domina todo,



envolviendo no sólo a los monjes, sino también a los que tuvieran el privilegio de penetrar en la cartuja a esa hora para escucharlos.

Entonces se comprende que estas horas de la noche sean las predilectas para el cartujo, su mayor acontecimiento litúrgico, pues la oscuridad y el silencio favorecen la elevación serena del espíritu y un recogimiento más íntimo del corazón. Sin duda, son horas de plenitud en la vida del cartujo, que saborea, profundamente inclinado, la lenta repetición de la doxología trinitaria con que finaliza cada salmo, himno o cántico.

La sobriedad de la liturgia, el canto reposado y los silencios observados, propician la comunicación del monje con Cristo presente en el sagrario, y refuerzan considerablemente su conciencia sobre la honda significación oblativa e intercesora de su vocación. Al igual que los ángeles, los monjes cantan con voz unánime, sin intervención de música instrumental alguna, tributando culto a Dios.

Los cantos llevan en sus cadencias alabanzas a Dios, cuya elevación se alterna con humildes súplicas. A veces, parecen romper en un sollozo de arrepentimiento antes de derramarse en sinceros susurros de amor. Conforme avanza el oficio cantado, la salmodia impregna todos los rincones, envolviendo a los monjes en una exaltación mística y sobrenatural. Es emocionante la gran conjunción de estas rogativas cantadas en el maravilloso marco de la sillería del templo, coronada por ángeles en el friso superior de los sitiales, santos en los respaldos, y los monjes en sus asientos, todos unidos como miembros vivos del cuerpo Místico de Cristo. Es como si el templo vibrara por la milagrosa participación de toda la *Ecclesia*, al completo, uniendo a la iglesia triunfante —ángeles y santos— con la terrenal y peregrinante —los monjes—, que cantan la alabanza al Todopoderoso y le suplican su intercesión. Éste es el milagro del *Officium divinum*, que regala al exilio terrestre el hermoso himno que se canta perpetuamente en las moradas celestiales.

Las propias lisonjas a los sentidos interiores también son desterradas. Así, por ejemplo, los cantorales cartujanos están despojados de florituras y adornos melismáticos que enriquecen y sobrepujan las melodías sacras, quedando un canto austero y grave, que con su acento de sinceridad y sencillez de espíritu sabe a pura oración.

La pureza del canto cartujano, *viva et retunda voce*, se ha preservado celosamente durante siglos; más lento, de tonos menos agudos y menos floridos que el canto benedictino, está considerado como más profundo y espiritual por quienes lo han escuchado. El cardenal Bona, siglo XVII, señaló que fue el canto cartujano el recomendado por Cristo. No hay acompañamiento de órgano ni de ningún otro instrumento musical, y en su liturgia el cartujo parece proyectado a un punto en el que su existencia temporal toca la eternidad. Incluso los benedictinos, célebres por su Liturgia de las Horas, admiten que la espiritualidad del canto cartujano es superior.

En este acto parece concentrarse y resumirse el ideal de entrega a Dios, como una ardiente proclamación y una dichosa consumación de todos los esfuerzos ascéticos, de todas las aspiraciones de la vida interior, de todo el destino, la gracia y la gloria del cartujo alargando las horas profundas de la noche, como Jesús Maestro, *in oratione Dei*.

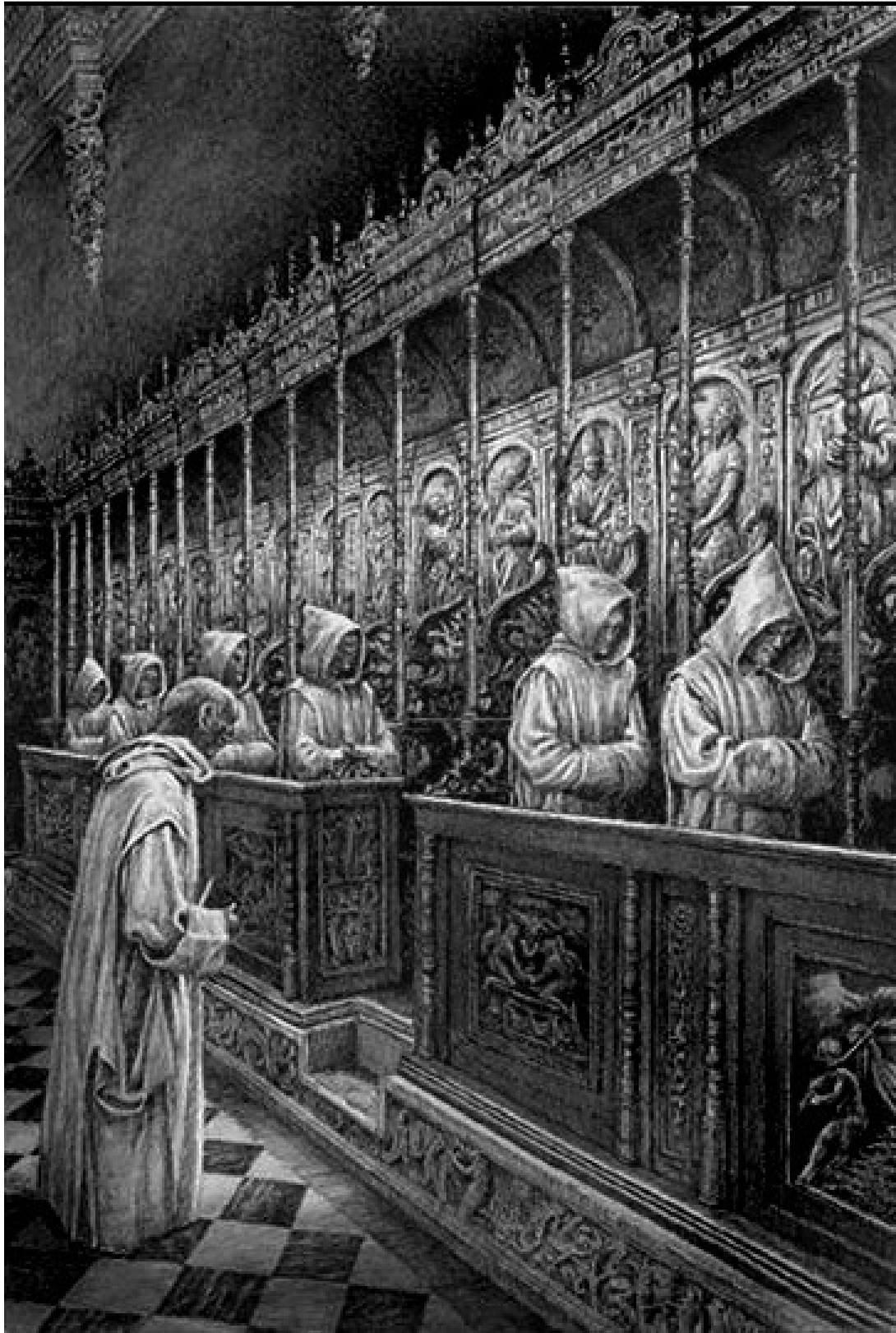
Esta gran vigilia nocturna de Maitines y Laudes, en la que la oración cartujana hace bajar el cielo a la tierra y eleva ésta al cielo, dura unas tres horas que transcurren serenas y apacibles, entrelazadas por el austero gregoriano. El Salterio, el Himnario, el Antifonario, el Responsorial, el Leccionario, desfilan uno tras otro, a lo largo de los tres

nocturnos, con sus grandes pentagramas cuajados de cuadradas notas que llenan los oídos de dulces arpegios. Las tres de la madrugada llegan demasiado pronto.

Terminado el *Benedictus* y, por tanto, la vigilia, los monjes se arrodillan y rezan el Ángelus de medianoche mientras suenan unos lentos toques de campana, entre las dos y media y las tres, que indican al monje su vuelta a la celda para acostarse sin demora, vuelta que acompañan rezando los Laudes de Beata.

*Aclamad a Dios, oh moradores de la tierra toda;  
servid al Señor con alegría.  
Acudid con alborozo a su presencia.  
Sabed que este Señor es Dios;  
Él es quien nos hizo y no nosotros mismos.  
Somos su pueblo y las ovejas de su aprisco;  
entrad por sus puertas cantándole alabanzas;  
penetrad en sus atrios entonando himnos.  
Glorificadle, porque es suave el Señor,  
eterna es su misericordia,  
y su verdad corre de generación en generación.*

*Salmo 99*



## 4. El Avemaría

En el claustro mayor, lugar de paso y no de paseo, se alinean las celdas de los padres cartujos. En un claustro menor, al otro lado del cenobio, se hallan las de los Hermanos no sacerdotes, parecidas a éstas, pero más reducidas y sin jardín ya que los Hermanos trabajan la mayor parte del día fuera de ellas.

La celda en la que el padre pasa la mayor parte de su vida es en realidad una pequeña casa-eremitorio que consta de dos plantas y un pequeño jardín, cuya estructura podría asemejarse a las modernas viviendas adosadas, aunque más austera y sencilla. Su diseño, conserva el espíritu y propósito de su origen medieval, como la creara el fundador san Bruno, pensando en el total aislamiento del asceta; por lo que está construida de manera que ninguna de sus ventanas tenga vistas a otro eremitorio.

Al entrar en la celda de un padre, por la pequeña puerta del claustro grande, de inmediato se siente la impresión de haber traspasado los muros terrenales, y penetrado en un mundo de una paz y recogimiento interior inigualable.

La primera pieza de la celda es un zaguán bastante amplio presidido por la cruz y una imagen de Nuestra Señora. A sus pies, de rodillas en un reclinatorio, el cartujo reza un Avemaría siempre que cruza el umbral y entra en la celda. Por tal razón, es ya tradición que a dicha pieza se le llame el *Avemaría*, pues en ella reza el monje esa oración, cual devoto perpetuador intemporal del amor a la Virgen, enriqueciendo así la Comunión de los Santos. ¡Qué gesto tan hermoso, saludar a la Madre, que aguarda en casa, día a día, momento a momento, para acogerle con su amor y amparo!

En un rincón de esta habitación hay un pequeño espacio dedicado a refectorio privado del monje, y colgando de la pared aquí y allá pueden verse el sombrero de paja y el bastón que usa en los días de paseo, el delantal y la cogulla de trabajo.

Junto al Avemaría se abre una puerta acristalada por la que se pasa a una galería que el monje dedica a los trabajos manuales, con un banco de carpintero y herramientas para trabajar la madera, por lo que normalmente es llamada la carpintería. De esta galería, por un gran arco de piedra, se sale a un pequeño jardín.

Este sencillo conjunto es todo cuanto hay en la planta baja de la celda. De esta primera y amplia estancia del Avemaría, arranca una estrecha y empinada escalera que nos conduce a la planta superior de la celda. La segunda planta está compuesta por el oratorio, la sala de estudio y el dormitorio. Junto a éste, una pequeña puerta conduce a un reducido lavabo y retrete. Quizá, para el profano intruso, este piso resulte más estremecedor, porque en él se hace más patente aún la profunda austeridad y pobreza en que vive el monje. El mobiliario no puede ser más sencillo: mesa, silla, cama con colchón de paja, cobertor de lana y almohada, así como una estufa de quemar madera — que casi nunca se enciende— y, en un rincón, un crucifijo, la Virgen y un reclinatorio con un sobrio sitial, constituyen el Oratorio. ¡Cuánto debe saber tan recogido oratorio de súplicas e íntimas plegarias, de arideces y consuelos!

Sobrecoge pensar cómo puede nadie vivir en tan extrema pobreza. Sin embargo, la mente del cartujo no repara en ella, sino que, al contrario, cree estar seguro de que si en el cielo hubiera casas, deberían ser parecidas a la que él posee en la tierra.

La palabra celda produce al seglar mala sensación, por asociarla instintivamente con la idea de cárcel. Sin embargo, los que con fervor la habitan, tienen un concepto bien distinto, pues en absoluto se sienten prisioneros en ella. Más bien, — deleitándose con la similitud de la palabra *cella* = celda, y *coelum* = cielo—, ven en la celda un verdadero anticipo de la ansiada eternidad. Y piensan: «*¿Qué haremos en el cielo? Ver a Dios y alabarle*». Con este inspirado pensamiento, el cartujo anticipa ese gozo y, excluyendo cualquier otra actividad, procura vivir, ya desde ahora el dichoso quehacer en el cielo. La celda, pues, se hace cielo. En ella, la soledad del padre cartujo es total y, en muchos aspectos, mayor que la de los reclusos de otra época. No en vano tienen muchas celdas inscrita sobre su puerta la frase «*Nuestra conversación está en el cielo*».

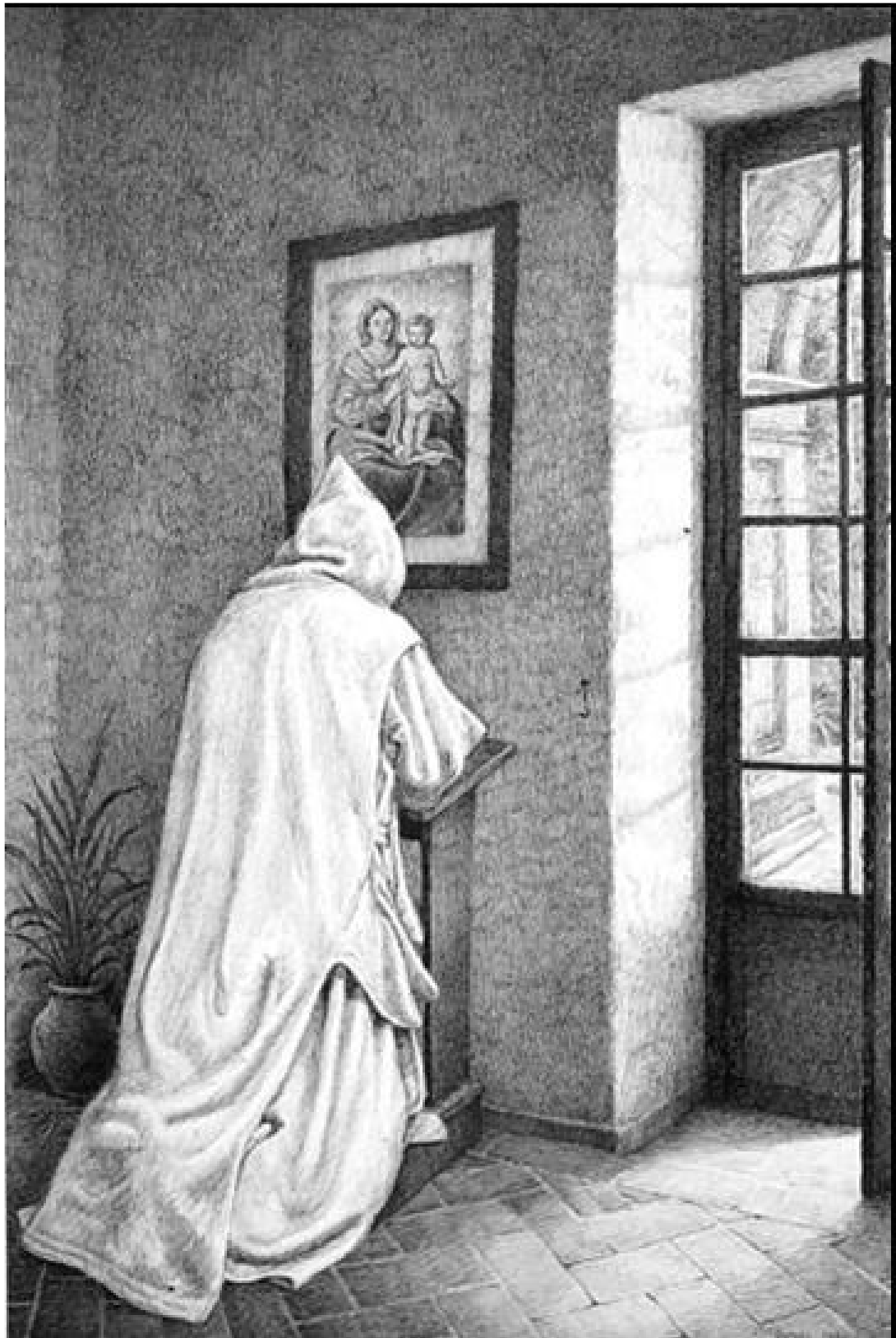
Aquí es donde el cartujo, en plena soledad, desarrolla su vida eremítica, envuelto del amado silencio. Aquí se dedica a la acción de gracias, la oración, la lectura, el estudio. Aquí, a lo largo de toda su vida —por regla general muy longeva—, pasa la mayor parte de cada día, dedicado a la vida contemplativa, intensamente espiritual, y a la exégesis interminable en busca de la perfección máxima y la íntima unión con Dios. Esta principal misión sobrenatural sólo es distraída por los breves espacios de tiempo que, abajo, en la carpintería, dedica a algunos trabajos físicos y tareas manuales, según las inclinaciones de cada uno.

El padre cartujo encuentra, pues, en su celda el esperanzado hogar que le permite alcanzar una nueva vida, aunque lo habite en silencio y, a veces, en la oscuridad. La celda es también su suavísimo calvario particular, donde la obediencia no cesa nunca de crucificarle. Pero, sobre todo, es el lugar donde Dios y él, su siervo, comparten la más amorosa y dichosa intimidad.

Su vida solitaria y silenciosa es de tan valiosa y vital importancia, que sólo sale de ella para ir a la iglesia a cantar las Horas mayores, para la comida de los días festivos, en el Refectorio, o para asistir al Capítulo y al paseo semanal.

Para los que viven en el siglo, esta soledad es difícil de comprender. Siendo hijos del aturdimiento y la agitación mundana, necesitan distracciones múltiples, ver a quien sea para olvidarse de sí mismos, y sienten espanto hacia lo que creen que no ha sido hecho para ellos. Pero los peligros naturales de la soledad poco tienen que ver con el hombre que la ama. Al cartujo se le pide que se enamore de la soledad. Y eso es perfectamente posible cuando el espíritu alberga una intensa vida de motivaciones e inquietudes espirituales. Como dijo Fray Juan de los Ángeles: «*El que gusta de la soledad, sabe a qué sabe Dios*».

Entonces sobra toda compañía, y la soledad física es un aliciente y un ambiente: en ella crecen las ideas y se afirman, es como una voz que nos habla de cosas que no imaginaríamos fácilmente entre los demás. El hombre dispuesto a este juego mental ama la soledad como algo suyo. Difícilmente le hará daño. El monje que es perfectamente fiel a su vocación siente que Dios le llama a soledades y silencios del espíritu cada vez más profundos, y se contagia de la sencillez y la alegría de la vida cartujana. Si no encuentra paz aquí, ¿dónde podrá hallarla?



## 5. La Sacristía

La sacristía de la Cartuja de Santa María de la Defensa, junto con la Sala Capitular, son las dos únicas capillas que llegó a ver el fundador antes de morir. Ocupa un espacio rectangular que corre paralelo al muro del Evangelio, y se divide en dos tramos cubiertos con bóveda de crucería de gruesos nervios, ornados en sus bordes por contarios. Al entrar en ella no se puede reprimir la admiración, pues es casi tan hermosa como el propio templo, y tan acogedora que invita al recogimiento.

Básicamente, su estructura revela su origen puramente gótico, pero en 1650 fue modificado al instalarse por la parte superior de los muros un friso de yeserías elaboradas por el Hermano Fr. Sebastián de Saavedra, hijo del artista que colaboró con Zurbarán y Arce en el Retablo Mayor. Saavedra cubrió, pues, la capilla de las yeserías que actualmente se pueden contemplar y que se consideran de la mejor época del barroco. Como cosa curiosa cabe señalar que tomó por motivo central de su decoración esos escudos que aparecen en la puerta del anejo: el superior es el de *religión* u Orden en el siglo XVII, y el inferior el del fundador del Monasterio. Así, sobre las ventanas de la cabecera y pie de la sacristía están el escudo del fundador y el de la Cruz, lanza y escalera pertenecientes al de la Orden. A los dos lados de cada ventana, los otros elementos de la Pasión que también componen la enseña de la Orden. Los amplios marcos de ventana están decorados con volutas, frutos y cartelas de rizado perfil, similares a las del segundo cuerpo de la fachada. Una chocante combinación de la belleza y la fealdad es, sin embargo, patente al completarse estos temas decorativos con cabecitas de niños y mascarones.

El retablo actual procede de Sanlúcar de Barrameda, obra de Juan de Oviedo, probablemente realizado por el año 1619. Enmarca en el centro un cuadro atribuido por el Casón del Buen Retiro al pintor Juan de Roelas, también del siglo XVII, si bien otros expertos dicen que es obra de mejor artista. La Cruz de plata que descansa en el altar, es muy buena y más antigua: del siglo XV.

La cajonería es una hermosa réplica de la de Juan de Oviedo de la iglesia de la Merced de Sanlúcar. Sobre el centro de ella se alza un pequeño retablo en el que están colocadas dos pequeñas tablas del Señor: abajo un *Ecce Horno* anónimo del siglo XVI, regalo del Marqués de Saltillo que, según A. Pérez Sánchez, Director del Prado, nada tiene que envidiar a los de Morales. En la parte superior está otra tablita de Jesús Resucitado, obra más reciente, creada por el pintor-escultor Don Juan Bottaro Palmer, familiar de esta Cartuja. Todo el retablito viene a ser la plasmación pictórica de la conocida frase paulina: «*Si padecemos con Él, con Él seremos glorificados*».

También decoran sus paredes los cuadros de la Adoración y de santa Rosa de Vitervo, otras donaciones del Marqués de Saltillo, de autores no identificados pero que se suponen de la escuela de Murillo y, algunos los atribuyen al propio maestro.

En el centro de la estancia se encuentra una pulida mesa de mármol rojizo jaspeado, de procedencia granadina, que suplió la que antiguamente existía. Ésta fue regalada por el mismo bienhechor que donara el cuadro de san Francisco de Paula, de finales del siglo XVIII, que está en el arco de la puerta de entrada.

En el muro Sur de la iglesia —lado de la Epístola—, se abren dos puertas: una, en el tramo del coro de los Hermanos, comunica con una pequeña capilla que sirve de paso hacia el Claustro y al Capítulo de los monjes no sacerdotes. A través de la otra, abierta en 1743 en el tramo del coro de los Padres, se accede directamente al claustro de la iglesia y demás dependencias de uso común.

Una pieza admirable de la sacristía es el formidable armario —reproducido en la página anterior— que guarda los relicarios, copones y casullas, diseñado por el arquitecto don Fernando de la Cuadra y realizado por el Hermano carpintero de la Comunidad. Las primorosas estatuillas de los apóstoles que decoran sus puertas son del conocido imaginero contemporáneo Rafael Barbero. Entre las reliquias aquí guardadas destaca el *Lignum Crucis* que regalara SS. Pío XI al Cardenal Segura, entonces Primado de España, quien, pese a considerarlo muy preciado para él, siendo ya anciano hizo un viaje expreso a la Cartuja para donarlo. Los candelabros de bronce del siglo XVIII son de los antiguos cartujos, y el Cristo de marfil, que se halla sobre el dintel de la puerta de medianía de la sacristía, también muy antiguo, provino de Filipinas, como lo atestiguan los característicos rasgos orientales.

En este maravilloso escenario, remanso de silencio y antesala del cielo, el Sacristán dedica buenos ratos a la esmerada limpieza de las joyas que aquí se atesoran, desgranando ante ellas piadosas oraciones y agradeciendo al Señor el privilegio de vivir cuidándolas como mayordomo de tan excelso Amo.

Mas, esta bella tarea no es su única misión. Para los que no conozcan la vida de la Cartuja resultará extraño que se incluya al Sacristán entre los oficiales; sin embargo siempre se ha considerado como un cargo de cierta importancia. Hasta hace poco, el Sacristán, junto con el Vicario y el Procurador, era miembro obligado del Consejo, y todavía los Estatutos le dedican buena parte del Capítulo 41, indicándole sus obligaciones y el espíritu con que debe ejercer su piadoso oficio. Es el único monje que puede rezar el Oficio divino en la iglesia delante del sagrario. En general, cuida del orden de la iglesia y de las capillas, procura que no falte nada a los celebrantes de las misas y que los ornamentos y demás objetos de culto estén siempre limpios y ordenados. Prepara la *tábula*, o tabla de misas, indicando las intenciones por las que se ha de celebrar y toca la campana a las horas establecidas para los rezos.

*Toda mi vida te bendeciré  
y alzaré las manos invocándote.  
Me saciaré como de enjundia y de manteca,  
y mis labios te alabarán jubilosos.*

*Salmo 62*





## 6. La Misa Conventual

**T**odos los días, a las ocho y cuarto de la mañana, suena de nuevo la campana y el monje deja su celda por segunda vez para reunirse en la iglesia a cantar la Misa Conventual, es decir, comunitaria, celebrada por el sacerdote de semana.

A esa hora la iglesia aún permanece en fresca penumbra pues las pequeñas ventanas situadas a gran altura, sobre la línea de la imposta, no proporcionan suficiente luz ni que la tibieza del aire exterior disipe la frialdad de los mármoles, ni que brillen con esplendor dorado los retablos ni la oscura madera de roble de la sillería del Coro.

Sin embargo, el retablo mayor, obra creada por Juan de Oviedo en 1619, pero instalada en 1968, en sustitución del antiguo retablo destruido, cautiva por su sobria elegancia plana, en tres cuerpos y ático, adornados con columnas corintias entre cada lienzo y nicho. Los lienzos tampoco son los genuinos, sino buenas copias de Zurbaráni que representan el milagro de la Batalla de la Defensa, los apóstoles san Pedro y san Pablo, más arriba los santos Juanes y en el ático un crucificado de la escuela andaluza del siglo XVIII. En el cuerpo central destaca la original talla policroma de Nuestra Señora de la Defensa, obra de José Esteve Bonet (1794) y, debajo, san Bruno meditando con una calavera en la mano, de José de Arce. A ambos lados del fundador, las esculturas de san Hugo de Grenoble y san Hugo de Lincoln,

Frente a este precioso conjunto, toda la Comunidad cartuja se halla ya arrodillada en profunda oración, entre los siales y el antepecho del Coro. La inmovilidad de los hábitos blancos en actitud orante da la impresión de albas imágenes talladas para iluminar los relieves oscuros de la sillería.

Tras un cuarto de hora de adoración al Santísimo, la figura de un monje cobra vida, se levanta, abandona la sillería y situándose ante el facistol situado en el centro del Coro, comienza a recitar las Letanías de los Santos, que responden las graves voces de todos los monjes. Seguidamente, comienza la Misa conventual, que es siempre cantada. Los domingos y días de fiesta, precede a la Misa el canto de la hora Tercia.

La Misa Conventual cartujana, que se canta según un rito extremadamente sencillo y recogido, desprovisto de toda pompa y ceremonial innecesario, recuerda mucho el viejo rito de Carlomagno, del siglo VIII, apenas cambiado en mil años. El rito monástico, tomado probablemente por los primeros cartujos de la Misa cluniacense más antigua, simplificada en algunas ceremonias, es un testimonio aún viviente de la Misa romana del siglo IX. Más corto que el rito tridentino y los modernos, tiene una hermosa sencillez.

Cuando en el coro los monjes comienzan a cantar el Introito, el sacerdote sale de la sacristía y ora, profundamente inclinado, ante el altar. Seguidamente, saluda a la Comunidad con el *Dominus Vobiscum*, una vez terminado el *Introito*, se dirige a la cátedra, situada en el lado derecho del presbiterio, recita el Acto Penitencial junto con la Comunidad y escucha el canto del *Kyrie* y *Gloria*. Estas melodías gregorianas son extremadamente sencillas y tan sólo los días solemnes varían un poco. El sacerdote canta la *Colecta* mientras los monjes permanecen profundamente inclinados sobre sus sillas del Coro. Con el canto del Aleluya o del Tracto, el diácono, revestido

simplemente con la cogulla eclesiástica, abandona su puesto en el coro y se acerca al sacerdote a quien pide la bendición, extendiendo ante él la estola.

La *Epístola*, cantada por el Padre Procurador desde el facistol, la escuchan sentados y cubiertos. Todos oyen de pie el *Evangelio* que desde el lectorio del presbiterio, canta el diácono, tras santiguarse con una cruz amplia y solemne «*a fronte ad umbilicum, et ab sinistro ad dexterum...*». Luego los monjes, en pie, cantan el *Credo* con la cabeza descubierta, y cuando pronuncian las palabras «*ex María Virgine*», se postran en el suelo y añaden, en esta postura, el «*et homo factus est. . .*». Al comenzar el canto del *Ofertorio*, el sacerdote sube al altar y el diácono le ofrece al mismo tiempo el pan y el vino, sosteniendo el cáliz, sobre el que va la patena con las formas, con el extremo de una larga estola que lleva colgada del hombro izquierdo.

Los domingos y también los días de solemnidad el sacerdote incienso la oblata y, a continuación, entrega el incensario al diácono para que, a su vez, inciense en torno del altar. El diácono vuelve al coro y, únicamente cuando su ayuda es imprescindible, sube al presbiterio. El sacerdote canta la Oración sobre la oblata y el Prefacio, al que sigue el Sanctus, cantado lentamente por el coro.

La Plegaria eucarística transcurre en absoluto silencio; el sacerdote permanece casi todo el tiempo con los brazos en cruz y la Comunidad de pie o arrodillada, según la importancia litúrgica del día, y con la capucha calada hasta los ojos para favorecer el recogimiento. Después de la consagración del pan, adoran el Cuerpo de Cristo, postrándose en tierra según costumbre antiquísima, hasta que el diácono da la señal de levantarse. El *Pater noster* es cantado juntamente por el sacerdote y la Comunidad. El rito de la Paz, antes de la Comunión, suele hacerse besando por orden los portapaces que el diácono entrega al Prior y al más antiguo del coro izquierdo. Toda la Comunidad, Padres y Hermanos, tienen facultad para comulgar en la Misa conventual bajo las dos especies, aunque hayan comulgado o vayan a comulgar en otra Misa. En varios momentos de la Misa, como cuando se eleva la Santa Hostia, y durante la Comunión del sacerdote, la Comunidad vuelve a postrarse en el suelo, en acto de adoración.

En la Cartuja no se practica la genuflexión cuando se entra o sale del templo, ni durante la celebración de la santa misa. En lugar de hincar la rodilla, los cartujos se inclinan profundamente, de forma tan reverente y grave que causa verdadera impresión. Sin embargo, en los momentos más solemnes de la Eucaristía, tales como cuando en la consagración se alza la Sagrada Hostia, en la comunión del celebrante y otros, se postran totalmente en el suelo cual sublime acto de suprema adoración. Al contemplar tales muestras de profunda humildad, es inevitable que el alma del profano espectador se emocione y se sienta enfervorizada.

Después de la Misa Conventual, los monjes abandonan sus sitios, hacen una última y profunda inclinación ante el altar y se alinean junto a la puerta de la iglesia que da salida al claustro. Allí aguardan al Prior, a quien ceden el paso con una amable reverencia y, tras él, abandonan la iglesia. Ya no vuelven al Coro hasta la hora de Vísperas, a las tres de la tarde. Los sacerdotes no celebrantes de esta Misa Conventual, se dirigen entonces a las diversas capillas del Claustro chico para celebrar sus respectivas misas privadas.



## 7. La misa privada

**A** continuación de la Misa Conventual, los sacerdotes cartujos, de acuerdo con su vida eremítica, celebran Misa rezada en privado, aunque sean libres de hacerlo a otra hora, en las diferentes capillas situadas en el Claustillo, o Claustro Chico.

De acuerdo con su vida eremítica, los cartujos sacerdotes celebran la Misa rezada en solitario, sin ningún ayudante, pues la concelebración sólo es posible en los días que revisten carácter cenobítico o cuando ocurre algún acontecimiento de carácter conventual. Tampoco suele existir la presencia de fiel alguno, si bien, los novicios y otros profesos no sacerdotes pueden asistir a cualquiera de estas misas antes de regresar a sus celdas o sus *obediencias*.

Esta Misa cartujana sigue conservando algunos caracteres propios. Entre otros, el acto penitencial que la precede, semejante al del celebrante de la Misa Conventual y todos los sacerdotes de la Orden.

En sublime acto de humildad, el cartujo se postra en el suelo en actitud de penitencia, el codo derecho apoyado sobre el escalón del presbiterio y la cabeza cubierta con la capucha, tal como fielmente se refleja en la siguiente ilustración que muestra cuán sublime es la humildad del monje cuando se acerca a Dios. Para él, este acto es asumido con profunda pero natural reverencia, mas al espectador profano y sensible produce muy singular impacto.

Luego, terminado este acto de preparación, el monje se incorpora, se acerca al altar y se dispone a comenzar la misa. La ofrenda del pan y del vino es también distinta. El sacerdote mantiene los brazos en cruz durante la recitación de la Plegaria eucarística y la Misa termina sin bendición. Al finalizarla, el celebrante vuelve a repetir el inigualable acto de humildad de postrarse unos minutos en el suelo, esta vez en acción de gracias.

Si la asistencia a la Misa conventual tiene la virtud de encender el fervor del espíritu del creyente, por muy disipado que sea, no es menos honda la impresión que causa presenciar esta otra misa privada, en el reducido espacio de la pequeña capilla. Es tan íntima, tan fervorosa y tan próxima que uno se siente plenamente ligado y fundido con el sacerdote, captando sus místicas emociones y el tremor de sus plegarias. Al invocar la transfiguración del Señor y su descenso desde las mansiones celestiales a la patena y el cáliz situados sobre el altar, el milagro se hace casi palpable, aunque, al mismo tiempo, causa pavor pensar que la magnificente grandeza de Dios al penetrar en tan pequeñísima capilla podría comprimir y absorber toda materia física intrusa. Pero, naturalmente, el Todopoderoso y Omnisciente Dios, llega, desciende y se apodera de las almas sin dañarlas, sino, todo lo contrario, envolviéndolas en el perfume de un dulce e inigualable estado de inefable paz.

Y uno, transido de emoción, piensa: ¿Cuánto más elevadas y excelsas pueden ser las emociones de un monje que se ve premiado con la inmensa dicha de un éxtasis contemplativo y se ve transportado a las gloriosas dimensiones divinas?

Incapaz de introducirse en tan impenetrables cotas místicas, uno abandona todo intento de trascender los intangibles y sobrenaturales límites entre el cielo y la tierra,

pues conocerlos supera nuestro común saber, y se conforma con describir el entorno material del pequeño cenáculo, lo que se ve con los ojos del cuerpo y con la normal sensibilidad artística.

La capilla de san Bruno, elegida al azar, o quizá, bajo una influencia ignota, para ser dibujada en este cuadro, una de las más antiguas del monasterio, 1610-1614, está acertadamente concebida para el recogimiento de la Misa rezada del monje cartujo. Rematada con una bóveda de media naranja de yesería con cupulín y cuatro óculos que primitivamente dejaban pasar la luz del sol, actualmente posee una luminosidad suave que envuelve de misticismo el recinto.

El retablo actual es del siglo XVIII, al parecer del mismo autor que el del retablo de la Sala Capitular. Fue adquirido en Córdoba en 1960 y, prodigiosamente, parece que se hubiera hecho a la misma medida del antiguo retablo ya desaparecido, y que igualmente estaba dedicado a san Bruno.

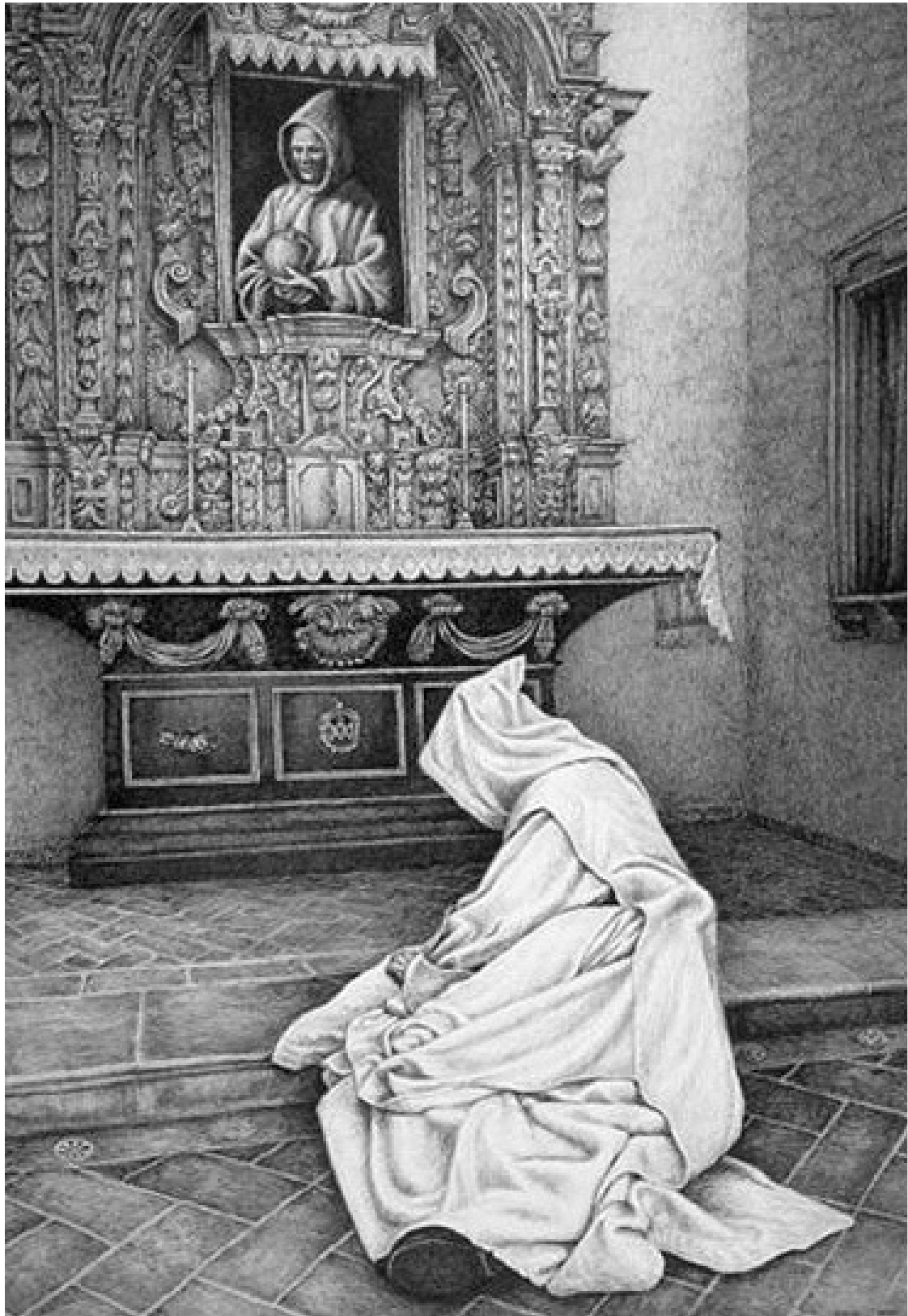
En el centro de los laboriosos relieves dorados, en un arco que se apoya sobre estípites —especie de columnas con capiteles corintios—, aparece un bello lienzo del Santo, obra de Rodríguez de Losada, pintor jerezano de mediados del siglo XIX. Fue adquirido por el Padre Dom Pedro Soto y donado a la Cartuja al hacer su profesión. Este lienzo presenta al fundador de los cartujos con una calavera en sus manos y en fervorosa meditación. Esta plástica imagen sugiere el versículo de San Pablo: «*Para mí, vivir es Cristo, y morir, ganancia*».

En el muro del lado de la Epístola, próxima al altar, cubierta con una cortinilla, una hornacina de piedra y mármol del siglo XVIII, sirve a un tiempo de credencia y de piscina, cual una diminuta pila bautismal.

Sobre el sencillo armario de las casullas se encuentra hoy un cuadro alegórico de la Eucaristía adorada por ángeles. Fue realizado a principios del XIX, a juzgar por lo que se indica en el dorso del mueble, en donde se señala que se colocó en 1828 en la parte exterior del ábside señalando el lugar del Tabernáculo ante el que los monjes de inclinaban al pasar por ese sitio.

Este es el escenario, el modestísimo templo en que tiene lugar una eucaristía íntima, cuyo ritual se convierte en una invocación privada y personalísima del eremita a solas con Dios.

Próximas a esta capilla de hallan el Capítulo de los Hermanos, la Sala Capitular de toda la Comunidad, la Capilla de las Reliquias y la Capilla de san Juan Bautista. Todas estas dependencias son igualmente antiguas y enriquecidas paulatinamente con bellas e interesantes obras de arte durante los siglos posteriores, y restauradas tras el retorno de la Comunidad en 1948.



## 8. El Claustro Chico

El cartujo es eremita hasta el fondo y también cenobita. Diríase que todo lo eremita posible y sólo lo cenobita que sea necesario. Al eremitismo de su vida central de celda se une el ejercicio de actos de comunidad: coro, misa conventual, comida en común algunos días, capítulo, recreaciones semanales y la instalación en monasterio de forma que una serie de formalidades responden a los modos de la vida en común, sin olvidar que los cartujos no son ermitaños aislados, sino en convento. Esta alianza evita los excesos de la soledad extrema, exacerbada y perpetua de los antiguos anacoretas, más aún, puede decirse que mediante los contados actos en común, el encuentro de los monjes entre sí, sea en el silencio del templo o en la cordialidad de la recreación, renuevan y estimulan la vida eremítica, confrontada y ejemplarizada en el espejo de los demás.

Diariamente, los encuentros de la Comunidad sólo acaecen en tres principales horas: para ir a Maitines a medianoche, para la Misa conventual, a primera hora de la mañana, y para cantar Vísperas, al principio de la tarde. Los domingos y festivos la Comunidad se reúne además para ir al Refectorio, y los días de Capítulo para la celebración de éste en la Sala Capitular y seguidamente para cruzar al Patio de los Jazmines donde tiene lugar la recreación. Para la asistencia a estos actos en la parte cenobítica del monasterio, los monjes pasan necesariamente por el Claustro — también llamado Claustro chico o Claustro de la iglesia —, pues todas las citadas zonas cenobíticas se hallan situadas alrededor de él.

Y, puesto que aquí confluyen también las galerías que unen el ámbito eremítico, o sea, el Claustro grande y las celdas, que por su necesidad de silencio, están más apartados y se abren a sus huertos y al contacto con la naturaleza, así como el Claustro de los Hermanos y la Celda Prioral, el Claustro es el elemento principal de distribución y enlace entre todas las dependencias del monasterio.

Como dice Dom David Kowles, «*el Claustro es el centro monástico por excelencia, común a todos los monasterios medievales*». Alrededor de él se agrupan la iglesia, la Sala Capitular, Capillas y el Refectorio. Dada, pues, la importancia del Claustro, siempre se ha cuidado su aspecto artístico. En el Monasterio de la Cartuja de Jerez, es un patio de regulares proporciones, construido en la primera mitad del siglo XVI. Su construcción comenzó durante el período del Prior Dom Andrés de Salas (1525- 1529), profeso de la Cartuja de Las Cuevas, de Sevilla, y se concluyó en el año 1531 bajo el priorato de Dom Bruno de Ariza, de la misma procedencia. Su ejecución se atribuye al célebre arquitecto burgalés Diego de Riaño, quien ostentó el cargo de maestro mayor de la Cartuja, probablemente hasta su fallecimiento en 1534.

Riaño dirigió las obras en una época de transición del gótico al renacimiento y fue uno de los introductores del nuevo estilo en Andalucía. Así pues se puede observar que en el Claustro predominan los moldes góticos con los que se había comenzado el Monasterio, aligerándolos con detalles ornamentales renacentistas, como lo demuestran las cuatro columnas lombardas de mármol situadas en las esquinas, los mascarones y otros motivos que decoran las ménsulas colocadas sobre los capiteles. Sin embargo, el conjunto está dominado por los gruesos pilares con baquetones, claros exponentes de la ornamentación gótica, con sus curiosas doce gárgolas en forma de animales de caza o



figuras de la época, y enlazados arcos apuntados, rematados más arriba por una delicada crestería. Las galerías están cubiertas por bóvedas ojivales de nervios cruzados, con una crucería sencilla.

En su origen existía en el centro del patio una fuente del siglo XVI traída de Génova, que, más tarde, en el XVIII fue sustituida por la actual, obra de Torcuato Cayón, el famoso arquitecto de la catedral de Cádiz. El placentero silencio del Claustro, sólo orquestado por el murmullo de esta fuente, invita a los pajarillos que bajan desde la crestería a beber o bañarse en las frescas aguas. Son los verdaderos moradores de este patio, y aquí retozan gran parte del día, pues su bucólico coro de trinos y gorjeos sólo se interrumpe en las escasas ocasiones ya mencionadas en que los monjes irrumpen por la galería para los actos comunitarios, o, quizá también, cuando algún Hermano llega para barrer las galileas o para regar y arreglar las flores que decoran el surtidor.

Al penetrar en este recinto siente uno la inevitable emoción que produce caminar sobre las mismas losas, hoy con claros vestigios de su extraordinaria vejez, que hace siglos pisaran venerables figuras cartujanas y no cartujanas, entre estas últimas la del virtuoso Juan Grande —quien el gozoso año de 1997 mereció en el Vaticano la gloria de ser canonizado por Juan Pablo II—, y que numerosas veces confraternizó con los santos varones de esta Cartuja, y obró múltiples milagros y murió en Jerez. Esta evocación incrementa el respeto y admiración que inunda el espíritu del visitante.

Desde los ángulos Oeste-Sur de este hermoso patio, fruto de tan artística combinación de estilos, se puede contemplar una imponente perspectiva de la articulación externa de las naves de la iglesia, sus gruesos muros soleados, cuya sobriedad y fortaleza son aliviadas por otras cintas de delicadas cresterías, así como la torre con las espadañas del campanario. Cuando el sol penetra en el patio, el encaje pétreo que lo corona se recorta con gran belleza, las sombras de las gárgolas se prolongan sobre los gruesos pilares estriados, los arcos ojivales forma una armoniosa combinación de luces y sombras sobre las centenarias baldosas de las galerías, y el resplandor que ellas reflejan juguetea con los relieves de las portadas que a este claustro se abren.

Situándonos en el ángulo Este-Sur, la perspectiva no es menos sugestiva. Elevándose escalonadamente desde la primorosa crestería gótica del claustro se ven ascender las nobles masas de piedra de cantería del Capítulo de los Hermanos, Refectorio e iglesia, cada una de ellas rasgadas por ventanales ojivales de tamaño cada vez mayor; y como filigrana final que cierra el horizonte y se recorta sobre el azul del cielo, las altas cresterías barrocas con sus jarrones y calados, obra del Hermano cartujo Pedro del Pifiar (1661-1689).

Y así, embargado el ánimo con estas sensaciones, siguen los ojos deleitándose con la contemplación de las portadas que adornan el Claustro, portadas que, por su hermosura, merecen ser mencionadas aunque sea de forma muy somera, pues, de no hacerlo, quedaría incompleta nuestra breve descripción de este sugestivo recinto.

De las nueve puertas que abren al Claustro, seis lo hacen con hermosas portadas, cada una en el estilo de su época, causando empero un armonioso conjunto. En el muro Norte se halla el Refectorio, cuya portada plateresca de singular belleza es descrita e ilustrada más adelante en las páginas donde se trata de la entrada en el Refectorio. Frente a ella, en la pared opuesta del claustro, se encuentran las capillas de

las Reliquias, de san Bruno y de san Juan Bautista, así como el Capitulo de los Hermanos y la Sala Capitular de la Comunidad. En el siglo XVIII se cerraron los arcos de las paredes que circundan el claustro con la sencilla cornisa que actualmente aparece en ellas, para pintar al fresco por su lado interior la vida de san Bruno, hoy desaparecido. Al colocar dicha cornisa a todo lo largo del muro, quedó cegada la portada gótica del Capítulo de los Hermanos, que volvió a descubrirse al restaurar el claustro en 1948. La capilla de san Bruno, ya descrita anteriormente al tratar de la Misa privada, tiene una elegante portada fechada en 1719, cuya decoración neoclásica, rematada por un clásico dintel, incluye el escudo del fundador. La portada de la Sala Capitular se colocó en 1610, realizada con estilo renacentista, y la capilla de san Juan Bautista, construida a la par que la de san Bruno (1610- 1614), antiguamente dedicada a san José, ostenta una portada similar en la que aparece el rótulo *Benedictus Deus*. Pero, sin duda, la más importante del claustro es la portada que comunica con la iglesia, labrada en 1743 en un estilo de transición que no obstante cobija la importante obra de taracea, huella del arte árabe con infinidad de piezas incrustadas de diversos tonos y maderas. En el mismo siglo XVIII se añadió al Claustriillo una bella nota cromática mediante un zócalo de azulejos sevillanos, de los llamados Venerables, que en 1948 tuvieron que ser repuestos casi totalmente por haber desaparecido el anterior durante el período de abandono en que degeneró la exclaustación de la Cartuja.

Hoy día, el Claustriillo ha recuperado prácticamente casi todo el esplendor de antaño, mas, como en todo el resto del Monasterio, nadie pasea por este patio ni se recrea con su hermosura. Es otra joya silenciosa, escasamente contemplada por sus moradores, que causa la admiración del ocasional y privilegiado visitante que a él accede. Y por esta circunstancia, su inmutabilidad a través de los siglos — afortunadamente recuperada tras el desastre del XIX—, parece acercarnos a la eterna presencia de Dios, a ese Dios que, amante del silencio, huye del mundanal ruido y se hace casi palpable en esta soledad monacal.

*Vale más que mil, un día pasado en tus atrios.*

*Prefiero ser el último en la casa de Dios*

*a vivir en las tiendas de los pecadores.*

*Salmo 83*



## 9. La Tábula

La contemplación de los monjes blancos acudiendo a la Misa Conventual o al rezo del Oficio Divino en la iglesia, nos transporta en el tiempo y sugiere sosegadas reflexiones sobre la insustancialidad de las cosas temporales. Ellos se organizan en una fila ordenada, uno tras otro, al salir de sus celdas tras la llamada de la campana, en actitud de profundo recogimiento y en silencio, encapuchados, deseosos de pasar un tiempo en profunda comunión con Dios en la quietud del templo.

En el Claustro es donde la totalidad de los monjes se incorpora y ofrece un ordenado tránsito, aunque agilizado por la ilusión de entrar en el templo a glorificar a Dios. Allí confluyen también los Hermanos procedentes de su propio claustro. Los Hermanos suelen asistir al canto de las Horas, aunque no están obligados a ello nada más que en los días festivos y sus respectivas vísperas.

La *tábula* está situada en el Claustro, en la pared más próxima a la puerta de acceso a la iglesia. Aparte de su vital función informativa de las variaciones del ritual, constituye una hermosa pieza de madera tallada, un panel con múltiples tablillas deslizantes con los nombres de los oficiantes y las funciones asignadas a cada uno, amén de las intenciones de los rezos y otras comunicaciones útiles.

La *tábula* suele ser consultada por algún monje al dirigirse al Coro para las Vísperas, con una breve parada ante ella, procurando no entorpecer la marcha de los demás monjes que le siguen.

Al salir del recinto eclesial después de la Misa o del Oficio Divino, los monjes vuelven a discurrir por el Claustro hacia sus respectivas celdas y *obediencias* de la misma manera que a la entrada. El tremolar de sus albos hábitos, cual palomas de la paz, compensa la precipitada huída de los pajarillos que minutos antes revoloteaban mecidos por la salmodia como dueños absolutos del patio.

*Se oyó una campana rompiendo el silencio.  
Los monjes salían raudos de sus celdas,  
muy juntas las manos, pegados al muro  
del claustro dormido, las testas ocultas  
por grandes capuchas de hábitos albos.  
Los pájaros trinan rompiendo el silencio  
del claustro encantado por la luz radiada.  
En este desierto, el tiempo se aquieta,  
se calma la prisa, se aviva el sentido,  
se solaza el alma, se respira paz.  
La salmodia brota rompiendo el silencio  
del templo en penumbra. Bendita asamblea.  
Envuelto en un soplo de santa esperanza  
e intensa emoción, henchido de éxtasis  
camino hacia el cielo en busca de Dios.*

P. G. M.



## 10. Trabajo en el jardín

Desde hace siglos, el cartujo incluye entre las obligaciones de su jornada un tiempo dedicado al trabajo manual. Éste no constituye un fin propiamente dicho de su vida religiosa, sino un medio —dicen los Estatutos— para que el monje se ejercite en la humildad y reduzca su cuerpo a servidumbre. Estos trabajos manuales son útiles, y lejos de maltratar la dignidad de la persona humana, amansan su presuntuosidad y reeducan las inclinaciones, a veces demasiado muelles, de una vida entregada al pensamiento, a las cosas del espíritu, con el peligro de que éste vaya reduciendo la capacidad de valerse por sí mismo. El trabajo manual ayuda a la constancia y al esfuerzo, virtudes necesarias, como pocas, para el contemplativo o el intelectual. Curiosamente, el hombre de nuestro tiempo, afanado por las preocupaciones morales, agotado por el asedio del estrés psicológico, busca en el *bricolage*, el trabajo manual casero, eso que ahora se lleva tanto: la evasión.

Conforme a este juicioso criterio, después de comer, hasta la una y cuarto de la tarde el padre cartujo tiene tiempo libre para trabajar en su jardín, hacer algunos trabajos de carpintería u otros de tipo doméstico como limpiar la celda, lavar algo, remendar, e incluso pasear por la celda o descansar un rato. No hay un orden prescrito en los Estatutos para estas actividades, sino que el monje se rige a su libre albedrío —lo cual no significa frívolo capricho—, según su personal escala de prioridades. Porque el cartujo, aunque por imposiciones de la naturaleza humana tiene necesidad de equilibrar su mente recreándose unos instantes en estas pequeñas tareas laborales, la sobriedad de su espíritu no le inclina al ocio ni a malgastar el tiempo prolongando la holganza.

Puede que recién comido, para facilitar la digestión, elija acometer primero de entre los oficios antes mencionados, aquellos que requieren menor esfuerzo físico y que se pueden realizar en el interior de la celda. Luego, cruzará el arco de piedra que conduce al pequeño jardín privado que, cerrado entre paredes, complementa su vivienda y pasará unos minutos por él para gozar de un poco de sol, mientras analiza qué arreglos necesitan la tierra y las plantas. El cuidado del jardín sirve tanto de ejercicio físico como de apacible recreación y esparcimiento espiritual, mediante la contemplación de las flores.

Si éste es el orden elegido, entonces se dedicará un rato a cuidar el jardín donde, sin que nadie le vea, labrará la tierra y cultivará, según sus gustos, sus plantas preferidas, mayormente rosas, cuyos pétalos sirven para fabricar las cuentas que engarzan los populares rosarios cartujos. Y mientras «*siembra, trasplanta, poda, riega y cava, en cada florecilla a Dios alaba*». No es un huerto, como vulgarmente se cree; en él sólo cultiva flores o arbustos, y aunque el cuidado del jardín sirva tanto de ejercicio físico como de apacible recreación y esparcimiento espiritual, sin embargo, sólo debe ocupar un corto espacio de tiempo: el marcado por el riguroso horario que el cartujo respeta escrupulosamente. El sonido de la campana indica el cambio de actividad y el monje, al instante, abandona sus tareas manuales para volver a sumirse en la oración y contemplación. A la una reza el Ángelus del mediodía y a la una y cuarto suena la campana de la iglesia, lo mismo que para todos los demás oficios, anunciando Nona, que al igual que los oficios de Prima, Tercia y Sexta se reza también en la celda y va precedido del oficio de Nuestra Señora. Cumplidas estas devociones, durante las dos

horas siguientes, hasta las tres y media de la tarde aproximadamente, el padre cartujo vuelve a gozar de total libertad en el empleo del tiempo y, en su celda, estudia, ora o reanuda el trabajo en su pequeño jardín, o corta leña. En este tiempo los estudiantes emprenden de nuevo sus estudios, también alternándolos con algún trabajo manual.

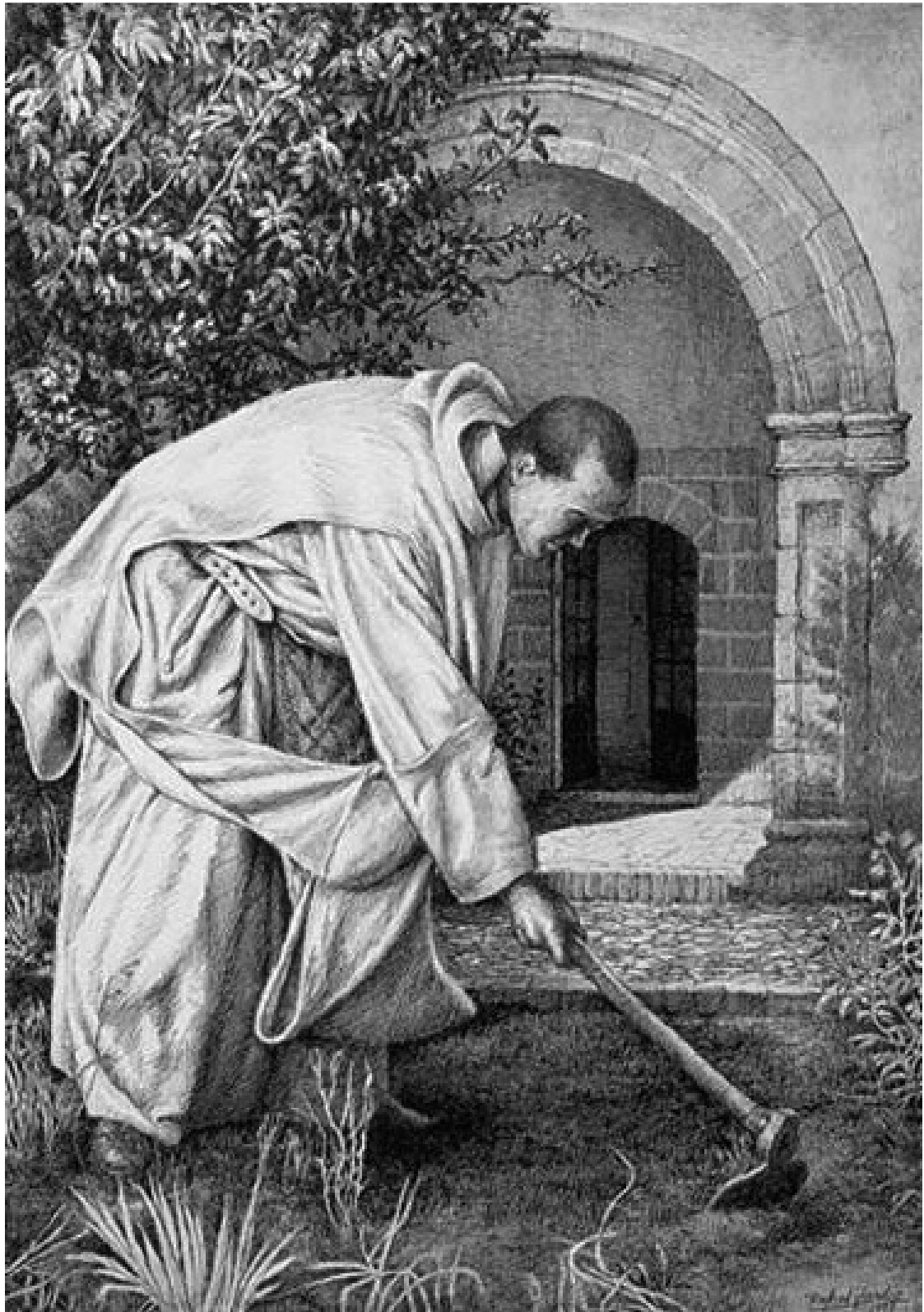
Todo esto, es siempre realizado en el perseverante silencio y soledad de la celda, esta morada que la superficial consideración puede considerar ora como un envidiable paraíso, otrora cual terrible encerramiento. Pero yerra tanto quien piense que la celda es un lugar idílico como el que se la imagine cárcel atormentadora del ánimo y terriblemente claustrofóbica. Porque el cartujo no busca en ella esos sentimientos extremos. Para él, habitarla es como entrar en sí mismo, en su propio corazón, vivenciando la unción de cada pieza como los órganos, arterias y venas por las que fluyen la oración, el estudio, la pobreza, la caridad y el amor que le conducen a Dios. Por eso ama el silencio y la soledad que ella le proporciona.

Y estos dos vocablos, silencio y soledad, íntimamente ligados son las vértebras de la espiritualidad cartujana, cuya meta es la espiritualidad del desierto. En el decurso de milenios, los místicos de las tradiciones religiosas más importantes, han coincidido en resaltar la importancia del silencio como elemento crucial en el camino hacia Dios.

Dionisio, uno de los más insignes místicos cartujanos decía: *«Oh, alma mía, sufres mucho porque piensas en demasiadas cosas; deja todo eso y no pienses más que en lo único necesario, y así tu trabajo será menos duro. Pero, si quieres y puedes, no pienses en las cosas creadas, y no sufrirás más; tendrás paz en el silencio interior, en el reposo con Dios que place al Señor más que todo trabajo, y que cualquier otro ejercicio»*. En otros textos cartujos de parecido misticismo, se lee: *«El arte supremo no es amar ni conocer. El arte supremo es mantenerse silencioso. Ese silencio engendra el conocimiento, el amor, la virginidad del corazón. Es decir, el silencio es el camino más rápido y eficaz para crecer en el amor auténtico no engendrado, en la caridad»*.

Este silencio interior, a pesar del duro trabajo que es preciso llevar a cabo para conseguirlo, no es ninguna situación artificial, forzada, sino la única verdaderamente natural. Y considerando que el silencio es su naturaleza profunda, añade: *«No hay que crear el silencio; no tenemos que introducirlo dentro de nosotros. Está ahí ya, y se trata sencillamente de dejarlo aparecer... Cuando se ha oído dentro de sí el verdadero silencio, se tiene sed de volverlo a encontrar. Está ahí, siempre ahí, aunque no se le oiga... Sólo el silencio, incluso cuando es tinieblas, nos acerca a la Luz contemplativa»*.

Los Estatutos especifican también cómo el silencio es fruto de la soledad: *«Los fundadores de nuestra Orden seguían la luz de Oriente, la de aquellos antiguos monjes que, fresco aún en sus corazones el recuerdo de la sangre derramada por el Señor, llenaron los desiertos para gozar de las ventajas de la soledad y la pobreza del espíritu. Puesto que los monjes del claustro siguen este mismo camino, conviene que vivan como ellos en yermos suficientemente alejados de toda vivienda humana»*. Sapiéntísima doctrina porque la soledad es el medio más apto para la unión con Dios, y que en la Cartuja cobra una vitalidad inefable. *«Nada tanto como la soledad puede favorecer la suavidad de la salmodia, el gusto por la lectura, el fervor de la oración, la profundidad de la meditación y el don de lágrimas»*. En ninguna parte puede encontrarse un ambiente tan propicio para la soledad.





## 11. El trabajo de los Hermanos

Desde sus mismos comienzos, los cartujos han tenido Hermanos conversos para atender los diversos servicios y oficios de cada monasterio. Antiguamente, los Hermanos vivieron durante muchos años en un edificio separado, algo más abajo, e igualmente fue costumbre que habitaran en locales aislados. Hoy día, las vidas de Padres y Hermanos están más íntimamente integradas, puesto que todos ellos son monjes. Los Hermanos viven, pues, dentro del monasterio, en celdas que, hasta hace poco tiempo eran más pequeñas que las ocupadas por los Padres: habitaciones únicas que se reducen al *cubiculum*, careciendo también de galería y jardín, dado que ellos trabajan varias horas al día en los distintos talleres u *Obediencias* de la Cartuja y no precisan de un tiempo de ejercicio físico en las celdas. Pero la tendencia actual en la orden es que los Hermanos vivan en dormitorios similares a los de los Padres, si así lo desean ellos y si hay disponibles celdas de este tipo.

Padres y Hermanos viven, pues, la misma vocación. Con el paso de los siglos, la compenetración entre ellos se ha acentuado haciendo que la Familia Cartujana pueda llenar así más perfectamente su función integral en la Iglesia. Buena parte de la vida espiritual de los Hermanos — horas de los Oficios, de las comidas y de acostarse, etc. — es igual que la de los Padres. La mayor diferencia estriba en el desempeño de sus trabajos físicos. Los Hermanos emplean hasta un total de siete horas diarias en las tareas u oficios que se denominan *Obediencias*. El reparto del trabajo lo hace el Procurador, de acuerdo con las habilidades naturales de cada uno y la experiencia que trajera al ingresar en el Monasterio, o que ha adquirido en él. Ellos se ocupan de la vital tarea de asegurar la buena marcha del Monasterio. Hay que cocinar, cultivar las tierras, cortar el césped, talar los árboles para leña, hacer algún arreglo de fontanería o trabajo de pintura, cuidar a algún monje enfermo en su celda, reparar tejas, barrer y limpiar la iglesia y demás dependencias. Desempeñan por tanto las ocupaciones más indispensables y las labores que requieren cierta especialización técnica. El trabajo de los hermanos no tiene fin. En todas estas actividades el objetivo de la Cartuja es ser autosuficiente.

En la actualidad se procura favorecer la soledad y recogimiento de los Hermanos proporcionándoles las facilidades que la técnica moderna puede poner a su alcance. Para ello, la Orden intenta dotar a cada Cartuja de la maquinaria necesaria para realizar los trabajos que en ella se ejecutan. Así podemos encontrar junto a las herramientas tradicionales otras que reducen el esfuerzo físico, acortan el tiempo de labor e incrementan la productividad de los Hermanos. Estas medidas son muy oportunas en nuestros tiempos, dado que el número de Hermanos se ha reducido considerablemente. La eficacia laboral de un Hermano, sin embargo, sigue conservada por la constante dedicación y afán de superación que les inspira. Como es lógico, no puede, a causa de sus ocupaciones, estar rezando en su celda tanto tiempo como el Padre, ni tiene que dedicarse tan largamente al oficio divino. Sin embargo, consagra la jornada entera de trabajo al Señor y a su monasterio, ya que para él éste es la morada de Dios. Reza silenciosamente en su corazón mientras labora, y con esta finalidad se procura que los trabajos puedan efectuarse en soledad y silencio.

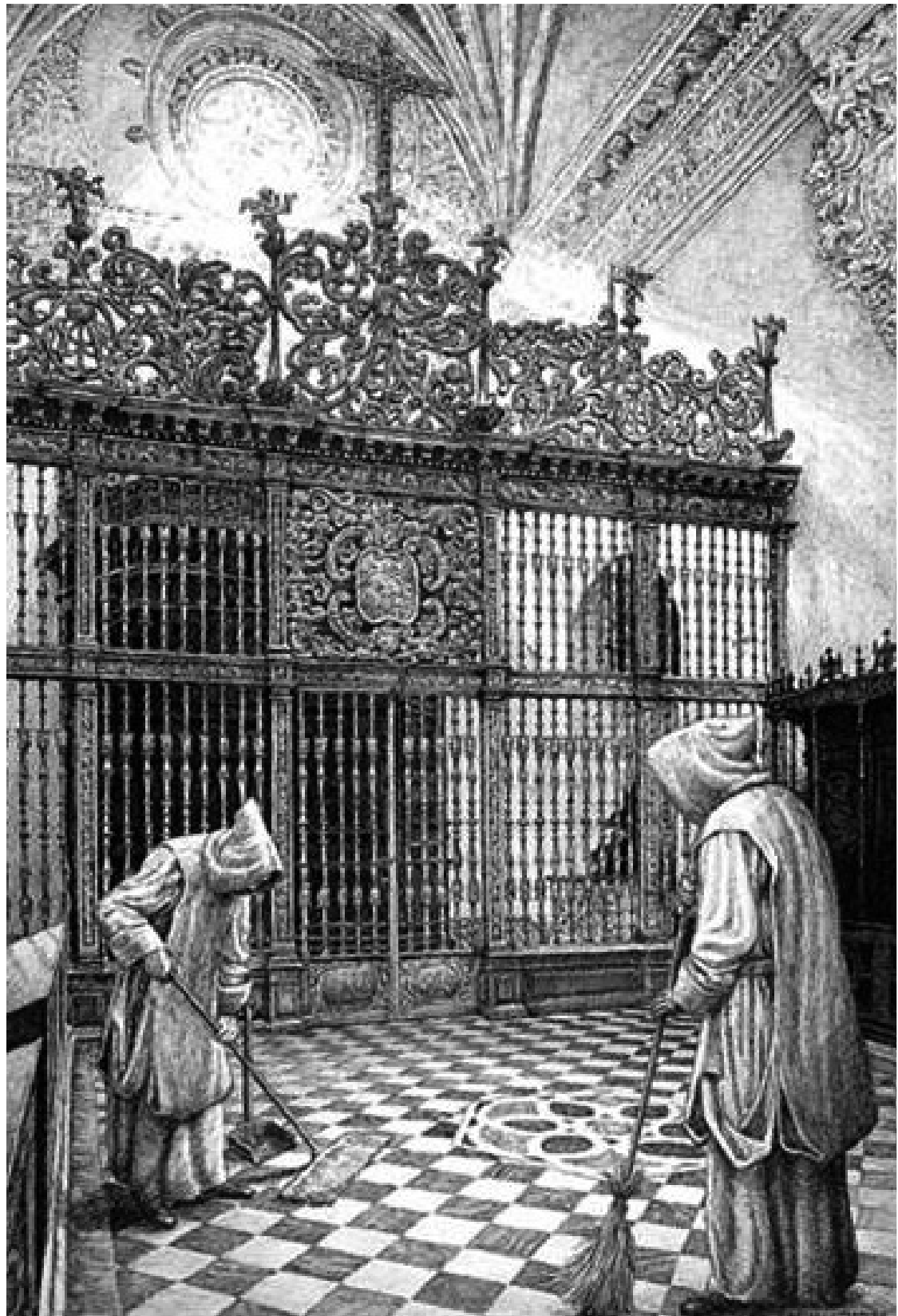
La formación del Hermano Cartujo es larga y exigente. Después de seis meses de postulante, dura cuatro años para quien va a ser Donado perpetuo, sin votos pero

con un compromiso de religiosa fidelidad. Ocho años para el que aspira a Hermano Converso, con profesión perpetua. Además de la preparación que requiere cada trabajo, cursan un ciclo de estudios apropiados, inspirados en la Escritura, el Dogma y la investigación teológica. Guardan abstinencia y ayunan lo mismo que los Padres, pero si realizan trabajos manuales pesados pueden desayunar.

El Hermano, además de los ejercicios que practica individualmente, tiene obligación de acudir todos los días a Maitines. La asistencia a Laudes, a la Misa Conventual diaria y a Vísperas es voluntaria, excepto los domingos y fiestas solemnes. Pero, siempre que el trabajo lo permite, los Hermanos participan en todos los oficios que pueden. Y según la preferencia espiritual de cada uno, pueden cumplir el Oficio mediante el rezo vocal, o la salmodia, o la oración en silencio. Normalmente, los Hermanos, si han asistido a la Misa Conventual, poco después de acabada ésta acuden a sus *obediencias* —sus talleres, o zonas de trabajo— hasta media hora antes de Sexta. Rezada la Hora de Sexta en la celda, se reúnen en la iglesia para adorar al Santísimo hasta el toque del Ángelus. Más tarde, a las 11,30, reparten la comida a los Padres, recogen la suya propia en la cocina y la toman en la celda. Poco antes de las dos, rezada Nona, vuelven de nuevo al trabajo. Dejan el mismo a las seis, con tiempo suficiente para rezar Vísperas en la celda, visitan de nuevo al Santísimo, recogen la cena y la toman en sus celdas, donde permanecen sosegadamente y, en cuanto sea posible, sin hacer ningún ruido, leyendo o meditando, sobre todo la sagrada Escritura que es alimento del alma, o se entregan a la oración según sus posibilidades, no buscando ni aprovechando ninguna ocasión de salir fuera, salvo en los casos admitidos por la obediencia. Y, seguidamente, descansar cuanto puedan hasta que comienzan los Maitines de la medianoche.

La devoción y pulcritud de su trabajo tiene su máxima expresión en el cuidado de la iglesia, porque el templo es la Celda de Dios, el tabernáculo o principal morada del Señor y el más sublime punto de encuentro con Él. Asombra ver el primoroso fervor que derrochan en su limpieza, hasta lograr que el decorado pavimento de losas blancas y negras reluzcan tan pulidas que reflejan brillos de espejo.

En la estampa siguiente aparece, al fondo, el sector de la iglesia más cercano a la entrada, el recinto dedicado a los fieles varones, durante su asistencia a los cultos de las grandes solemnidades. Entre él y el coro de Legos se encuentra una verja del siglo XVII, notabilísimo ejemplar de rejería andaluza con forja de gran altura, que se remata con una fenomenal crestería, entre cuya dorada decoración hay abundancia de roleos que engarzan figuras de ángeles portando los símbolos de la pasión de Jesús: lanza, escalera, martillo, tres clavos, el gallo, y la cruz calada que campea en el centro coronando esta grandiosa forja de hierro de bella bicromía. La sillería del coro de los Hermanos ocupa las paredes del primer tramo de clausura del templo, con dieciocho asientos en dos alineaciones de nueve siales a cada lado, realizada en madera de roble durante los primeros años del siglo XVIII. De sencillo diseño y sobria talla, permaneció en su lugar durante los años de abandono del monasterio, pero tuvo que ser restaurada para mostrar su actual aspecto. Actualmente esta sillería no se usa ya que hoy en día toda la comunidad utiliza la sillería de los Padres, situada en la zona delantera de la iglesia, para realizar juntos el canto de Maitines y de la Misa conventual.



## 12. El monje en la carpintería

**D**el Avemaría, en la primera sala de la planta baja de cada celda, se sale, por una puerta acristalada, a una amplia galería bien iluminada que sirve de taller de carpintería, entre otras funciones. Por el gran arco de piedra tallada que comunica con el jardín penetra el sol a raudales llenando el lugar de tibios resplandores perfumados con aromas de rosales, jazmines y flores silvestres. Por una ventana baja que hay en el mismo muro, a la diestra, otro haz de luz más matizada se posa sobre un rudimentario banco de carpintero y juguetea con las sombras de lijas, martillo, tenazas, el cepillo que descansa sobre él y con las rubias virutas de madera con curvas de espirales que asoman por su cuchilla o yacen esparcidas por el suelo.

Ásperos tablonos se hacinan en un rincón soñando inspiradas tallas que los transfiguren, junto a una vieja sierra, escoplos, limas y demás herramientas que cuelgan en la pared aladaña. En el repecho de la ventana, a contraluz de sus polvorientos cristales, un tiesto de barro se corona con las cintas verdes de una humilde planta. Bajo el alféizar, salpicado de serrín, reposa un viejo torno accionado a pedal, rodeado de algunos botes de pintura, barnices y trementina.

Éste es el modesto taller donde el Padre cartujo, suele ejercitarse sin grandes pretensiones sino con fervorosa humildad en el noble y patriarcal oficio de San José, sin olvidar que Cristo también fue carpintero durante la oscura etapa de su niñez y su pubertad en la bíblica Nazaret.

Aquí, en un escenario parecido, mientras el sol besa la hojarasca que se acumula sobre los viejos escalones de piedra del jardín, y la paz y la quietud embalsaman el ambiente tibio de la galería, el cartujo, de espaldas al grato encanto exterior pero confortado con su bonanza, se entrega obediente a tan creativo oficio.

No es necesario que el monje posea adiestramiento en este menester, pues sus realizaciones no pretenden crear ninguna obra de arte ni utensilios de complicada elaboración. Se trata tan sólo de emplear el tiempo que la Regla prescribe para las manualidades, a fin de moderar el rigor de la continua meditación. De esta manera, el cartujo huye de la ociosidad, pues, como dijo Celso (De Medicinali, 1): «*La inactividad debilita el cuerpo, el trabajo lo robustece; aquélla da una vejez prematura, éste una larga juventud*».

Su actitud silenciosa y recogida, mientras trabaja, parece decir: «*Bonunt est proestolari cum silentio salutare Dei*». —Bueno es aguardar en silencio al Salvador— (Thren, III, 26). La soledad y el silencio forman el ambiente donde se desenvuelve la observancia cartujana. Su vida es una oración continua. Y así, *sobrii, simplices, quieti*, —sobrio, sencillo, pacífico—, se mueve entre las humildes herramientas y cumple su tarea de crear o reparar algún mueble necesario. El trabajo manual nunca constituye para el cartujo un motivo de satisfacción, sino que ésta procede del sentimiento de obediencia y sumisión a la Regla. Es simplemente un acto de humildad encaminado a su propia superación, persiguiendo la perfección y el acercamiento a Dios.

Estas reflexiones del cartujo prueban la necesidad de tener ideas claras y opiniones formadas sobre las principales metas del alma humana, a la luz del amor y la confianza en Dios. No le importa la relevancia de cada trabajo que realiza, puesto que

todos ellos se enriquecen por la santa obediencia a los mandatos de la Regla, compendio de sabiduría espiritual y ejemplaridad sublime, que él reconoce como elevados senderos que exploran los designios del Señor. Y cuando esta penetración no es dable, mucho más importa el abstenerse de improvisar otras sendas, abandonándose a tentadoras inspiraciones repentinas. El corazón no piensa ni juzga, no hace más que sentir, pero el sentimiento, bien encauzado, es un poderoso resorte que mueve el alma y multiplica sus facultades. Cuando el entendimiento va por el camino de la verdad y del bien, los sentimientos nobles y puros contribuyen a darle fuerza y brío, llenado de paz el alma.

Considerar estos razonamientos es útil ejercicio para cualquier observador profano de esta sencilla escena de sugerente comunión con la verdad y la virtud. Porque en la vida existen valores muy severos que se olvidan con demasiada frecuencia. La verdad y la virtud son las dos aspiraciones principales a las que la conducta humana se ha de dirigir. La verdad para el entendimiento, la virtud para el corazón. Ellas, cual hermosísimas flores de excelso perfume, liberan al hombre de los otros efluvios que le embelesan y le hacen ver la necesidad de adquirir buen criterio y sobrio conocimiento. Desviarse de esta meta y limitarse a la simple producción y disfrute del placer, son estériles para el bien y fecundas para el mal.

El cartujo sabe y cree en estas cosas, e incluso piensa que todo trabajo que termina por distraer su íntima soledad no es monástico. Así, como ferviente contemplativo que es, cuando trabaja encuentra en esa tarea la realización de su oración, además de una excelente ocasión de ascesis y renuncia. Mientras sus manos laboran, cortan, sierran y pulen una pieza de madera, su corazón y su alma están ausentes del carisma material del trabajo, y se elevan a Dios para pulir al mismo tiempo el sendero de sus espirituales anhelos contemplativos. Luego, cuando el suave tañido de la campana le indica la hora de cambiar de actividad, sin dolor ni apego a la tarea incompleta, la deja donde quedó y, diligente, acomete la siguiente misión.

El otro extremo de la galería está ocupado por un banco largo de mampostería, donde puede descansar, leer o meditar en sus ratos libres, mientras contempla el jardín a través del gran arco de piedra que se abre en el centro. En un rincón, un capacho, el hacha y un gran cepo para partir la leña, así como la escoba y otros avíos para la limpieza de la celda y el jardín.

Esta galería es, pues, no solamente otra zona de trabajo, sino también un mirador al espacio abierto aunque, limitado por las altas tapias, tan sólo deja ver los árboles, plantas y flores del jardín y un trozo de cielo. El paisaje que se extiende allende los muros del monasterio sólo es visible desde la ventana de la sala de estudio y alcoba de la segunda planta. Todo muy lejano y difuminado por la bruma de la mañana que se desliza sobre las tranquilas aguas del río Guadalete, o deslumbrado por los rojizos celajes del atardecer que tiñen las colinas de la Sierra de San Cristóbal, últimas estribaciones que ocultan los inmensos espacios oceánicos.

*Trabaja en algo para que el diablo te encuentre siempre ocupado.*

*San Jerónimo, Epístolas 125, 11*



### 13. El trabajo al aire libre

**E**l Monasterio de la Cartuja se encuentra rodeado de campos de cultivo y huertas. Una larga tapia cierra completamente el recinto de edificios y fincas, asegurando así la soledad de los monjes. Aunque algunas de estas tierras son cultivadas por personal contratado por los monjes, dado el escaso tiempo de que ellos disponen para estos menesteres, los pocos Hermanos que habitan el Monasterio, también trabajan en el campo con el corazón alegre, las manos hacendosas y hábiles, y los labios desgranando oraciones y alabanzas al Señor.

El diálogo es mínimo, justo las palabras necesarias para coordinar su labor, al igual que harían en los otros múltiples quehaceres de sus Obediencias. Para ellos, las productivas seis y media o siete horas aproximadas de trabajo diario, más que una tarea humana, es un medio de perfección. Para conservar el espíritu de oración y soledad durante este tiempo, los Estatutos de la Orden aconsejan usar con frecuencia las jaculatorias, e incluso interrumpir la tarea con breves momentos de oración. Si es posible, se procura que cada uno trabaje solo en la obediencia encomendada, y es muy importante conservar el silencio durante la labor.

Para asegurar el recogimiento espiritual de los Hermanos durante las horas de su quehacer cotidiano, los Estatutos recomiendan que trabajen separados siempre que sea posible y, lógicamente, cuando se contrata personal de fuera del Monasterio, dichos grupos realizan su labor en áreas distintas para no disturbar el silencioso quehacer de los monjes. Los cartujos insisten en la necesidad de vivir ajenos a los rumores del siglo, como algo fundamental en la vida solitaria.

El Hermano cartujo no es menos monje que el Padre, y hace los mismos votos. Algunos relevantes pasajes de los Estatutos cartujanos ayudarán a comprender las semejanzas y diferencias entre la vocación de Hermano y la de Padre: *«La vida de los Hermanos es una imitación de la vida de Jesús en Nazaret. Mientras realizan los trabajos diarios de la casa, alaban al Señor en sus obras, consagran el mundo a la gloria del Creador. Los Padres, guardando fielmente la soledad, dan a la Cartuja su carácter específico, y asimismo prestan apoyo a los Hermanos y recíprocamente reciben de ellos una ayuda espiritual. El recogimiento de espíritu durante el trabajo hará del Hermano un contemplativo. Para conseguirlo, podrá recurrir siempre durante su trabajo a las breves oraciones llamadas jaculatorias, e incluso interrumpir a veces su tarea con breves momentos de oración. Lo principal en la vida del Hermano es tender a la unión con Cristo, permaneciendo en su amor. Que ayudado por la gracia de la vocación, ponga sumo empeño en vivir siempre, tanto en la soledad de la celda como en el trabajo, con la mente puesta en Dios».*

Si a los monjes les urge comunicarse algo entre ellos, se aconseja dejar para el día de la recreación los recados que exijan hablar, y si no puede aguardar, siempre se requiere el permiso del Superior para ir a la celda del otro monje. Las faltas al silencio se reconocen en público y reciben también penitencia pública. Esta soledad y silencio son rigurosos para los Padres; pero como la soledad de los Hermanos está más expuesta a peligros que la de los Padres, de ahí la insistencia de los Estatutos en recordarles la necesidad de recogerse en la celda siempre que no estén ocupados en algún trabajo. En especial los domingos y solemnidades, los Hermanos, pueden dedicar mucho tiempo al

silencio de la celda. Durante el trabajo les está permitido hablar de cosas útiles y necesarias referentes al mismo; pero para facilitar la guarda del silencio y soledad no se les permite Hermanos trabajar con obreros salvo en casos imprescindibles y, en general, se procura que cada Hermano trabaje solo. También para ellos la clausura es rigurosa. Los Estatutos aconsejan encargar a seglares los asuntos que exijan salir del monasterio para que los Hermanos no se vean obligados a andar por los pueblos y ciudades. Estos y otros detalles demuestran el cuidado de la Orden por procurar a los Hermanos unas condiciones de soledad que se aproximan a las de los Padres.

Toda esta juiciosa legislación del silencio y la soledad son la letra de las observancias. El monje ve reflejado en ellas el clima propicio de su vocación eremítica pero sabe muy bien que eso no es todo; lo es el ahondar en esa soledad y extraer todas las riquezas que contiene. Estos dos elementos, soledad y silencio, no pertenecen a un mismo nivel, sino que el primero está subordinado al segundo. La finalidad de la soledad es posibilitar y conducir al silencio exterior, y, sobre todo, al interior, sin el cual, el exterior, más que silencio sería mero mutismo. Pero, evidentemente, no tendría sentido buscar el silencio para sí mismo; sería, además, perjudicial hacerlo así. ¿Qué sucede, pues, en ese silencio? En palabras de un monje contemporáneo, *«ese silencio es lo único que posibilita al Espíritu Santo actuar según su voluntad en el alma... Ese vacío y silencio constituyen en sí mismos una llamada, la llamada infinita del alma hacia Dios, infinita en cuanto que recibe su origen de la infinitud misma del amor creador de Dios»*.

Ese silencio profundo es, además, una alabanza a Dios. En la Santa Biblia se dice: *«La alabanza para Ti, es el silencio. La alabanza más elevada, auténtica, es este silencio... silencio que ahora el Espíritu hace que resuene con la Palabra eterna, un silencio lleno de esperanza, simple mirada dirigida a Aquel que está ahí»*. Tanta concentración en el trabajo no va en contra de su eficacia laboral, ya que cada uno goza de libertad e iniciativa. La dedicación e interés por su trabajo convierte a los Hermanos cartujos en verdaderos especialistas. Conocidas son algunas “industrias” cartujanas fruto de esta laboriosidad y dedicación.

En siglos pasados fueron muy renombradas las fundiciones de la Gran Cartuja, y los viejos licores Chartreuse que los monjes destilaban según una antigua receta, conocida, por lo menos, desde el año 1605, y en la que intervienen alrededor de 130 hierbas. Estos licores se fabricaban en Voiron, cerca de la Gran Cartuja y, después de la expulsión de las órdenes religiosas de Francia, a principios de este siglo, también en Castellón. Los Hermanos cartujos que supervisaban ambas destilerías guardaban la fórmula celosamente en riguroso secreto. Actualmente los licores Chartreuse están pasados de moda y resultan cada día más caros; su fabricación no produce más que el quince por ciento de los ingresos de la orden. En España, y fuera de ella, eran bien conocidos los vinos del Priorato de la desaparecida Cartuja de *Scala Dei* (Tarragona), y los no menos afamados caballos de raza cartujana criados y seleccionados por los Hermanos de la Cartuja de Jerez a finales del siglo XVIII.

*El que quiera venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo.*

*Mateo, XVI, 24*





## 14. La rasura

**G**racias a los Hermanos, ha sido posible la observancia de la Regla y la supervivencia en la Cartuja a través de los siglos. Para los Padres la reclusión de la celda es algo sagrado, y esta vida eremítica les impide dedicarse a las tareas materiales del monasterio que, forzosamente, exigen abandonar la celda. Por eso, los trabajos los asumen los Hermanos que, aunque participan de la misma vocación solitaria que los Padres, la realizan de distinta forma: en una soledad más mitigada. Dedicados durante seis horas y media cada día al trabajo manual fuera de sus celdas, colaboran a que los Padres no resten tiempo al estudio, a la oración y a la vida contemplativa que es su fin primordial y núcleo espiritual del eremitarío.

Siempre ha habido Hermanos en la Cartuja. Cuando san Bruno se retiró al desierto de Chartreuse, dos de sus acompañantes, Andrés y Guérin, no eran sacerdotes. Ellos fueron los primeros Hermanos de la Orden. En el siglo XIII era frecuente que ciertas personas piadosas quisieran pertenecer de alguna manera a la Orden y se ofrecieran voluntariamente a trabajar para la Cartuja, aunque no desearan abrazar plenamente la estricta vida de los monjes. Este hecho dio lugar a que fueran apareciendo varios grados de entrega a los que se vino a designar con diversos nombres: Conversos, Donados y Familiares. Durante siglos, el número de Hermanos se ha mantenido más o menos constante en una proporción de siete a ocho Hermanos por cada diez Padres.

Los Donados han llegado hasta nuestros días, aunque profundamente transformados. Los Capítulos Generales han procurado acercarlos cada vez más a las observancias de la Cartuja a fin de unificarlos como Conversos. En vez de realizar los votos religiosos de pobreza, castidad y obediencia, se comprometen públicamente a guardar dichos preceptos y vivir según los Estatutos de la Orden. Antiguamente, su hábito no llevaba trabas —tiras de tela que unen las dos partes de la cogulla—, signo de la profesión religiosa que ellos no hacían, pero hoy día, tal diferencia ha sido abolida porque lo usual es que todos los Hermanos aspiren a pronunciar sus votos de profesión.

Actualmente, los cartujos, aparte de la singularidad de su hábito, que se distingue no sólo por el diseño medieval que ha conservado, sino también por la aspereza de la tela con que está confeccionado, se diferencian de la mayoría de los religiosos de otras órdenes por haber mantenido la tonsura y afeitarse sus cabezas cada dos meses. Esto se conoce con el nombre de rasura. En el caso de los Padres, el afeitado no es total, pues debe conservarse el tradicional cerquillo, característico de los Cartujos desde la fundación de la Orden. Los Hermanos no lo llevan, y en ellos la rasura sí es total, pero no muy apurada. En otros tiempos, los Hermanos conservaban lenguas barbas que les conferían la tradicional imagen de eremita.

La rasura suele practicarse seis veces al año: en las vísperas de Pascua, Pentecostés, Asunción, Todos los Santos, Navidad y el Miércoles de Ceniza.

En estas fechas, el Hermano que normalmente desempeña el oficio de barbero se dirige a cada celda y, tras la salutación del Avemaría, ofrece sus servicios al monje. Apenas media entre ellos palabra alguna, sólo las mínimas necesarias, pues el silencio es celosamente guardado en todo momento cual si fuera un mandamiento divino. Esta observancia, bien cumplida, es altamente beneficiosa para los dos monjes, tanto para el

Padre que se somete a sus cuidados, como para el Hermano barbero, pues no hay nada mejor que el silencio para suscitar una buena disposición de ánimo, cada uno penetrado en sí mismo, libre del influjo de cualquier alteración externa. Cabe pensar que este espacio de tiempo no tiene por qué ser espiritualmente estéril, ya que cada uno estará interiormente absorto en sus propias oraciones o meditaciones, sin perder su contacto permanente con Dios. Porque el silencio que les envuelve les ayuda a mantener la deseada soledad como medio más apto para la íntima unión con Él.

Esta sencilla práctica de la rasura, un hecho tan carente de connotaciones místicas, nos invita, sin embargo, a descubrir cómo en la Cartuja cualquier acto tiende a conservar y favorecer la soledad y el silencio, pilares fundamentales de la espiritualidad cartujana.

Buena máxima también aplicable al hombre de mundo, cuya mente está domeñada por las excitaciones de los intereses y acaeceres cotidianos. «*Quien desea pensar bien* —dice Balmes, en su obra “El Criterio”— *es preciso que se acostumbre a estar mucho sobre sí, recordando continuamente esta importantísima verdad; es necesario que se habitúe a concentrarse, a preguntarse con mucha frecuencia: ¿Tienes el ánimo bastante tranquilo? ¿No estás agitado por alguna pasión que te presenta las cosas diferentes de lo que son en sí? ¿Estás poseído de algún afecto secreto que sin sacudir con violencia tu corazón lo domina suavemente, por medio de una fascinación que no adviertes?»* He aquí unos bellos pensamientos, sugeridos por esta escena, cuya consideración nos sería muy útil a los que vivimos inmersos en el mundanal ruido.

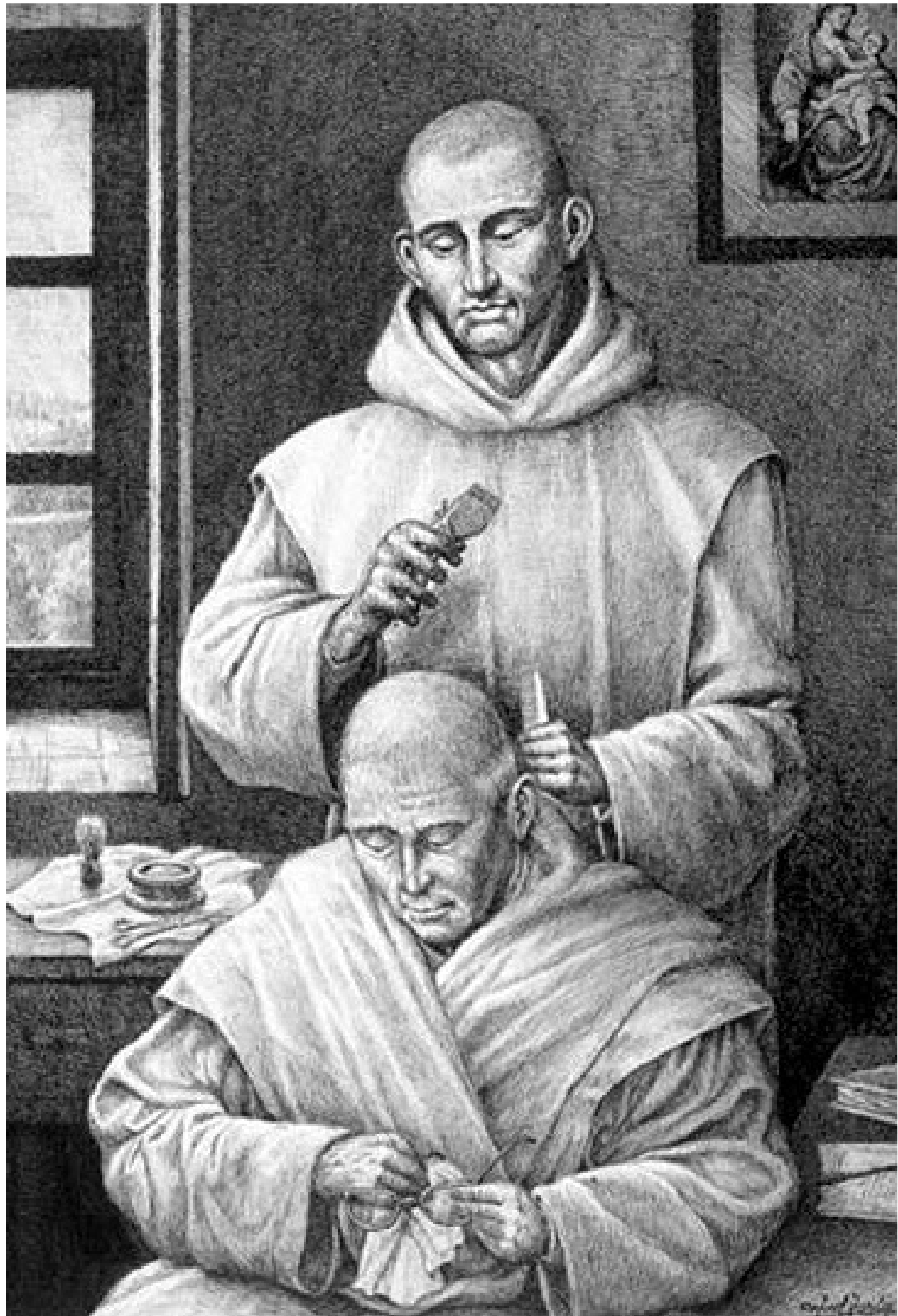
A veces, el solícito Hermano ayuda al monje, si es anciano, a situarse en el lugar más iluminado y, con el amable mutismo ya indicado, procede al afeitado. En la acogedora penumbra de la celda, las dos figuras se sitúan cerca de la ventana y bajo el haz de luz que por ella penetra, los cabellos cortados del anciano monje brillan como escarcha plateada sobre los ladrillos del suelo. El olor de libros viejos, de antiguos códices y manuscritos, impregna el aire de la habitación, sede de sabiduría y bondad, mezclado con el suave aroma de madera recién aceitada del oratorio situado en un rincón. Están los dos solos, mudos y recogidos pero unidos por el mismo espíritu de obediencia y paz interna. Hasta ellos no llega ningún rumor del resto del monasterio. Todo lo más, el revoloteo y el piar de alguna avecilla del cielo que, al posarse en el alféizar de la ventana, roza con sus alas los cristales. Una escena de paz sencilla y quieta que se hermosea con la conjunción de humana serenidad, respeto y caridad.

Con fervor idéntico al dedicado a esta tarea, los Hermanos ejecutan con loable devoción todos los oficios que jalonan su jornada diaria. El reparto del trabajo lo hace el Padre Procurador de acuerdo con las habilidades naturales de cada uno, y considerando la experiencia que trajera al entrar en el Monasterio, o la adquirida dentro de él.

A veces puede ocurrir que un hermano sea experto en más de un oficio y ejerza, por ejemplo, al mismo tiempo, de cocinero y albañil. Siguiendo este criterio, el rasurado de los monjes es una de esas tareas especiales, normalmente asignada a uno de los Hermanos que posee la adecuada habilidad para ejercerla.

*Enséñame la bondad, la disciplina y la ciencia, ya que soy fiel a tus mandatos.*

*Salmo 118,5*



## 15. El reparto de la comida

Poco antes de las once y media de la mañana, el Hermano despensero comienza a repartir el almuerzo de los Padres cartujos que, fieles a su reclusión eremítica, no salen de sus celdas para comer, excepto los domingos y celebraciones especiales. Los Hermanos —Conversos y Donados—, también comen en sus respectivas celdas, pero dado que por su actividad laboral no están sujetos a tan estricto aislamiento, acuden personalmente a la cocina para recoger su condumio. El Hermano despensero, pues, almorzará después de distribuir la comida de los Padres.

Respetando el gran silencio que reina en esta zona eremítica, el Hermano despensero cumple esta tarea con la misma satisfacción y celo que pone en todas las demás. En su mirada recatada brilla esa clara placidez de aguas tranquilas, de paz iluminada por el fervor de Dios, y que patentiza su gozo de ser útil a los demás. Con prudente recogimiento recorre el claustro grande conduciendo una especie de carrito en el cual transporta las viandas y bebidas para los Padres. Apenas produce un mínimo rumor al empujar el pequeño vehículo por el vetusto enladrillado y al detenerse ante cada portada. Las puertas de las celdas están alineadas a lo largo del claustro, designadas con una letra del alfabeto, de la A a la Z. grabada en un azulejo situado sobre el dintel. Es la única vía de acceso por la que el padre cartujo entra y sale, pues no existe ningún portillo ni comunicación interior con las otras celdas, ni hacia el exterior a través de las tapias que cierran el jardín.

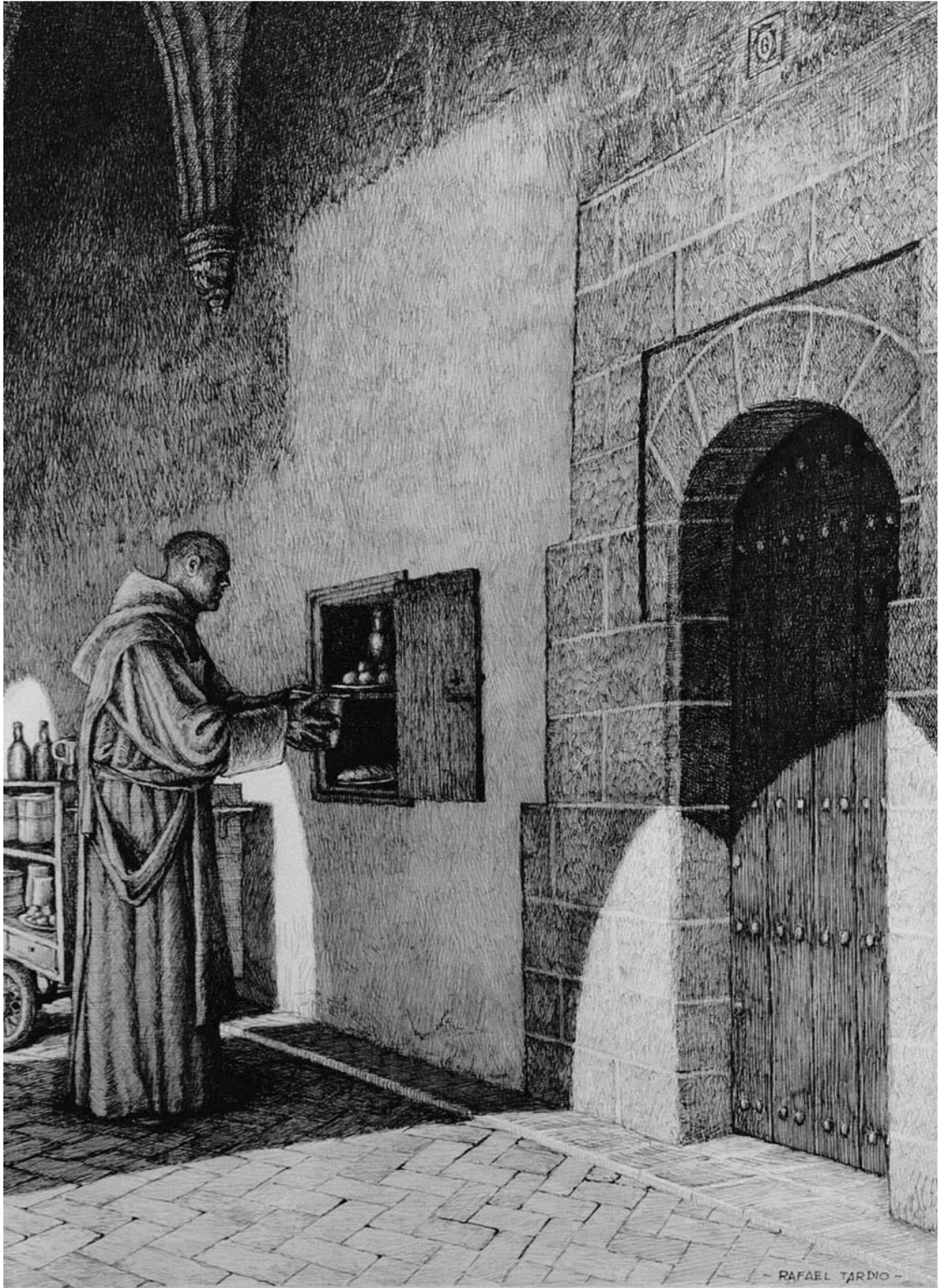
De ésta única puerta cuelga un llamador de madera unido al extremo de una cuerda, de forma que al tirar de él, hace sonar una campanilla colgada en el techo de la habitación superior. Frente a ella, el Hermano despensero repasa las escasas anotaciones recibidas sobre las dietas especiales de algún enfermo, aunque sea una medida innecesaria, pues de sobra conoce la identidad y la salud del monje que habita la celda identificada por esa letra. Introduce la comida por un ventanillo abierto en la pared junto a la puerta, y, seguidamente, da un leve tirón del llamador para indicar que ya ha depositado los alimentos y pueden ser retirados desde el interior.

La alimentación del cartujo es abundante, aunque sobria. La comida fuerte del día la realiza el monje a solas en su celda, a las once y media de la mañana, después de guardar ayuno desde las cinco de la tarde del día anterior, pues no hay desayuno. Entre las cuatro y media y las cinco, toma la cena, si no es día de ayuno. o una pequeña colación, cuando éste es preceptivo, lo cual es frecuente, pues hay que guardar todos los ayunos de la Iglesia, más los de la Orden, establecidos por la Regla desde hace siglos. No obstante, a pesar de tan frugal alimentación, la salud de los Cartujos es excelente y suelen disfrutar de una longevidad envidiable.

*¡Cuán dulce son tus palabras en mi paladar!*

*Más que la miel en mi boca.*

*Salmo 118*



## 16. La Comida del Cartujo

A las once y media, el padre cartujo, que está en ayunas desde las diecisiete horas del día anterior, después de rezar la Hora Sexta y el Ángelus, come solitariamente en su celda, excepto los domingos y festivos que lo hace en el Refectorio. La comida diaria a solas en la celda constituye por sí misma, una de las escenas más expresivas, tal vez la más idónea, para reflejar la profunda soledad y aislamiento del eremita.

La puerta de la celda de un Padre cartujo da acceso inmediato a la amplia sala llamada el Avemaría, después de un breve zaguán limitado a un lado por la pared que soporta la estrecha escalera que lleva a la segunda planta, y al otro, por la que reserva el diminuto espacio dedicado a refectorio privado. Este austero habitáculo tiene un mobiliario tan mínimo que, excepto a la hora del frugal yantar, nada permite adivinar que se trata del comedor. Salvo los dos rectángulos de oscura madera que hay en las paredes, no hay más que una pobre y tosca banqueta de muy rudimentaria confección.

En el rincón cercano al tabique del zaguán, en el muro que lo separa del claustro, se encuentra un ventanillo de doble puerta, una de las cuales abre el Hermano dispensero desde fuera y deposita las viandas con la comida. Al oír su llamada, el Padre morador de la celda, con su habitual calma, acude al refectorio y se dispone a retirar los alimentos que constituirán su refección.

De un pequeño armario-mesa abierto en la pared colindante, despliega una tapa que soportada por un vástago forma la mesa comedor. Luego extrae del armario los útiles necesarios allí guardados y dispone sobre la improvisada mesa una servilleta y los cubiertos. Seguidamente, pasa a esta mesa las viandas recibidas y reza una breve oración antes de sentarse. Y así, en su habitual silencio, come sólo y despacio, de cara a la pared, leyendo, quizá, la vida de uno de los padres del desierto, u otra lectura piadosa. Termina alrededor de las doce y media.

La alimentación del cartujo —reducida al almuerzo y una ligera cena, ya que nunca desayuna— es nutritiva, natural y generosa, a base de legumbres, pescado o huevo y postre, cocinados con absoluta sencillez. Nunca comen carne, ni siquiera cuando están enfermos y la prescripción médica lo recomiende. Y, puesto que sus despensas carecen de todo producto cárnico, tampoco se sirve a nadie que visite las Casas de la Orden.

Fue el Capítulo General de 1254 el que convirtió esta costumbre en ley. Este solemne documento supone que la abstinencia perpetua de carnes es una marca distintiva de la Orden, pues señala nada menos que la pena de expulsión de la Orden a todo posible transgresor. Desde entonces, durante siglos se ha mantenido la abstinencia perpetua de carnes con un rigor que hoy parece exagerado. Los Estatutos actuales se limitan a recordar la obligación, sin señalar penas.

En cambio, el cartujo sí debe tomar una cantidad diaria establecida de vino, que ingiere con agua, y esto, claro está, que por las propiedades de higiene alimenticia — calorías, hierro— o de digestibilidad —contenido en tanino— que acompañan a la bebida moderada de tinto.

También se prescinde de otros alimentos o bebidas meramente placenteros, de tal manera que tan sólo a los huéspedes se sirve café y licores; curiosamente, los creadores y fabricantes del exquisito Chartreuse sólo lo prueban una o dos veces al año de modo excepcional, en algún acontecimiento. Por último, huelga decir que el tabaco está prohibido por razones de abnegación y pobreza, según los Estatutos. Y, efectivamente, con frecuencia la severa austeridad de vida es tal que se confunde con la pobreza evangélica.

La cena es ligera, consistente en dos huevos o su equivalente en pescado y alguna fruta, así como un poco de vino. Durante la comida y la cena son las dos únicas veces que los cartujos toman vino, pero siempre aguado. Nunca beben vino puro. Y el pan, aunque sea de trigo, es una torta de pan moreno, pues no hacen pan blanco.

Pero, a esta dieta cotidiana hay que añadir los ayunos que prescribe la Iglesia y los de la propia Orden. Los ayunos comienzan el 14 de septiembre, fiesta de la Exaltación de la Cruz, y duran hasta Pascua, es decir, unos siete meses. Durante este largo período, el ayuno consiste en hacer una sola comida al mediodía, excepto en las solemnidades. Cuando comen en el Refectorio, a las hortalizas o legumbres de costumbre se les añade queso o alguna pítanza semejante, y en la cena, fruta o ensalada, si las hubiere. Los demás días, por la tarde se toma pan y un vaso de vino.

La colación de los Hermanos es aliviada un tanto, ya que, por su actividad laboral, en vez de pan y vino toman un plato de sopa. Esto mitiga un poco sus ayunos, pero en Adviento y Cuaresma no toman huevos ni queso y se contentan con pan y vino, como los Padres. En la práctica, sin embargo, son pocos los Hermanos que hacen uso de esta facultad mitigadora y la mayoría prefiere sacrificarse y pasar el día a pan y agua.

Además, todas las semanas se hace un día de abstinencia, en el que sólo se toman pan y agua. Generalmente se suele hacer los viernes en memoria de la Pasión: pero si en la semana ocurre alguna fiesta religiosa, la abstinencia a pan y agua se hace la víspera de dicha fiesta.

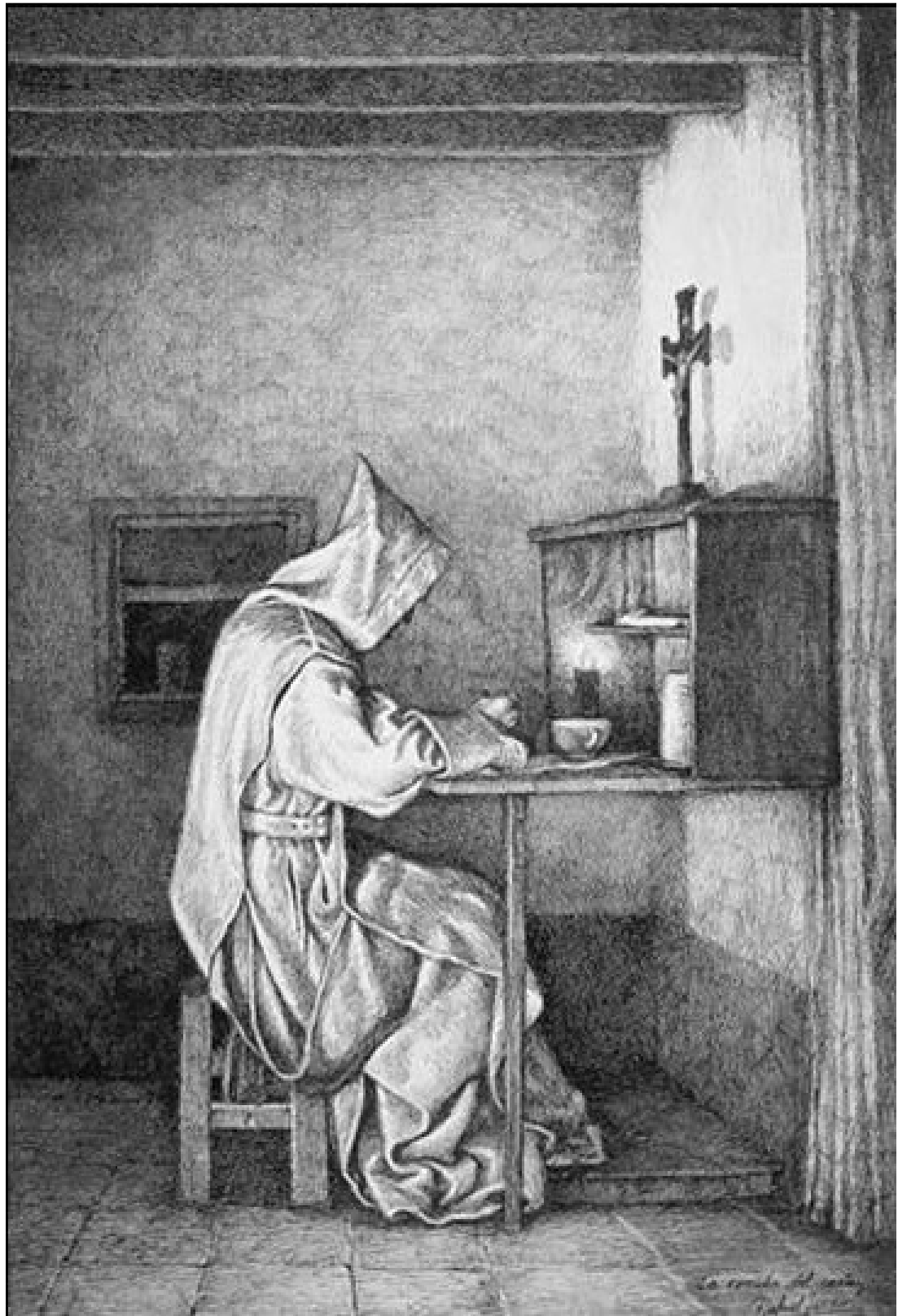
Lo curioso es que esta última penitencia, lejos de aplanar, entristecer o enervar el cuerpo, lo que hace es darle una especial disposición para el ejercicio mental y una ligereza y flexibilidad intelectual que le permite ejercer mejor las facultades superiores. Se ha dado el caso de que algunos postulantes, estando probando la vida cartujana en la hospedería, tras uno de estos días de abstinencia, han querido prolongarla una jornada más, cosa que hubiera hecho si el Prior no se lo hubiera prohibido, por aquello del *ne quied nimis* que decían los latinos o el “*no hay que pasarse*”, que decimos ahora.

No obstante, esta severidad se ve algo aliviada fuera de la Cartuja. Para no llamar la atención y sobre todo para no causar molestias, los enfermos que deban ser hospitalizados, o los que tengan que salir de la Cartuja por algún motivo muy extraordinario, no están obligados a la ley. «*Estando de viaje no se puede quebrar esta ley, sino cuando resulte violento rechazar dicha comida por caridad con quienes nos hospedan*», dicen los Estatutos.

*Para vivir, como para nadar, cuanto más ligero de peso, mejor.*

*Apuleyo, De Magia 21*





## 17. Entrada en el Refectorio

**S**ituada en uno de los laterales del Claustillo, o Claustro Chico, perpendicular a la nave de la iglesia, se encuentra la hermosa portada del Refectorio, adornada con elementos del más refinado estilo plateresco, y formada por dos pilastras con candelabros y friso de roleos. El basamento, las enjutas y el intradós del arco, están decorados con medallones y rostros humanos y querubines. El interior del Refectorio es, en cambio, de estilo gótico. Se comenzó en 1535 y se terminó en el tiempo récord de dos años. Es una de las piezas no sólo mejor conservadas del monasterio sino de las más bellas. Está considerado entre los mejores refectorios conocidos.

Los domingos y determinadas festividades de solemnidad y días de sepultura, los monjes comen juntos en el Refectorio, al que acuden después del canto de Sexta en la iglesia. Caminan más despacio de lo acostumbrado, en ordenada fila, a lo largo del muro del claustro, con su usual recogimiento, sin mostrar jamás interés ni avidez por los alimentos que van a tomar, los cuales consideran solamente como una obligada necesidad para subsistir. Previamente los Hermanos han dispuesto las mesas con lo necesario.

Poco antes de penetrar en la oscuridad del interior, las arcadas del claustro permiten que unos haces de sol calienten las túnicas y resplandezcan con el reflejo de su blancura los hermosos relieves de la portada. Uno a uno van entrando sin apenas rozar la puerta entornada, y el murmullo de sus pasos se extingue. El claustro vuelve a recuperar la quietud acostumbrada. Pocos minutos después, se oirá desde él el eco de la voz del lector, mitigada por los espesos muros.

En la penumbra de la galería de enfrente, se halla la puerta del Capítulo de los Monjes, y las de las capillas donde se celebran las misas rezadas de los Padres, a la sombra de los pilares y arcos góticos, rematados de gárgolas y cresterías que todavía atestiguan su antiguo esplendor.

*Pero ya me socorre Dios;  
el Señor es el amparo de mi vida.*

*Salmo 53*



## 18. La comida en el Refectorio

**H**agamos una supuesta incursión por el interior del Refectorio, antes de que la Comunidad penetre en él, y así podremos describirlo sin perturbar el usual silencio de los monjes.

El Refectorio ocupa todo el lado occidental del Claustro y se construyó en el tiempo record de dos años (1535-1537). Es una de las piezas no sólo mejor conservadas del Monasterio sino una de las más bellas. Se trata de una amplia estancia rectangular de traza gótica, de altos muros de sillería de gran sobriedad, cubierta por cuatro tramos de bóvedas de terceletes con numerosas nervaduras estrelladas, combadas y decoradas con florones al estilo de los de la iglesia. Los nervios principales se apean en ménsulas situadas sobre la misma línea de imposta bajo la que corre un friso de ritmo con molduras onduladas. El espacio total del Refectorio es grandioso pues mide 30 metros de largo por 7,5 de ancho, pero aparece compartimentado en dos sectores por un murete en el que se abre la puerta de comunicación entre la antigua zona reservada a los Padres o sacerdotes, y la utilizada por los Hermanos no-sacerdotes. En la actualidad, este último ya no se usa, pues toda la comunidad se acomoda en el refectorio de los Padres, donde, por su holgada dimensión y la tendencia de integración de todos los monjes, hay espacio para ellos. El murete, aunque ya no cumple su antigua finalidad segregatoria, no se ha derruido y aún se puede admirar su estructura secular de piedra de sillería acorde a la de los muros, coronada por una bella crestería gótica semejante a la del Claustro. Tampoco se han eliminado los bancos de piedra adosados a las paredes que antaño ocupaban los Hermanos, ni las largas mesas de madera ya en desuso.

Preside el refectorio el Crucificado de José de Arce, flamenco que castellanizó su apellido de “Aert” al establecerse en Sevilla, donde introdujo el nuevo arte barroco europeo. El Cristo está situado a gran altura en el centro del muro de cabecera, y a lo largo de los muros laterales se distribuyen las figuras del Apostolado realizadas por el mismo artista y que, juntos con el Cristo, antiguamente figuraron en el desaparecido retablo mayor de la iglesia. Los apóstoles se sustentan sobre repisas de madera en forma de ménsulas, ubicadas a media altura del paramento. Una de estas figuras lleva la fecha de 1639. También a ese nivel, y adosado al muro oriental, se encuentra el púlpito desde el que un lector anima con lecturas sacras el silencio de los religiosos durante las comidas. Es una obra de piedra de Martelilla, de estilo renacentista español con diseño de sección poligonal, en cuyas caras se abren hornacinas aveneradas que hoy acogen estatuillas de Juan Bottaro. Con su soporte, decorado con relieves variados del repertorio plateresco, el púlpito contribuye a realzar bellamente el conjunto del recinto considerado entre los mejores refectorios conocidos.

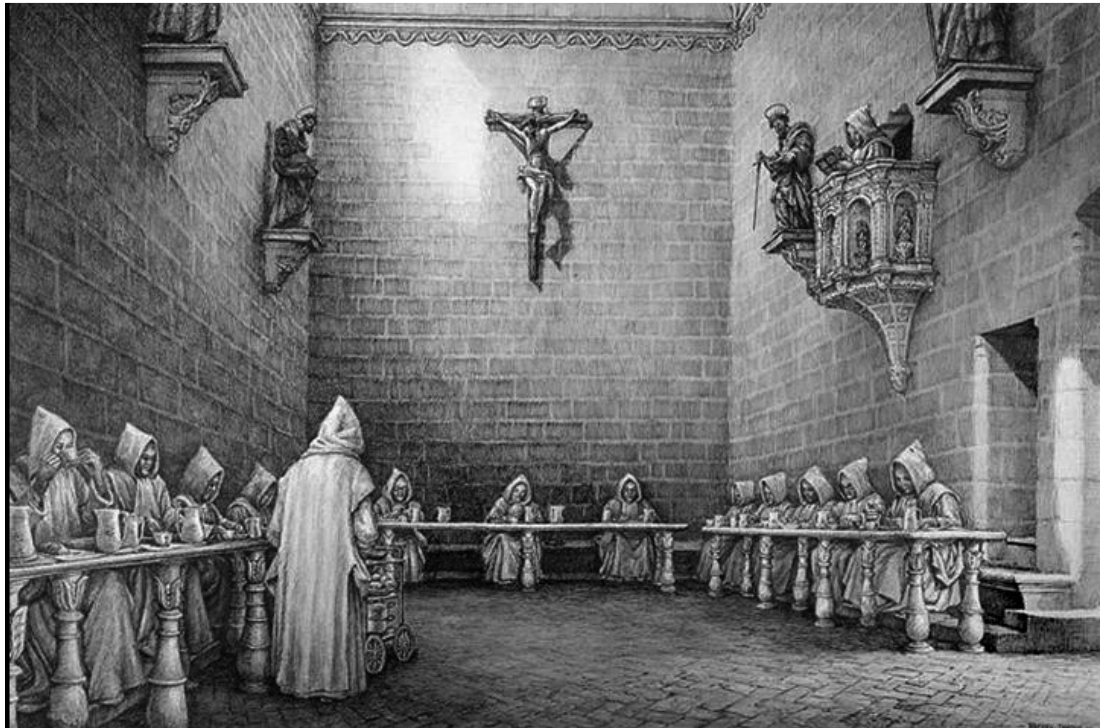
La única iluminación diurna que posee penetra por los ventanales situados a gran altura. El más próximo al muro de cabecera proyecta una luz mágica sobre el Crucificado cual queriendo resaltar la presencia de Cristo, y formando un sugestivo efecto de brillos y sombras. Todos los demás vanos que, como los del templo, se abren a partir de la línea de imposta, y que por su tamaño, algo reducido para tan amplio recinto, sólo aportan una luz tímida y difusa, contribuyen a que incluso en el comedor, el ambiente invite al recogimiento y la meditación, sin alterar la usual penumbra conventual. A lo largo de los muros corren largos bancos adosados ante los que

disponen las mesas estrechas y alargadas, cuyos tableros se apoyan sobre balaustres tallados y fijados al pavimento, dejando libre gran espacio en el centro. La mesa del fondo está reservada al Prior, el Procurador y el Vicario. Las laterales las ocupan los monjes por orden de antigüedad, primero los Padres y a continuación los Hermanos. Cada monje tiene delante de sí los cubiertos, la servilleta, una jarra para el agua, otra para el vino y un tazón que hace las veces de vaso. Todas las piezas de esta sencilla vajilla de cerámica blanca lleva, pintado en azul, la enseña de la Cartuja. Entre ella, en sus respectivos platos, resalta las notas de color de las frutas del postre, y los panes. Todo ha sido dispuesto de antemano por el Hermano cocinero, un rato antes de la llegada de la Comunidad.

El silencio en el Refectorio vacío es tan absoluto que invita a dialogar con el Cristo que, rodeado de los apóstoles, destaca bajo el haz de luz como la más atrayente representación humana y divina del recinto. Al poco rato, un rumor de pasos y rezos procedente del claustro, nos advierte la proximidad de la Comunidad que viene de la iglesia. Precedidos por el Prior, entran los monjes formando una sola línea hasta llegar al centro del refectorio donde, haciendo una reverente inclinación ante la cruz, se abren en dos para situarse a ambos lados, ante las mesas. Allí permanecen de pie guardando silencio y con su acostumbrado ademán de edificante recogimiento exterior.

El Prior aguarda a que todos hayan entrado y completado la escena y, seguidamente, el Padre que ha celebrado la Misa conventual inicia las oraciones del Benedicite, la bendición de la mesa. Después del rezo, los monjes pasan a ocupar el lugar que les corresponde en las mesas, siempre los mismos, de acuerdo con el orden establecido, y permanecen de nuevo inmóviles hasta que el Prior, golpeando dos veces la tabla de la mesa con los nudillos, da la señal para comenzar la comida y todos desdoblán las servilletas y sitúan los cubiertos. Ningún movimiento, como el sentarse, el cubrirse con la capucha, el desplegar la servilleta, el tomar la cuchara o el plato, se ejecuta sin la correspondiente señal del Prior. Este leve sonido es el prescrito por el Estatuto cartujano que, minucioso en extremo, tiene previsto todos los detalles para evitar que los monjes pierdan el recogimiento por mirar a quien preside la mesa.

Durante la comida, todos los monjes permanecen cubiertos con la capucha y guardan riguroso silencio, porque ni durante este acto se dispensa del recogimiento, al igual que se exige en todos los demás actos comunitarios. Mientras tanto, desde el púlpito, un monje lee la Biblia u otra lectura espiritual. De esta forma, como dicen los Estatutos, mientras se sirve el alimento corporal, sus espíritus se nutren de la lectura divina. En el acostumbrado silencio de los comensales, sólo perturbado por el leve rumor de los cubiertos, la voz que desciende desde el púlpito, es perfectamente audible. Y así transcurre el yantar, envuelto en la modestia y la guarda de la vista que los cartujos practican en todo momento, haciendo válida para todos ellos la frase que escribiera el biógrafo de San Hugo de Lincoln al indicar cómo se comportaba éste en el refectorio: *«tenía los ojos recogidos sobre la mesa, las manos en los cubiertos, los oídos en la lectura y el corazón todo en Dios...»*. Cuando el Prior advierte que todos los comensales han terminado, golpea con los nudillos sobre la mesa e indica el final de la comida. El lector detiene la lectura y pronuncia el *Tu autem, Domine...* Los monjes contestan *Deo Gratias*, se ponen de pie, abandonan las mesas y vuelven a colocarse como al principio formando dos filas ante ellas. Tras la acción de gracias, giran en silencio e inician la salida. En esta ocasión, el primero en salir es el Padre Sacristán, pues ha de abrir la iglesia, y el último, el Prior.



## 19. El Capítulo

La primera impresión que se percibe al entrar en la Sala Capitular es la de un templo de gran hermosura. Es como una gran capilla de estilo gótico, cubierta por dos amplias bóvedas ojivales de terceletes, con un altar al fondo, que es lo que le confiere el aspecto de Iglesia. Se terminó allá por el año 1482, y hasta 1550 sirvió como iglesia conventual, mientras ésta estaba en construcción. Igualmente, al volver los cartujos en el año 1948, se utilizó como iglesia por segunda vez hasta que en 1968 el templo principal se terminó de restaurar.

El retablo dorado que preside la Sala Capitular es el único que se ha conservado de los que poseía el monasterio antes de la desamortización. Originariamente estuvo colocado en la Sacristía, según se sabe por los inventarios del siglo XIX, pero al producirse la excomunión fue llevado a la iglesia del pueblo de San José del Valle, por dos conocidos ganaderos de la zona: los hermanos Vicente y Rafael Romero. La piadosa intervención de estos hombres evitó que fuera destruido durante el nefasto período que entonces acaeció. Cuando los cartujos regresaron al Monasterio, el retablo volvió también a la Cartuja gracias a la testamentaria de una señora jerezana.

Entre las imágenes cobijadas en las hornacinas, merece especial mención la que preside el retablo, el excelente conjunto de Nuestra Señora de las Angustias, talla de tal hermosura que muchos atribuían a Alonso Cano, a Arce e incluso a la Roldana, pero que posteriormente se comprobó haber sido tallada en 1793 por el valenciano José Esteve Bonet, escultor del rey Carlos IV, y que poco después realizó la imagen de la Defensión, que se venera en el altar mayor de la iglesia, y el Cristo también llamado con la misma advocación, que se venera en la iglesia de los Capuchinos de Jerez. En este inspirado conjunto escultórico resalta la actitud dolorosa y rendida de la Madre a la voluntad de Dios, y el rostro de su Hijo muerto, pero que parece dormido —el mismo rostro del Cristo de la Defensión antes mencionado—, ambos rodeados de doloridos angelitos que, lejos de ser un simple adorno, contribuyen a reforzar el drama sin lastimar el cuerpo maltratado del Señor. Esta singular imagen estuvo depositada en la catedral de Cádiz hasta el año 1968 en que volvió a entronizarse en la hornacina principal de este retablo.

Las tres imágenes del segundo cuerpo son las primitivas y representan a Jesús crucificado, san Francisco y san Bruno. Las otras dos imágenes primitivas que estaban a ambos lados de Nuestra Señora de las Angustias, se han perdido y han sido reemplazadas por el san José, del siglo XVIII, y el san Fernando, realizado a principios del siglo XX por el artista granadino José Navas Parejo.

El frontal del altar, también recuperado, fue regalado, hacia 1677, por un genovés afincado en Cádiz. Es un trabajo típico de su país de origen, con un escudo de la orden franciscana bajo capelo episcopal, libremente dibujado. Del mismo año son las yeserías barrocas, muy elaboradas que, como todas las demás de aquella época, se atribuyen al Hermano Pedro del Piñar.

De las paredes cuelgan hermosos cuadros del Apostolado, originalmente donados por el Papa Benedicto XIV, en 1750, al Arzobispo de Santiago de Compostela al concluir el obradoiro de la catedral y luego cedidos a esta Casa por una descendiente

del Arzobispo, «para que estuviese en un Monasterio de varones y fuese honrado como debía». Los otros dos cuadros son, el san Juan Bautista, copia de Castillo realizada por don Juan Bottaro Palmer, devoto artista que falleció en esta Cartuja, y el de Santa Rosa de Lima, copia antigua de Murillo. Adosados a los muros, son de admirar los largos bancos con altos espaldares de hermosos azulejos policromos, del siglo XVII.

Con esta breve reseña quedan descritos los valores arquitectónicos y artísticos de esta sin igual Sala Capitular, escenario de uno de los actos más significativos de la Orden cartujana. Porque aquí es donde los domingos y vigiliass de ciertas solemnidades —a continuación de la Hora de Nona que se canta en la iglesia—, los monjes se reúnen en Capítulo y escuchan el sermón del Prior, la lectura del Evangelio o de los Estatutos. Un acto que, no siendo parte del ritual religioso de adoración a Dios, cumple un papel importantísimo en el logro de ese fin y asegura el comportamiento de los cartujos y el acatamiento de la Regla.

El Estatuto determina la función del Capítulo en estos términos:

*«El Capítulo es un lugar importante de la casa: en él fuimos un día recibidos como los más humildes servidores de todos; en él reconocemos ante nuestros hermanos las faltas cometidas, oímos la lectura sagrada y deliberamos sobre cuestiones relativas al bien común».*

*«En la vigilia de ciertas solemnidades nos reunimos todos en el Capítulo para escuchar el sermón del Prior. Después de Nona, los domingos y solemnidades, los Padres y, si el Prior lo juzga oportuno, los Hermanos, van al capítulo para escuchar la lectura del Evangelio o de los Estatutos. Cada dos semanas, o más frecuentemente según las costumbres de la Casas, los Padres reconocen allí públicamente sus faltas... A juicio del Prior, los monjes se reúnen en el Capítulo siempre que haya que deliberar sobre un asunto, o que el Prior pida el parecer de la Comunidad.»*

La Sala Capitular es, pues, lugar decisivo en la Cartuja, donde se reúnen los monjes para solucionar las cuestiones más importantes de la Comunidad —bien sean de índole espiritual como material—, según está prescrito en los Estatutos. Tras una plegaria, se lee un capítulo de la Regla —hecho del cual proviene el nombre de sala capitular—, cuyo texto se repite en voz alta a fin de que ninguno de los religiosos pueda caer en falta y excusarse alegando ignorancia. Después, los Padres que lo deseen reconocen sus faltas públicamente y, de haber faltado al silencio o cometido algún error, se le impone una penitencia pública. Mediante este acto se lleva a cabo la correspondiente sesión reparadora y se le otorga el perdón y consejo.

Por su parte, el Prior, cuando predica a los monjes en el Capítulo, o cuando alguien deba hacerlo en su nombre, se dirige a ellos con estilo llano y siempre por medio de un texto leído. De este modo se huye de los lujos retóricos o de los lucimientos declaratorios. También en estas sesiones se suelen tratar los asuntos de interés económico del Monasterio, o aquellos sobre los cuales haya que deliberar y el Prior desee recabar el parecer y consejo de la Comunidad.





## 20. La recreación

El silencio en la Cartuja no es una ley draconiana, tétrica y fantasmal que muchos han imaginado. Es la consecuencia natural de la vida de recogimiento y oración que allí se lleva. El cartujo, pues, no tiene prohibido hablar, sino que tiende a guardar silencio, y si se priva de hablar es por una razón positiva, no por una prescripción negativa. Se trata de buscar el silencio perfecto que favorece el crecimiento espiritual y que deja oír otro tipo de voces. Además, el hablar supone un salir de sí mismo, no siempre en los debidos términos, por lo que es mejor ser siempre comedido en las palabras. El monje sabe más escuchar que hablar, y vacío de las cosas Insípidas de la tierra, da lugar a que las realidades del espíritu puedan entrar, y así, pleno de abundancia, unirse con Dios. La clausura, el hábito, el silencio, el ayuno, la abstinencia, las vigiliias, la castidad, la pobreza y la obediencia llevan al aislamiento y al olvido de todas las cosas exteriores, de forma que no quede lugar más que para Dios.

Sin embargo, aparte de las ocasiones en que se hace oración, cantada o recitada, y de los intercambios de palabras que puedan ser necesarios para llevar a cabo sus tareas, los cartujos rompen el silencio algo más a menudo de lo que podría pensarse.

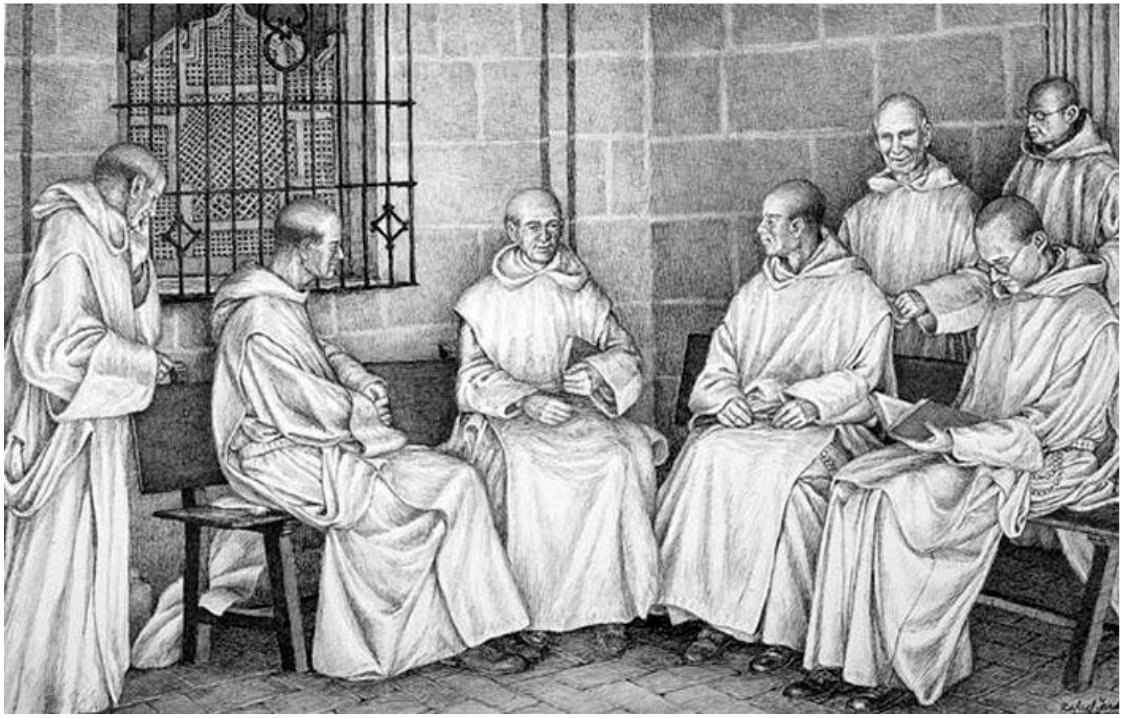
Los domingos y fiestas de Capítulo, después de la comida y de un sermón o de alguna lectura de los Estatutos en el Capítulo, los monjes se reúnen, para lo que se llama recreación. Sabia y prudente medida del Estatuto cartujano, profundo conocedor del alma humana y de los peligros que la soledad y la incomunicación absolutas pueden acarrear, incluso a estos hombres llamados a vivir en las excelsas cumbres de la vida contemplativa.

Estas recreaciones duran entre una hora y hora y media, y en ellas los monjes charlan de muchos temas e intercambian recuerdos de lo ocurrido, tanto durante la semana como de hace años. Entonces los monjes hablan libremente entre ellos de los asuntos que les agrada o interese, de forma distendida y alegre, aunque también el Prior suele aprovechar estas ocasiones para informarles sobre los temas que no conviene ignorar, en especial sobre la vida de la Iglesia y sus necesidades.

En la Cartuja de Jerez, el lugar destinado a esta finalidad suele ser el patio prioral, un pequeño jardín con jazmines en sus muros, situado entre el Claustro Chico y el de los Hermanos. El pórtico y las arcadas de la celda prioral, así como el claustro de Legos, poseen una decoración mucho más sobria que el resto de las dependencias. Los arcos son de medio punto, apoyados en columnas de mármol con sencillos capiteles y en los entablamentos no hay más que metopas rectangulares lisas y triglifos; las bóvedas tienen formas de arista, sin ninguna decoración.

*Bienaventurado el hombre que no sigue el consejo de los impíos...,  
sino que tiene su afecto puesto en la ley de Dios y la medita día y noche.*

*Salmo 1*



## 21. Un monje anciano

Los cartujos se abstienen totalmente de carne y, una vez a la semana, generalmente los viernes, toman sólo pan y agua. Desde el 14 de septiembre, Exaltación de la Cruz, hasta Pascua tienen el gran ayuno monástico: una comida diaria, más un panecillo con alguna bebida para la cena. En Adviento y Cuaresma se suprimen los alimentos lácteos.

Una vez, el papa Urbano V (1362-1370) quiso modificar la norma cartujana de abstinencia perpetua de carne, pero los cartujos, presintiendo que su antigua disciplina podía ser debilitada, enviaron una representación, a pie, para que protestase ante el papa. Pero ¡qué comisión! La representación consistía en 27 monjes cuyas edades oscilaban entre los 88 y los 95 años, cuando la esperanza de vida de la época era bastante menor. El Papa abandonó rápidamente la idea.

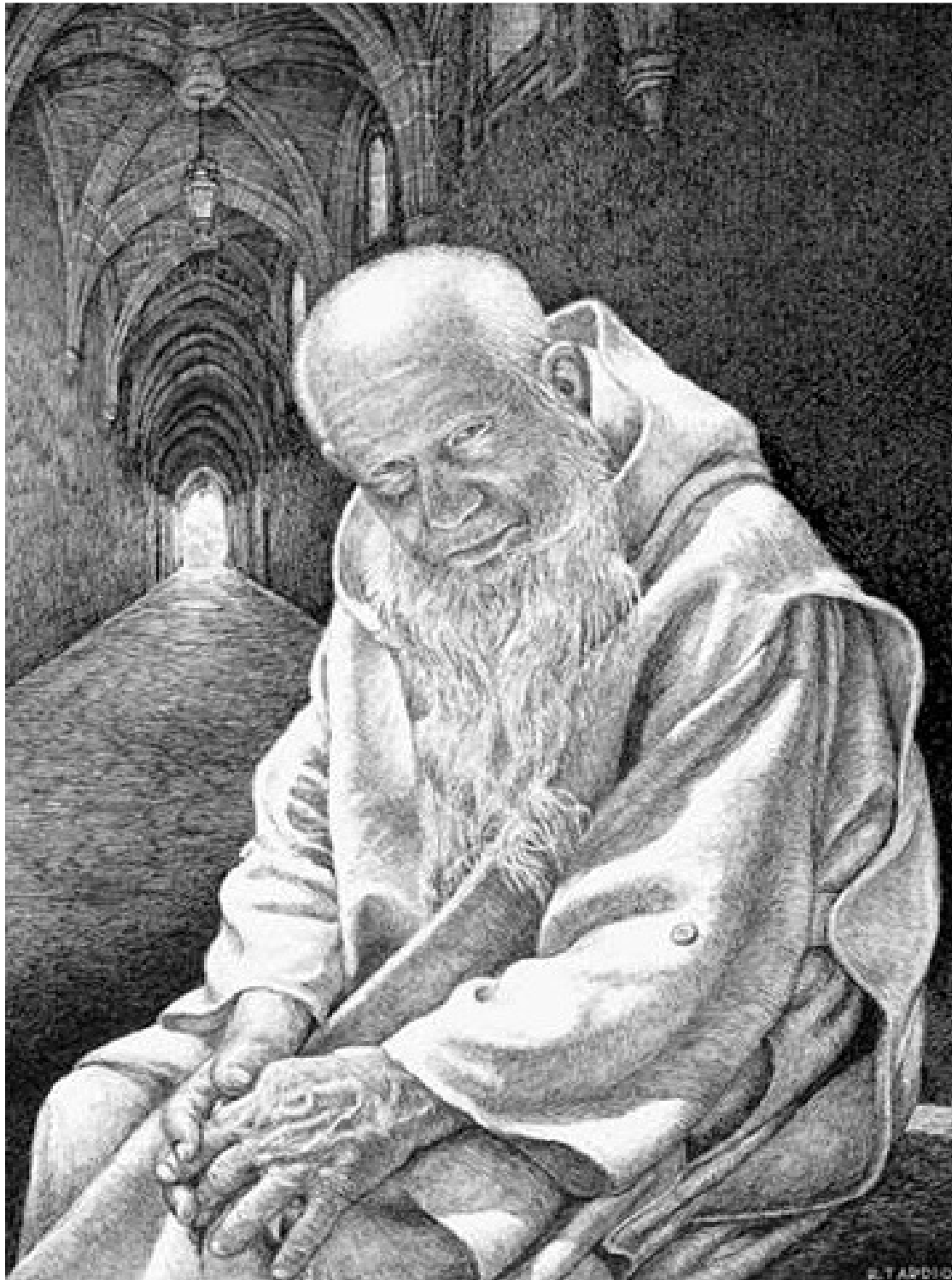
En cierta ocasión, cuando el Maestro de Novicios exponía a un postulante la sobriedad de las comidas y los muchos ayunos que habría de cumplir, ante el pasmo del novato, sonrió y dijo para tranquilizarle: «*No se alarme, que no se morirá de hambre; aquí sólo morimos de viejos. ¡Y muy viejos! Tenemos merecida fama de longevos*». Y, efectivamente, el joven monje perseveró y llegó a ser un venerable anciano, de cuerpo sano y mucho más saludable espíritu.

Y es que, en realidad, esta vida austera no se encamina a destruir la naturaleza, lo cual sería irracional, sino a templar el espíritu, privando al cuerpo de todo lo superfluo y sometiéndolo a lo estrictamente indispensable, para poder así sumirse en la pura contemplación de Dios. Ciertamente, el modo de vida de los Cartujos es bastante equilibrado, aunque a los ojos de otros parezca extravagante. No es, pues, de extrañar que en el complicado mundo actual muchos elijan la paz de los monasterios para curar el estrés. Flaco argumento, si se compara con la profunda vocación de los verdaderos religiosos.

Esta imagen, inspirada en la de un monje real, sirve muy bien para ilustrar cómo la frugalidad alimenticia de los cartujos, con una dieta que los demás mortales consideran nociva y exagerada, es altamente beneficiosa para estos religiosos. A tal frugalidad, junto con otras mortificaciones, como la interrupción del sueño a medianoche, la soledad, el silencio, el rigor de las disciplinas y otras penitencias, se atribuye, en gran parte, la buena salud que en la Cartuja suele disfrutarse y la longevidad extraordinaria de los monjes, que llama tanto la atención.

*Y tu misericordia me acompaña todos los días de mi vida,  
para que habite en la casa del Señor durante largo tiempo.*

*Salmo 22*



## 22. El paseo semanal

**U**n día a la semana, el lunes generalmente, los monjes salen fuera de la Cartuja para dar un largo paseo de varios kilómetros por los campos cercanos al monasterio. Y, por supuesto, desde que abandonan el Monasterio hasta que regresan a él, aproximadamente unas cuatro horas, los cartujos hablan entre sí.

Este paseo supone un considerable y beneficioso desahogo para esta vida sedentaria y silenciosa, tanto en el aspecto físico como en el psíquico. Constituye una especie de pausa, un respiro de su permanente aislamiento, una fugaz vuelta por el mundo exterior para disfrutar ampliamente de la Naturaleza, apreciar el ruido exterior y, enseguida, añorar la soledad monacal abandonada temporalmente. No se trata de ninguna fuga ni licencia impropia de monjes. Porque, como bien dijo San Jerónimo, «Dios no se manifiesta en medio del tumulto de la vida ni en los placeres del mundo, sino en la inspiración de la naturaleza y de la gracia, ligero como la respiración de aire fresco en una vocecita queda».

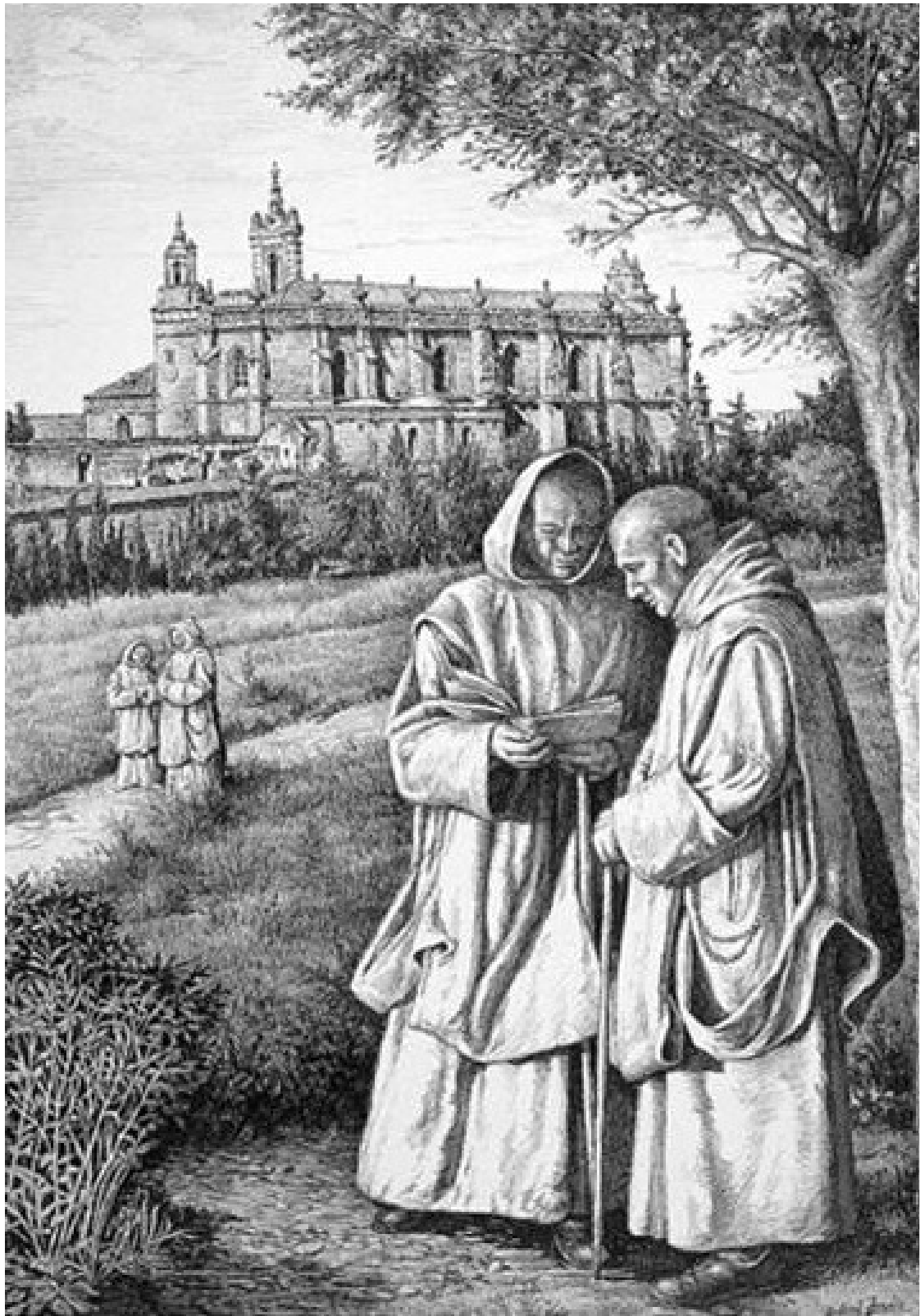
Para estas excursiones, se hacen dos grupos: quienes prefieren los paseos largos los que gustan andar poco. En verano, el paseo termina a las seis y cuarto de la tarde y en invierno media hora antes. La recreación del domingo y el paseo semanal dan a la vida eremítica de la Cartuja un ambiente familiar, humano y evangélico. Ayudan a conservar un sano realismo, necesario en una vida tan especial como la del cartujo. El paseo semanal es contemplado por la Regla desde hace siglos, y de esta obligación los superiores no acostumbran a dispensar fácilmente, siguiendo el ejemplo de un famoso General de la Orden que tenía como norma dispensar del Oficio de Maitines, antes que del paseo semanal.

Los Hermanos, que por su vida de trabajo al aire libre tienen oportunidad de hacer más ejercicio en las tareas de su obediencia, no asisten a todos los recreos, ni participan en los paseos semanales. No necesitan, como los Padres, de estos caminares. En lugar de eso, guardan con más cuidado el silencio en sus propias celdas los domingos y solemnidades, como también durante los días dedicados especialmente al retiro. Por estos motivos, solamente hacen un paseo mensual.

Una vez al año, por lo general en la primera semana de Pascua, toda la Comunidad disfruta del “gran paseo”, que dura todo el día. Suele elegirse para esta ocasión algún lugar especial que interese visitar. Como tan largo paseo ocupa hasta seis o siete horas, con un recorrido de muchos kilómetros, los monjes llevan consigo lo necesario para el almuerzo.

*Montes y collados, bendecid al Señor;  
plantas todas que germináis en la tierra,  
benedecid al Señor.*

*Cántico de Daniel*



## 23. El estudio y la oración

La segunda planta de la celda del Padre cartujo está compuesta por una sola habitación dividida en cuatro zonas: el estudio, el oratorio, el dormitorio y el servicio. El mayor espacio está dedicado a las dos primeras, ya que el estudio y la oración son más importantes que el descanso y el aseo personal.

La sala de estudio, es una pieza de cuatro metros de largo por tres de ancho, iluminada por una ventana que se abre sobre el jardín. El sencillo mobiliario de este habitáculo consiste simplemente de una mesa y sillón de madera, en los que se adivina con facilidad su manufactura casera, y una escueta estantería para albergar algunos libros. Mas, como el estudio tiene sus exigencias, en ninguna de estas pequeñas librerías de cada monje faltan la Biblia, unos gruesos tomos de autores cartujanos, el sabroso y recio «*Ejercicio de perfección*» del P. Rodríguez, las obras de santa Teresa y san Juan de la Cruz, unos sólidos manuales de Dogma y Moral, los documentos del Vaticano II y El Criterio de Balmes, que un juicioso Prior hizo poner en todas las celdas. Aparte de estos libros, cualquier monje puede solicitar permiso para consultar los numerosos y valiosos ejemplares que se conservan en la magnífica biblioteca del Monasterio.

Para orar dispone de un reducido oratorio sin puerta, situado en un extremo de la sala, con un pequeño altar que preside un crucifijo, rodeado por las imágenes de sus santos preferidos, y un sillón de respaldo y laterales altos, con su misericordia y reclinatorio, que imita a los del Coro, aunque de confección muy sencilla, sin tallas ni adornos. En el otro extremo, medio oculto en la penumbra de su rincón, el *cubiculum* o dormitorio, con la austerísima cama de paja y la mesilla de noche. Un tabique separa el aseo adjunto. No hay más muebles ni enseres. Si acaso, el bastón que hay junto a la cama para responder a las llamadas y, tal vez, una estampa colgada en alguna parte de las desnudas paredes. La pobreza de este mobiliario se hace más patente después de haber admirado la grandiosidad y riqueza del templo. Pero, el cartujo piensa que eso está bien. El lujo y el ornato debe ser para Dios; los monjes viven mejor con lo mínimo. Esta ausencia de mayor decoración y cosas superfluas le agrada, pues así no está apegado a bagatelas temporales que en nada satisfacen su alma sedienta del Amor divino. Considera, por tanto, que es bueno no poseer nada propio en que depositar afecto y vivir en completa pobreza, como hacían los grandes penitentes al principio de la cristiandad. Y así, su austeridad nunca le parece extrema.

Recuerdo haber leído que Serapión, un monje del desierto, llegó tan lejos en el seguimiento del precepto «ve y vende todo lo que tienes», que incluso vendió el libro de los evangelios y dio el dinero a los necesitados, diciendo: «*He vendido el libro que me decía que vendiese todo lo que tenía y diese el dinero a los pobres*».

El cartujo se entrega también a la oración mental. Sin embargo, no es tanto el tiempo que por prescripción expresa debe dedicar a ello, igual que ocurre con otras órdenes, en comparación con lo que se imaginan los profanos, que ven al cartujo clavado en un reclinatorio, encapuchado, «*seco de orar*», como señala pintorescamente el verso de Rubén Darío. La realidad más importante es que el cartujo va adquiriendo el hábito de la oración, el dominio de la oración permanente, el «*estarse amando al amado*» de san Juan de la Cruz: un sosegado y continuo elevamiento de la mente a Dios, fruto de la vida e ideal teocéntrico de la Cartuja, ya que esa apertura a Dios como

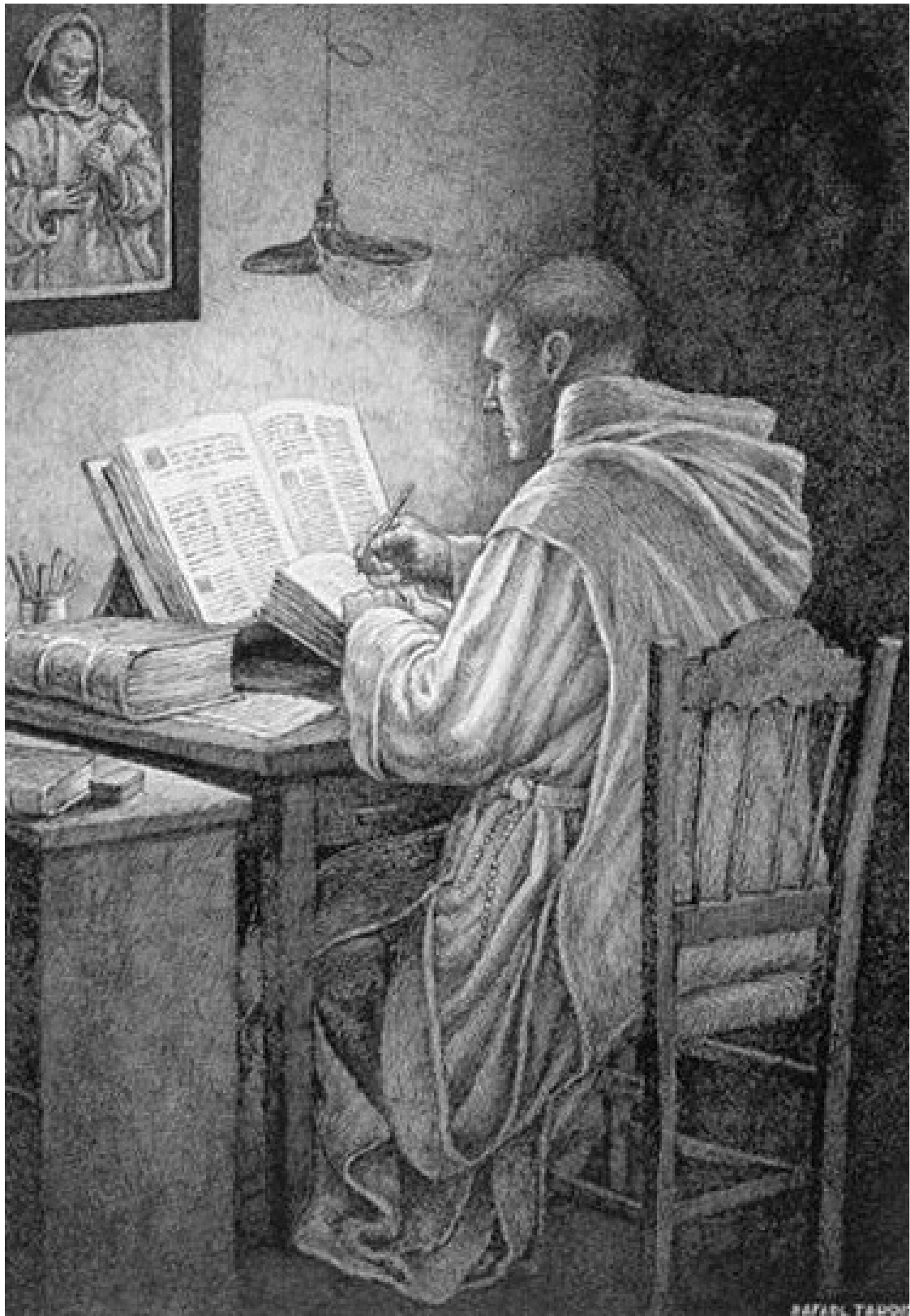


que obliga a Dios a manifestarse creando ese estado de oración natural. Es este momento de humor la versión sublimada o, si se quiere, la otra cara de la moneda del *sabio distraído*. Mal llamado así, porque lo que en realidad es estar abstraído de lo que no interesa a su preocupación central. Esto mismo es lo que le sucede al cartujo. Practicando como aconseja san Juan de la Cruz, el *olvido de lo creado, y la memoria del Creador*, se siente ir hacia Dios, en el que se envuelve con su pensamiento despojado de adherencias, como obedeciendo a una ley de la gravedad ascético-mística, por la que la mente, purificada de otras inquietudes, busca su reposo perfecto y el colmo de su apetito en la familiaridad con Dios. Así lo recomendaba insistentemente san Juan de la Cruz con aquello de «*traer advertencia amorosa en Dios*».

Este ambiente de soledad, el silencio de todo ruido perturbador de los deseos e imágenes terrenas, la atención tranquila y sosegada de la mente en Dios, favorecida por la oración y la lectura pausada, desembocan en ese santo reposo del alma en Dios. Reposo simple, endiosado y gozoso que hace sentir al monje, de alguna manera, la belleza de la vida eterna. Así pues, en su celda es donde el cartujo, alternando la meditación con el estudio, desarrolla todas sus posibilidades vitales de formación y contemplación en perfecta intimidad. En esa soledad, se dedica a ejercicios espirituales: oración, lectura y meditación de las Escrituras, la *Lectio Divina*. No hay establecidos métodos especiales de oración: cada monje es totalmente libre de seguir el sendero por el cual espera recoger más fruto. El monje que sea perfectamente fiel a su vocación sentirá que Dios le llama a soledades y silencios del espíritu cada vez más profundos. Desea con todo su corazón con toda la fuerza de su alma, contribuir con su *fuga mundi* a la apreciada *quies* cartujana.

Además el cartujo, estando solo en esta empecinada conquista espiritual, jamás se siente solo. Sabe que su soledad es compartida simultáneamente por todos los demás monjes, inquietos héroes del silencio como él, no sólo de su propio monasterio sino de la innumerable legión de santos varones que pueblan los demás eremitorios de la Orden y los confines celestiales donde los bienaventurados antecesores ya gozan de la visión de Dios en toda su realeza. Por todo ello, la soledad temporal en esta vida no le resulta agresiva. Casi podría decirse que es competitiva. Y es curioso pensar cómo, nacido el hombre para estar acompañado de otros hombres, puede hablarse de compañeros de soledad, como se habla también de compañeros de trabajo.

No hay soledad sin individuos solos. Y el cartujo no está solo, porque supera el, llamémosle, shock de la soledad con la vocación de soledad y el hecho de compartirla con otros. Acompañado de la intensa presencia de su vida interior, cuyo dinamismo le pide, sediento, el retiro, y de la conciencia de que su soledad es conventual, el cartujo vive la soledad sin estar solo. Esta clase de vida es difícil de entender para quien no está iluminado por la profunda vocación y el inefable atractivo de la esperanza, de la entrega completa a Dios como única meta de su existencia. Este es un bello ideal que exige un clima adecuado para desarrollarse, formado por las observancias cartujanas, y que sólo así se encuentra su verdadero sentido. Considerada desde fuera, desde el mundanal ruido y ajeteo, sin conocimiento de las sublimes exquisiteces espirituales y, aisladamente, sin relación a su fin, la vida del cartujo puede resultar incomprensible. Para la mentalidad general, fría, calculadora y carente de otras sensibilidades, no pasarían de ser una colección de prácticas curiosas, a veces incluso, juzgadas comúnmente, poco humanas.



RAFAEL TAMOS

## 24. Las Vísperas

**C**En la Cartuja, el recinto eremítico por excelencia está separado de la zona cenobítica, por un claustro de grandes dimensiones, para facilitar el aislamiento personal que la vida solitaria de los cartujos requiere.

El Claustro Grande, hermosa obra gótica que se comenzó a construir en 1523 y se terminó en 1528, cumple perfectamente esta finalidad. Configura un gran espacio cuadrado de unos 80 metros, delimitado en cada lado por una imponente serie de pilares con baquetones y contrafuertes entre los que se abren 18 arcos apuntados que, por el lado interior de la galilea, se alzan sobre pilares de columnillas de las que parten los nervios de las bóvedas.

Por entre estos vanos la vista se recrea con el verdor de los macizos de boj, floridos arbustos y centenarios cipreses que rodean el gran patio, y el murmullo de la fuente renacentista que se alza en el centro cual celosa de la verticalidad arbórea. En el lado norte se halla el cementerio con sus anónimas cruces de madera, y la centenaria cruz de piedra y elaborado herraje que emerge sobre el fondo soleado del ábside de la iglesia, festoneado de las clásicas cresterías con jarrones y coronado con las dos espadañas campanarios. Un hermoso rincón lleno de espiritualidad, que muchos artistas han reproducido en sus lienzos o dibujos, convirtiéndolo en una panorámica distintiva de la Cartuja de Jerez.

Las bóvedas de todo el claustro son ojivales, de crucería, a excepción de las esquinas que se forman con bóvedas estrelladas. En torno a él se levantan las celdas individuales de los monjes. Dichas celdas, por su gran número, tardaron aún más en construirse, pues las primeras se crearon en 1507, y las últimas ya bien avanzado el siglo XVIII, es decir, dos largos siglos. Cada religioso ocupa la suya, como lo haría un eremita, y sólo sale de ella cuando lo convoca la campana para pasar al cenobio.

Así ocurre, por ejemplo, a las tres y cuarto de la tarde, aproximadamente, cuando la campana grande de la iglesia repica a Vísperas, hora en que cada monje acude con sus hermanos a la iglesia por tercera y última vez en el día, previo el correspondiente rezo en privado del oficio de Nuestra Señora. Este es uno de los breves momentos en que las pétreas galerías se animan con la transitoria presencia humana. En ordenado silencio, el desfile de los monjes es, sin embargo, ajeno al transcurso de los siglos, y hoy en día los hábitos blancos siguen deslizándose por el Claustro, entre los claroscuros de sus arcadas, igual que siempre, desde su fundación medieval.

Emociona pensar que esta escena sea totalmente idéntica a la que otros ojos tuvieran el privilegio de presenciarla hace más de cuatrocientos años, en los albores del Renacimiento, mientras en el mundo ocurrían hechos tan importantes y señalados como el descubrimiento de un nuevo continente, o el florecimiento del españolísimo Siglo de Oro. Nuevas glorias que surgieron y pasaron, sin alterar en lo más mínimo la quietud imperturbable de este claustro que, más que una obra terrenal, es atrio de eternidad.

Al entrar en la iglesia, cada cartujo tira brevemente de la cuerda de la campana antes de proseguir a su sitio en las sillas del coro y situarse ante los gruesos, antiguos y bellos libros corales. Las Vísperas duran media hora y constan de cuatro salmos, con sus antífonas, un himno, el *Magnificat* y terminan con unas hermosas preces y el canto de la

Salve Regina. Y de nuevo, en esta última hora comunitaria, el canto gregoriano de los Cartujos vuelve a elevarse sencillo, monótono y austero, como siempre, sólo compuesto por las sobrias voces y sin ningún acompañamiento musical.

La vida de sacrificio y continua oración personal de los cartujos y, en especial, el canto de la Liturgia de las Horas, constituyen un bien muy apreciado dentro de la Iglesia, no menos útil y necesario que el ministerio apostólico de los religiosos de vida activa. En la Cartuja, Vísperas es la despedida comunitaria del día, un anticipo del rezo de Completas que luego cada monje hará en su celda.

*Cuando, así, con su sombra profunda  
ponga al día la noche su término,  
que la fe las tinieblas ignore  
y la noche en la fe dé destellos.  
No permitas que duerma la mente,  
duerma en cambio la culpa en sosiego:  
que la fe refrigere a los castos  
y modere el letargo del sueño.  
Al Señor Jesucristo y al Padre  
y al Espíritu de ambos roguemos:  
Trinidad, sólo un Ser prepotente,  
oye a quienes te instamos con ruegos.*

*Himno de Vísperas*



## 25. La Liturgia de las Horas

**E**l silencio del cartujo es un manto de quietud, descanso y bienestar espiritual, que, generalmente, sólo interrumpe diariamente con los rezos y cánticos de la Liturgia de las Horas. Estas breves salidas de la celda para participar en los rezos y rituales de la Comunidad, alivian su soledad al sentirse miembro de una sociedad, callada, eso sí, pero amable, acogedora y siempre aleccionadora, y sirven también para enriquecer su espíritu con el sentimiento de no estar solo.

La Liturgia de las Horas —Oficio divino, de Beata y de Difuntos— constituye la oración principal del cartujo, que la reparte entre las Horas recitadas privadamente en la celda y las Horas Mayores cantadas en el Coro. Estas últimas son, diariamente, Maitines y Laudes y Vísperas. En determinadas fiestas, también otras Horas.

En el templo cartujano que infunde emocionado respeto, transido de una devoción característica, quieta y profunda, el monje se entrega durante largo tiempo al canto de las Horas Mayores. No hay nada comparable a esa experiencia tan sencilla y conmovedora. Allí, cual hijo de la luz sediento del amor divino, con los ojos reposados en las apergaminadas hojas del Salterio y envuelto en las notas de la salmodia, su corazón se extasia, vibra de piedad y eleva a Dios sus más devotas alabanzas. Se sabe de memoria cada versículo y palabra de los milenarios salmos creados por los místicos de la antigüedad, mas, su espíritu no se encadena a ellos ni se adormece en la rutina, sino que cada día, subliminalmente, le inspiran nuevos y melifluos pensamientos y requiebros que le transportan y le identifican con Cristo.

Como avezado penitente y orante, sin duda, el cartujo disfrutará de inefables e íntimos diálogos con el Señor, en la soledad y silencio de la celda, mas si en esta austeridad carente de acompañamiento su alma aletea y se remonta a las alturas celestiales, cuesta imaginar cuán más rica y expedita debe ser su exaltación en las Horas Mayores celebradas en el templo. Junto con la fragancia del incienso que impregna los delicados relieves de los sitaliales de madera oscura, el tacto crujiente de las hojas apergaminadas pintadas en rojo y negro, y la suave melodía de los cantos gregorianos, el monje no puede menos que sentir cómo se incrementan sus ansias de espiritualidad y purificación, porque enaltecido por el poderoso fervor de la Comunidad, sus ansias se polarizan en la búsqueda de Dios y de su Amor.

Y su voz vibrará emocionada cuando, por ejemplo, cante el bello y esperanzador salmo 120:

*«Levanto mis ojos a los montes:  
¿de dónde me vendrá el auxilio?  
El auxilio me viene del Señor,  
que hizo el cielo y la tierra.»*

Para degustar en plenitud la felicidad de dialogar con Dios hace falta, por supuesto, desgarrar los velos que ciegan la mente y barrer los pensamientos banales que distraen el corazón humano. Sólo así se descubren las delicias espirituales que les están vedadas al hombre mundano. En este sentido, Dom Agustín Guillerand, (O.Cart., 1876-1945), escribió estas inspiradas palabras:

*«¿Dónde podemos encontrar la felicidad? Únicamente en Dios. Se esconde en todas las cosas creadas a las que acudimos buscando una felicidad que no nos pueden dar. Son el velo que esconde la infinita belleza de su rostro. Cuando atravesamos el velo y llegamos a la realidad que está detrás, somos allí consolados y nuestro gozo es completo.»*

Y esto es lo que hace el cartujo perpetuamente. Cuando recita los salmos, para sus adentros, en la soledad de su celda, o cuando los canta en el Coro de la iglesia, enlazando su voz con las de los otros monjes, no repite las archisabidas palabras de forma rutinaria, sino que las vive cada vez que las pronuncia con inspirado sentimiento.

A este respecto, dijo el Arzobispo Anthony Bloom, metropolitano de Surozh y exarca del patriarcado ruso de Europa occidental: «Por supuesto que es mejor decir Padre nuestro con una total y profunda comprensión de estas palabras, que repetir la oración del Señor doce veces.»

Los cartujos cantan el Oficio Divino en su primitiva pureza, tal y como lo estableció san Benito en sus monasterios, distribuyendo los salmos de modo que se rece el Salterio completo cada semana. De la *Instituta Patrum*, de Saint Gall, que estuvo en boga en la Edad Media, tomó la Orden cartujana la mayor parte de los principios y reglas de dirección del coro y de la ejecución del canto.

No cabe duda de que el hecho de que el cartujo posea ciertas aptitudes para el canto es importante, ya que los oficios litúrgicos que tienen lugar en la iglesia son siempre cantados y, sin un mínimo de cualidades musicales, el cartujo tendría que permanecer mudo en algo tan importante como la alabanza divina. Por tal razón, durante el noviciado, entre las muchas pruebas que habrá de superar, adquiere gran importancia el aprendizaje de esta disciplina del canto. Aunque, evidentemente, se es comprensivo en este punto, sobre todo si la incapacidad para el canto está compensada por otras buenas cualidades del cartujo.

Acabada la celebración de la Hora de Vísperas, al volver a su celda, el padre cartujo todavía dispone de media hora para la oración, la lectura o el estudio. A las cinco menos cuarto toma la cena que le trae un hermano, o una colación de pan y vino si es tiempo de ayuno. Después de cenar, dedica otras dos horas y media a ejercicios espirituales, previo un rato de descanso para recrear el ánimo, bien sea en el jardín o paseando por la celda.

*Alabanza, cantos de júbilo, salud, honor,  
poder y bendición al Padre y al Hijo, e  
igual homenaje al Espíritu Santo, que  
de ambos procede.*

*Himno de Vísperas*





## 26. El beso de la traba

Un gesto muy expresivo del profundo respeto que los cartujos sienten por el Prior es el tradicional beso de la traba, esa especie de cinturón colgante que une las dos partes de su hábito. En ese saludo tan sencillo, emociona ver cuán respetuosa y elegantemente el cartujo adopta una actitud de gran reverencia que, desde la óptica de cualquier buen cristiano, o bien, de un artista sensible a las sutilezas plásticas que la vida sugiere a veces, no puede menos que sorprender gratamente.

Semejante demostración de humildad, no servil, sino que testimonia una espontánea y voluntariosa expresión de amor y respeto hacia otra persona, resultaría grata en cualquier esfera de la vida mundana, si acertadamente fuera dedicada a un ser digno y merecedor de ella. Pero, en la Cartuja se enriquece aún más, porque, en este ámbito de austera confraternidad, adquiere una espiritualidad superior de verdadero reconocimiento a la virtud de un representante de Cristo. Tiene, pues, un significado más profundo, no es una reverencia interesada, cortesana y vejatoria, sino el reflejo del respeto de un alma hacia quien le lleva por los caminos del Señor.

Aparte de tan sublime trasfondo espiritual, esta escena adquiere la emoción de una bella composición plástica, si la observamos simplemente con una sensibilidad artística bien predisuelta. Se embellece con la artística combinación de la penumbra conventual y el sugerente juego de luces y sombras de los pliegues de los hábitos religiosos, motivo que ha inspirado a muchos pintores clásicos. Es en verdad una escena de hermosa plasticidad. Una impronta de atemporal sublimidad que nos retrae a tiempos pasados.

Actualmente, y debido a la propia humildad y sencillez de los superiores de la Orden, esta genuflexión ya no se practica. La regla cartujana dice que nunca ha de doblarse la rodilla más que ante Dios, el Único digno de tal reverencia.

Sin embargo, los cartujos tampoco se arrodillan ante el Señor, pues, en los momentos cumbres de la Eucaristía y la Liturgia, se postran totalmente en el suelo en un supremo gesto de adoración. Al entrar y salir del templo, o al pasar delante del altar, nunca se ve a los Cartujos hincar la rodilla, sino inclinarse profundamente, con una reverencia grave y rendida, impregnada de verdadera humildad.

Esta escena del beso de la traba es, pues, una estampa que ha pasado a la historia.

*Si un hombre tiene humildad, nada posee ni nada juzga,  
a él vendrá el temor de Dios.*

*Apophthegmata Patrum 5*



## 27. El Capítulo de los Hermanos

**E**l Capítulo de los Hermanos es hoy, sin lugar a duda, la capilla más bonita del Monasterio. Nunca estuvo recubierta de yeserías y ha conservado todo el sabor primitivo de la era gótica, a lo que colabora el actual retablo, con el frontal realizado en cuero, y las pinturas —”cordoban”, o especialidad típica de Córdoba— por los artistas contemporáneos don José Lapayese e hijos.

Preside el altar la Virgen del Rosario, cobijando con su manto a los cartujos. A los lados, sus dos principales patronos: san Juan Bautista y san Bruno.

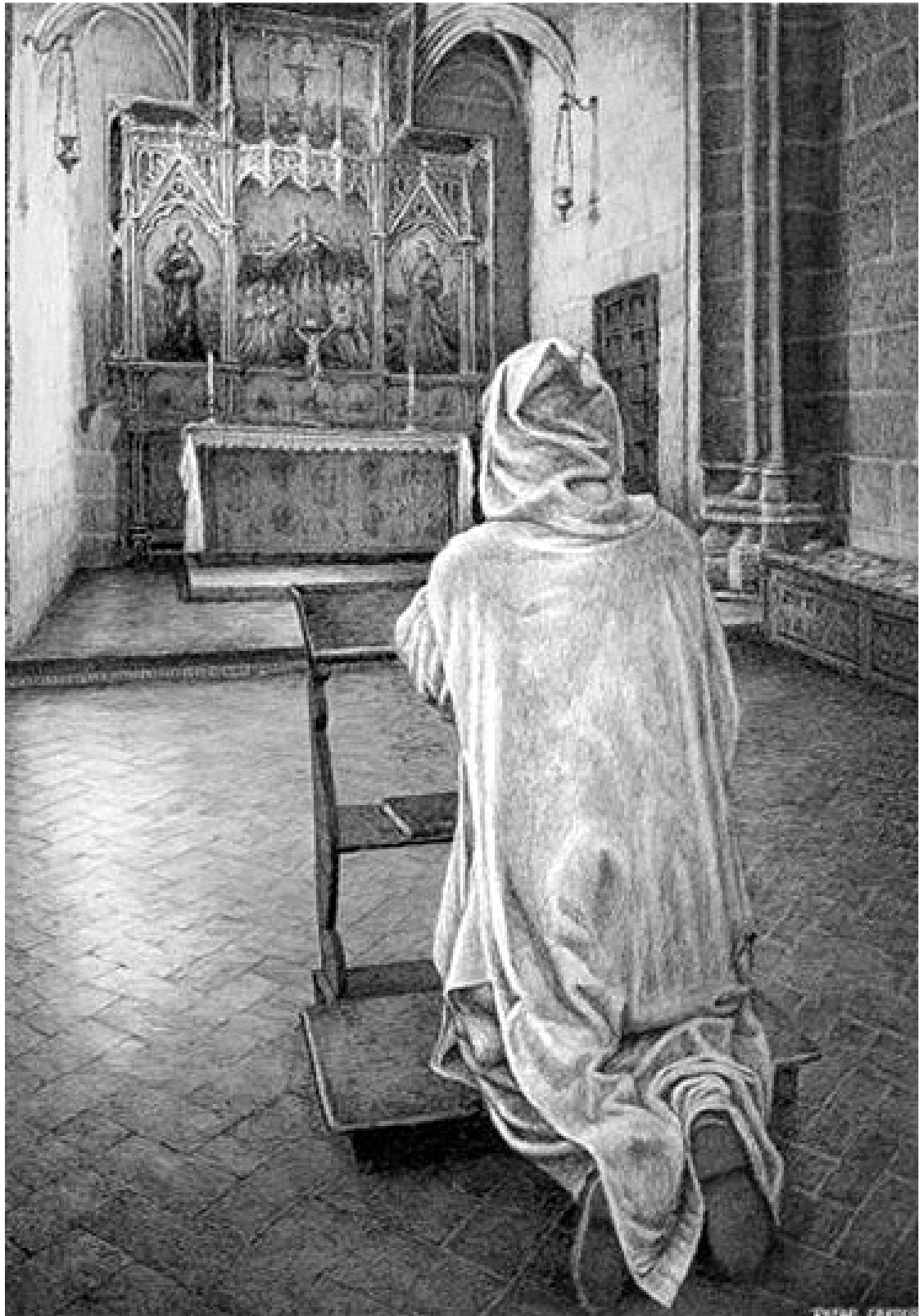
En puro estilo gótico, las bóvedas son ojivales, de las llamadas de terceletes, y el ábside realza toda la pieza. Esta capilla se ejecutó bajo la dirección del mismo arquitecto del Claustro, Diego de Riaño.

La belleza de esta capilla, que parece haber detenido el curso de los siglos, inspira a orar y meditar profundamente, a presentir de una forma especial la proximidad del Señor. Dios atemporal y eterno. Porque no hay camino más llano para topar con Él que el íntimo y callado recogimiento. Aquí se puede comprobar la actual validez de las palabras que allá entre los años 1490-1539, dijera el sabio cartujo Dom Johannes Lanspergus: «*Si los hombres pudieran ver con mayor profundidad, se darían cuenta del tesoro que hay escondido en la soledad, y todos correrían a Él*».

Sin embargo, la presencia de un monje orando en un reclinatorio de esta capilla, como se presenta en el siguiente cuadro, es rara. Los monjes cartujos —tanto Padres como Hermanos—, que están en permanente oración y comunicación con Dios, oran, sobre todo, en sus celdas, y en la iglesia durante los actos comunitarios. Para enriquecer la composición artística, la orante figura humana ha sido incorporada en la creencia de que ayuda a reflejar mejor la dimensión del silencio y de la arquitectura de esta hermosa capilla.

*Hombres que no tienen en la vida otro objetivo que Dios.  
¿Es que se puede tener en la vida otro objetivo?*

*Regla de San Benito*



## 28. Viernes Santo

**D**urante los tres días cumbres de la Semana Santa —Jueves, Viernes y Sábado Santo—, cada uno de los Cartujos reza en silencio las preces del Oficio. En todas las Horas sólo se dice la oración *Respice, quaesumus, Domine*, y se cumple el Oficio según el rito de los clérigos. Recitan mucho el Salterio, omitiendo otros quehaceres. El sacristán, ayudado por hermanos laicos, limpia la iglesia. Dada la señal algo más tarde de lo ordinario, rezan Sexta y Nona, seguidas, en la celda. Entretanto, el sacerdote se reviste. Dada otra señal y reunidos en la iglesia, los monjes celebran el Oficio de costumbre. Primero la lectura, sigue el tracto y la oración *Deus, a quo Judas*. Otra lectura y tracto. Después la Pasión, sin *Dominus vobiscum*. Luego las oraciones.

El Viernes Santo los monjes se arrodillan y recitan el *Miserere*.

Terminadas estas oraciones, el sacerdote se quita la casulla, se descalza y se sitúa de pie ante el sitial del presbiterio, donde permanece en actitud recogida e inmóvil. Mientras tanto, el Sacristán extiende sobre los escalones del presbiterio un paño —el mismo que suele usarse para los entierros— y un cojín de rojo brocado. Seguidamente, trae de la capilla anexa el Crucifijo que en ella se conserva, y lo deposita con sumo cuidado y respeto sobre este sencillo túmulo, de forma que el crucero con la cabeza del Cristo repose sobre el cojín, y los pies dirigidos hacia el centro del Coro.

Durante este breve rato, todos los monjes se han descubierto también los pies y aguardan, de rodillas en sus respectivos sitios del Coro. Al oír la señal y siguiendo el orden establecido, se levanta el primer monje y avanza descalzo por el centro del templo hasta postrarse de rodillas ante el Cristo. Permanece unos segundos inmóvil, rezando una silenciosa y profunda oración y, luego, extendiendo los brazos a ambos lados del crucifijo, se inclina sobre él y besa los pies del Cristo, diciendo interiormente: «*Adoramus te, Christe, et benedictmus tibi, quia per crucem tuam redemisti mundum.*»

Al regresar a su sitio en el Coro, el siguiente monje avanza y ejecuta el mismo acto de adoración, y así, uno por uno, hasta el último.

Entretanto, la Comunidad canta la antífona *Nos autem gloriam operet* y los responsorios *Popule meus* y *Expandi manus meas*. Tras esto se lleva la Cruz a su sitio, el sacerdote se lava las manos y se pone la casulla, recibe del diácono el cáliz con vino y encima el Cuerpo del Señor, y el diácono entona la comunión *Hoc Corpus*. Colocada la oblata sobre el altar y después de un breve silencio, empieza así: *Oremus, praeceptis salutanibus*. No se dice *Agnus Dei*. Tampoco el sábado.

Una vez que el sacerdote ha tomado el Cuerpo del Señor, los monjes dicen, de dos en dos, las Vísperas en voz baja.



## 29. Entierro de un cartujo

El Cartujo no teme a la muerte. Para él que pasa la vida tendiendo hacia los bienes eternos, este trance no tiene un sentido de tragedia irremediable, sino que es la puerta que le abre el camino para contemplar la gloria de Dios. No siempre la fuerza de la fe logra vencer la sensibilidad y natural repugnancia del hombre ante la muerte, pero jamás el cartujo considera la muerte como una tragedia: hay quienes como el Apóstol desean morir para estar con Cristo; otros —los más—, la miran con naturalidad y santa despreocupación. Mientras una ignorante y supuesta *vox populi* habla de la obsesión de los cartujos por la muerte, atribuyéndoles eso de que cavan su fosa y se saludan con el “*morir habemos, ya lo sabemos*”, los propios interesados tienen entre sus tradiciones la de considerar cartujo fracasado al que no cumple ochenta años de edad y cuarenta de vida religiosa.

Desde los primeros síntomas de enfermedad, el cartujo es atendido amorosamente por la Comunidad, proporcionándole los servicios médico precisos, cuando fuera necesario. No hállese, pues, desasistido en ningún momento, ni física ni espiritualmente. Pese a que los tiempos modernos exigen cada vez más la hospitalización para dar al enfermo los debidos cuidados médicos, el cartujo tiene la ilusión por morir en la amada tranquilidad y pobreza de su celda, rodeado de sus hermanos los monjes. Todavía esto es, hoy por hoy, lo corriente en la Cartuja y, mientras el enfermo siga en peligro de muerte, los monjes se van turnando de forma que, día y noche, el enfermo esté acompañado constantemente. Cuando el enfermo se halla a punto de rendir su alma, los que le asisten dan una señal y acuden todos los monjes de la Comunidad dejando de inmediato sus ocupaciones, a no ser que estén celebrando el Oficio Divino en la iglesia. En este caso, el Prior o el encargado por él, con otros dos o tres monjes, se apresura a ir al moribundo. En la mayoría de las ocasiones, sin embargo, la Comunidad entera se reúne junto a él para prestarle los últimos auxilios, rogar por el saludable tránsito de su alma y darle el fraternal adiós.

Comprobado que efectivamente se aproxima el último momento, se coloca al moribundo sobre la cama cubierta de ceniza bendita, recitan el Credo, las Letanías de los Santos, largas o breves, según lo permitan las circunstancias, y las restantes preces dispuestas en los libros litúrgicos, incluyendo la lectura de algún texto apropiado de la Biblia. Como parte principal de este ritual figura el ayudar al moribundo a que haga la profesión de fe. El Prior le pregunta si perdona a los hermanos que le hayan podido ofender, y a continuación todos los presentes, empezando por el Prior, le dan el ósculo de paz, se le concede la indulgencia plenaria y administra el viático. Todos los asistentes lo rodean sosegados y amables, con gran presencia de ánimo, conscientes de que su compañero en pocos minutos estará en el ciclo, gozando de la presencia del Todopoderoso. No hay, pues, gestos de dolor ni llantos, sino loables ademanes de alegría para que el moribundo acreciente su felicidad con la confianza de que el Señor le aguarda presto a abrazarle con infinita bondad y misericordia. Quienes han presenciado tan transcendental momento, no han podido menos que admirar la profunda paz espiritual del agonizante. Tal escena no tiene parangón alguno con la trágica desesperanza de cualquier óbito ocurrido en el mundo exterior. Y así, confortado y alentado por los fervorosos rezos de sus hermanos, el cartujo se duerme en el Señor.

Fallecido el monje, es lavado y vestido con el hábito —con cilicio y cogulla, cáligas y pedulios—, y cubierto el rostro con la capucha. Se le coloca seguidamente sobre un féretro e, interrumpiendo la salmodia, dice el sacerdote; *Inmemoria aeterna, ne tradas bestiis, ne intres in iudicium*. Después de esto, la oración *Deus cui omnia vivunt*. Al terminar, el cadáver es llevado al Capítulo sobre unas parihuelas que en la Cartuja sustituyen a la caja. Se cubre el féretro con un gran paño o cilicio, y los monjes se turnan velando al difunto. Durante los Oficios, el cadáver es trasladado a la iglesia y colocado en medio del Coro. Normalmente, si hay tiempo, se le entierra el mismo día, pero siempre después de la Misa conventual de difuntos que oficia el Prior. Terminada la Misa, toda la Comunidad rodea el féretro, el Prior asperja el cadáver y la Comunidad canta los responsorios y preces establecidos en el ceremonial. Acto seguido, se ordena la procesión que, parte de la iglesia, atraviesa el gran claustro y se dirige al cementerio.

Esta es una de las pocas ocasiones en que las salmodias se cantan por la galilea del Claustro Grande y sus bóvedas se llenan de melodiosos ecos cuando los monjes procesionan por él lenta y solemnemente. Luego, el cortejo sale al amplio patio y desfila junto a la fuente grande, a su paso hacia el cementerio situado en la parte próxima al ábside de la iglesia. Un novicio abre la marcha llevando una cruz, que centellea dorados reflejos bajo la luz del sol, o bajo la lluvia. Le sigue el Prior con el libro litúrgico, acompañado del Padre Procurador que lleva el incensario. Las volutas de humo se agitan por el espacio abierto y el perfume del incienso se mezcla con los aromas húmedos de las hierbas ‘.- la tierra removida. A continuación, encapuchados y en ordenada fila, vienen los monjes del claustro cantando salmos que hablan de esperanza y terminarán con la alegría del *Magnificat*. El féretro, llevado por cuatro Hermanos, viene detrás de los monjes e inmediatamente delante de la Comunidad de Hermanos que, también encapuchados y recogidos en silenciosa oración, cierran la comitiva.

Al llegar al cementerio se deposita el féretro junto a la fosa de dos metros de profundidad, que los Hermanos han abierto unas horas antes. Se quita el gran palio que cubre al féretro, quedando el cadáver descubierto sobre una simple tabla que sustentan las parihuelas. Entonces se interrumpe la salmodia y el Prior bendice la fosa mientras la Comunidad canta el responsorio: «*Esperamos al Salvador, Señor Jesucristo que reformará el cuerpo de nuestra vileza conforme a su cuerpo glorioso*», que el Prior termina con una oración. Luego el difunto es bajado cuidadosamente a la fosa y varios Hermanos comienzan a cubrirla de tierra, mientras todos reanudan la salmodia. El Prior bendice por última vez la tumba ya cubierta y termina la ceremonia con una hermosa oración: «*Ilumina, Señor, el alma de tu siervo, cuyo cuerpo descansa ahora en las sombras de la muerte*». Sobre la sepultura, lo único que queda del cartujo en esta vida es una sencilla cruz de madera sin nombre. Sólo en los registros de la Cartuja. y en los corazones de los monjes, quedará constancia de su paso por esta vida.

Terminado el entierro, la Comunidad se congrega en el Capítulo, donde el Prior hace una breve plática sobre el difunto. Los cartujos guardan celosamente el recuerdo de las virtudes del monje fallecido, mas no tienen costumbre de introducir causas de canonización, aunque ésta sea muy merecida. Sin embargo, según una antigua tradición, si el monje se ha distinguido por la santidad de su vida, se le puede conceder que en la lista de difuntos enviada en la Carta del Capítulo General, se añada a su nombre estas dos palabras: *Laudabiliter vixit*, (vivió laudablemente). Una alabanza que no parece excesiva y resulta muy difícil de conseguir.





## 30. Oración en el cementerio

**C**El Cementerio de la Cartuja está situado en una esquina del jardín que rodea el Claustro Grande, un bello marco de estilo gótico construido durante todo el siglo XVI. y embellecido, pues, por las arcadas de sus amplias galerías de bóvedas de crucería y las portadas de las treinta celdas de los Padres.

El Cementerio y el resto del jardín, forma un gran patio de unos setenta metros de lado, con el mesurado adorno de altos cipreses y una fuente central, renacentista, construida entre 1599 y 1603. La cruz del cementerio, del mismo estilo, sobrio y devoto, sigue siendo la genuina edificada entre los años de 1614 a 1616. Sorprendentemente, permaneció intacta durante los siglos, y se salvó de la devastación que llevó al Monasterio a casi su total ruina durante la desamortización del nefasto siglo XIX.

Como ya se ha dicho, sobre cada sepultura, lo único que en este mundo queda del cartujo es una sencilla cruz de madera sin inscripción. Ningún epitafio, ni nombre o fecha alguna se escribe en ella. Sólo la anónima cruz, como testigo mudo de una vida que se fue gastando, día a día, en servicio del Señor, y ahora se ha fundido en el arcano del rostro de Dios.

Y, alrededor de las sencillas cruces, de nuevo el silencio, aquí quizás más profundo y expresivo que en ningún otro rincón del monasterio. Posiblemente, aunque en la Cartuja no se alardea de la santidad de sus difuntos, aquí, a través de este insuperable silencio, da la sensación de que se puede palpar la gloria de la iglesia triunfante, la misteriosa y sugestiva felicidad eterna que desciende del cielo convirtiendo al monasterio en el mejor remanso de paz y piedad del mundo.

*Todo lo que viene de la tierra volverá a la tierra.*

*Eclesiástico 40, 11*



## 31. A los pies de Cristo crucificado

**C**l cartujo vive en un ambiente de austeridad que contrasta fuertemente con el ambiente de confort y comodidades a que está acostumbrado el hombre de hoy. El alejamiento del mundo, la ausencia de noticias y pasatiempos, la división del sueño en dos tiempos y el ajuar de la celda tosco y elemental, son posiblemente las negaciones más costosas, las que más a lo vivo afectan al postulante.

El rigor y la simplicidad de las maneras cartujanas no persiguen castigar los sentidos, sino el *regalo* de los sentidos. Es rigurosa en el vestir, en el comer y en cuanto suponga comodidad o halago. El hábito es sugestivo, pero tosco; la ropa interior, dura y áspera, e incluso se prescinde de la solemne cogulla, a modo de túnica magistral, que usan otros monjes para ceremonias o actos de comunidad importantes. Todo lo que sea ajuar, útiles, etc., está sometido a esta ley de sencillez y ausencia de confort.

Los estatutos de la Cartuja instan a los monjes a la práctica de la penitencia que, junto al ejercicio de la humildad, la castidad y el recogimiento, sirven para que la comunidad halle el ansiado equilibrio espiritual mediante la fidelidad a la Cruz, recordándoles que por la Redención del Hijo, pueden alcanzar la contemplación del Padre y la vida eterna.

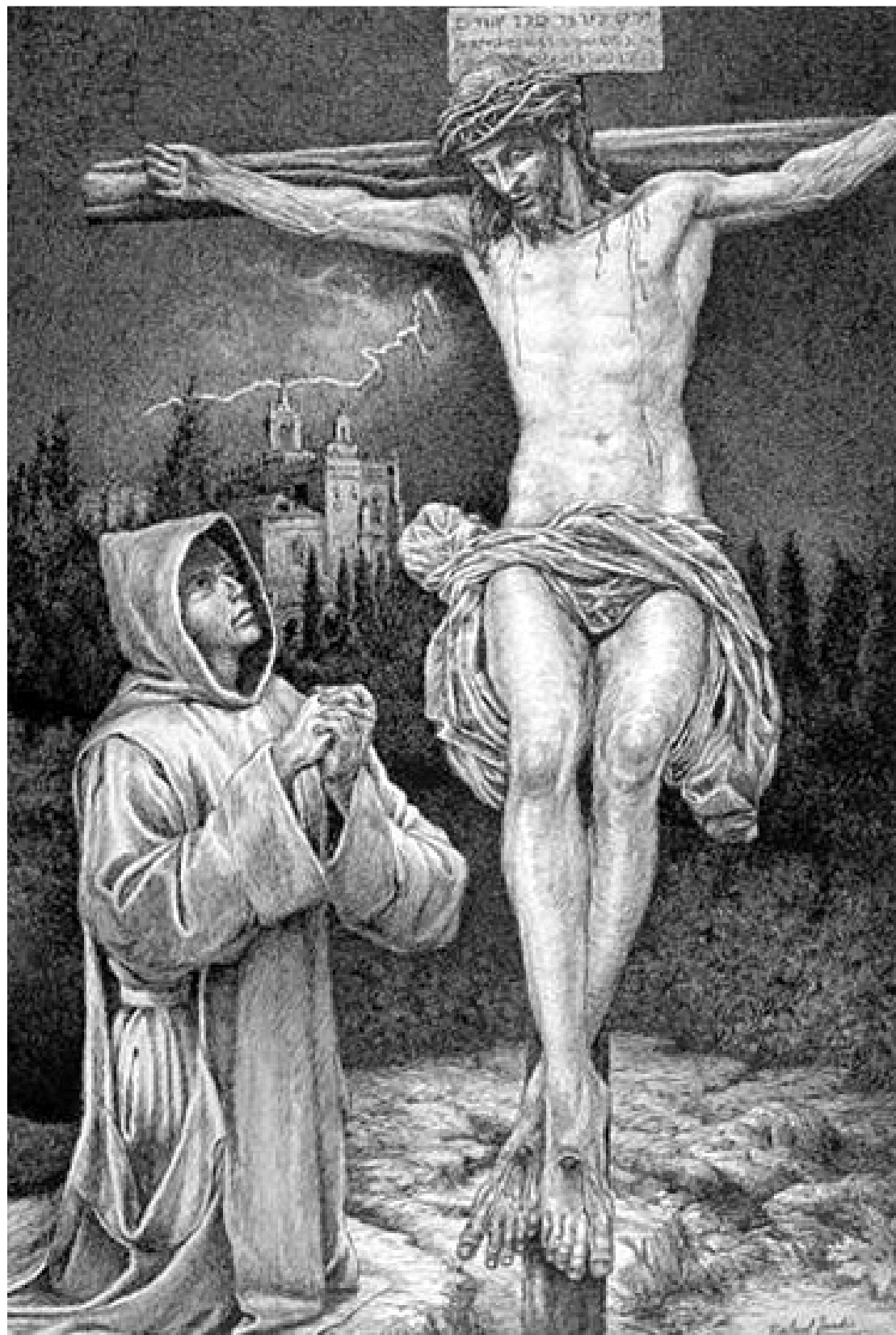
Las excelencias de la vida contemplativa han sido exaltadas por destacados autores místicos de muy distintas épocas en numerosísimos escritos. No sería, pues, de extrañar que muchos cartujos, santos varones que han dedicado toda su vida exclusivamente a Dios, hayan alcanzado intimar con Él aquí en la tierra y experimentar el infinito gozo y dolor de místicas visiones del Cristo crucificado, durante las cuales le expresaran la sed de penitencia y participación con el Señor en la redención del mundo.

Este cuadro desea representar tan excelsa cima de estremecida espiritualidad, que une al Cartujo con el Dios inmolado. No existe en la historia del mundo un drama más profundo y cruento que el de la muerte del Dios hecho hombre.

Como fondo, incrementando el dramatismo de la escena, se ha representado el rayo que cayó sobre la Cartuja de la Defensa y rompió la espadaña alta de la Iglesia, a las cinco de la madrugada del 5 de febrero de 1985. El estallido fue tan estruendoso que todo el recinto monacal se estremeció, y los monjes creyeron que, llegado el fin del mundo, la descarga eléctrica había penetrado en cada una de sus celdas.

*Sin apariencias, sin adornos, y aun clavada en una cruz,  
hay que adorar a la verdad.*

*Dom Guigo.*



## 32. Ante María, Madre de los Cartujos

**L**a oración contemplativa es la meta a la que conduce ese silencio profundo del cartujo, quien supera cuantas renunciaciones sean necesarias para tener acceso a ella. Durante ese silencio va eliminando la dispersión de las potencias, *«esforzándose por reducirlas, cada vez más, a la sencillez y a la unidad en sus operaciones hasta llegar a concentrarse en una tendencia única y profunda, amasada de luz y amor, que trae al alma paz y sosiego inalterables, en una callada expectación de Dios. Toda el alma se hace entonces anhelo profundo y silencio: brazos tendidos que salen al encuentro de Dios...»*.

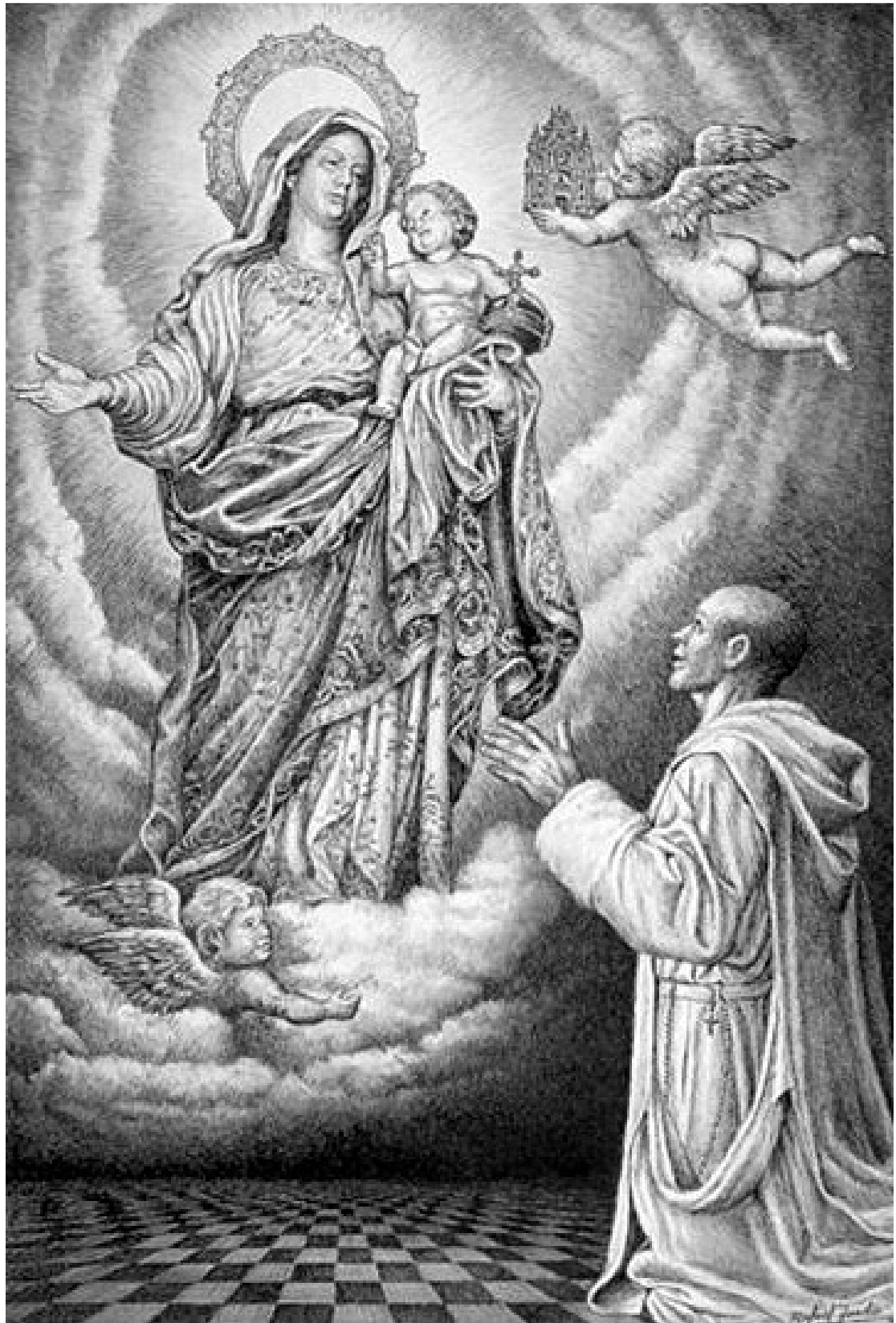
Los cartujos dedican muchas horas a la oración para subsanar la escasez de la misma por parte de la humanidad en general, pues han sido escogidos por Dios para cumplir la tarea de recordar al hombre el objetivo básico de su existencia, mediante una dedicación más completa a los asuntos espirituales. Lejos del mundo, viven en santo abandono con objeto de estar más cerca de Dios, como embajadores de quienes están lejos de Él. Dom Guigo II, noveno Prior de La Gran Cartuja, hacia 1115-1190, escribió: *«La contemplación es un elevarse, por el que la mente se sumerge en Dios y gusta la dulzura del gozo eterno»*. Y Augustin Guillerand ratifica: *«La contemplación es el acto del alma inundada de admiración en presencia de algo más hermoso que ella»*.

Tales pensamientos pueden igualmente aplicarse a la placentera contemplación de la Virgen, bajo la advocación de Santa María de la Defensa, venerada patrona de la Cartuja jerezana, por su milagrosa intervención en la batalla del Sotillo, en 1368. Numerosos testimonios antiguos aseguran que, en dicho lugar, los caballeros de Jerez, bajo la protección de la Virgen, ganaron una batalla a los moros que, escondidos en un olivar cerca del río, y amparados por la oscuridad de la noche, se preparaban para caer sobre los cristianos. De pronto, el cielo se iluminó por una potente luz, permitiendo a los cristianos darse cuenta de la emboscada. Mientras el ejército jerezano dispersaba a los moros *«no faltó de los nuestros quien con mayor advertencia mirase dónde se descubriría la luz y viese la imagen de la Santísima Virgen»*. De ahí que se levantara en dicho lugar una ermita, y más tarde la Cartuja de Santa María de la Defensa.

Pese a tan bella advocación, el cartujo, sin duda, gozará muchas veces de la dicha de contemplar a la Virgen bajo cualquier apariencia que Ella le inspire, pues el amor es infinito, y milagrosamente pródigo a la bendita hora de un éxtasis tan celestial.

*En verdad eres llena de gracia,  
y en tu gloria no hay mengua de brillo,  
pues que Cristo que todo lo ha hecho,  
por nosotros de ti ha nacido.*

*Himno de Laudes del Oficio de la Virgen  
Rito Cartujano.*



### 33. Final del día

**H**a sido un día muy ocupado, una jornada de intensa oración y de tranquila actividad. El tiempo en la Cartuja se hace corto; la única queja de los monjes es que no hay suficientes horas en el día para poder hacer toda la oración que quisieran. De hecho, descontando el tiempo dedicado al sueño, a la comida, al aseo de la celda y a trabajo manual, el Cartujo dedica unas catorce horas a la oración, a la *Lectio Divina* y al estudio, de las que seis pasa en la Iglesia y ocho, en la soledad de su celda.

Un día de interminable aprendizaje en el que no ha lugar el cansancio ni el aburrimiento, pues todos sus acontecimientos se han encadenado en una magnífica lección de vida. Parece que cuando Aristóteles, allá entre los años 384-382 antes de Cristo escribió «*La bondad se puede aprender de los buenos*», lo hiciera como una premonición de la excelente escuela de la Cartuja, entonces inexistente. Hoy podemos afirmar que tal apreciación es un axioma en esta venerable Orden.

En este santo crisol se contagia el deseo de que el día no termine, porque el espíritu, por naturaleza inmóvil y simple, se enaltece de ansias e impacencias de superación. Pese a la evidente paz que inunda todo el monasterio, da la sensación de que no se puede desperdiciar un segundo, ni aflojar ni demorar la actividad por los obligados descansos humanos.

Sin embargo, a las siete menos cuarto de la tarde, cuando muchos días del año aún brilla el sol en el horizonte, un toque de campana indica a los Hermanos que deben dejar los trabajos y retirarse a sus celdas, porque el día toca su fin.

Esta invitación es igualmente válida para los Padres que estudian o trabajan en sus celdas. Es la hora de rezar el Ángelus de la tarde, el último del día. Es el rezo de tres Avemarías, para conmemorar la encarnación, que se hace al amanecer, a mediodía, al atardecer y al fin de los maitines de media noche.

Seguidamente, antes de acostarse, el Cartujo reza Completas, en las que da gracias al Señor por los beneficios del día y le pide protección para la noche, en su celda, seguidas de las Completas de Nuestra Señora. Dedicar un cuarto de hora a esta oración, también llamada oración materna, que hace tomar conciencia al Cartujo de su papel intercesor. Postrado en tierra va lentamente exponiendo al Señor las necesidades de la Iglesia y del mundo. Nadie escapa a las intenciones de esta oración: desde el Papa hasta el último pecador de la noche en que descansan sus hermanos los hombres. Cada una de las Completas consta de tres salmos, cori su himno y sus preces.

Después de rezada esta hora, hacia las ocho de la tarde, cada monje debe acostarse sobre el humilde y delgado colchón de paja, cubriéndose con una sábana áspera y un paupérrimo cobertor. Aunque todavía pueden los monjes prolongar su oración o lectura espiritual, no se aconseja retardar el acostarse, porque, a las doce de la medianoche, la campana le convocará a Maitines y Laudes, con los que comienza el nuevo día. Las doce horas que median entre el Ángelus de la tarde y el de la mañana siguiente, se conocen como el gran silencio, pues éste obliga más estrictamente.



*Cristo, tú que eres luz y eres día,  
las tinieblas nocturnas deshaces:  
de la luz te creemos la lumbre,  
que proclamas la luz perdurable.*

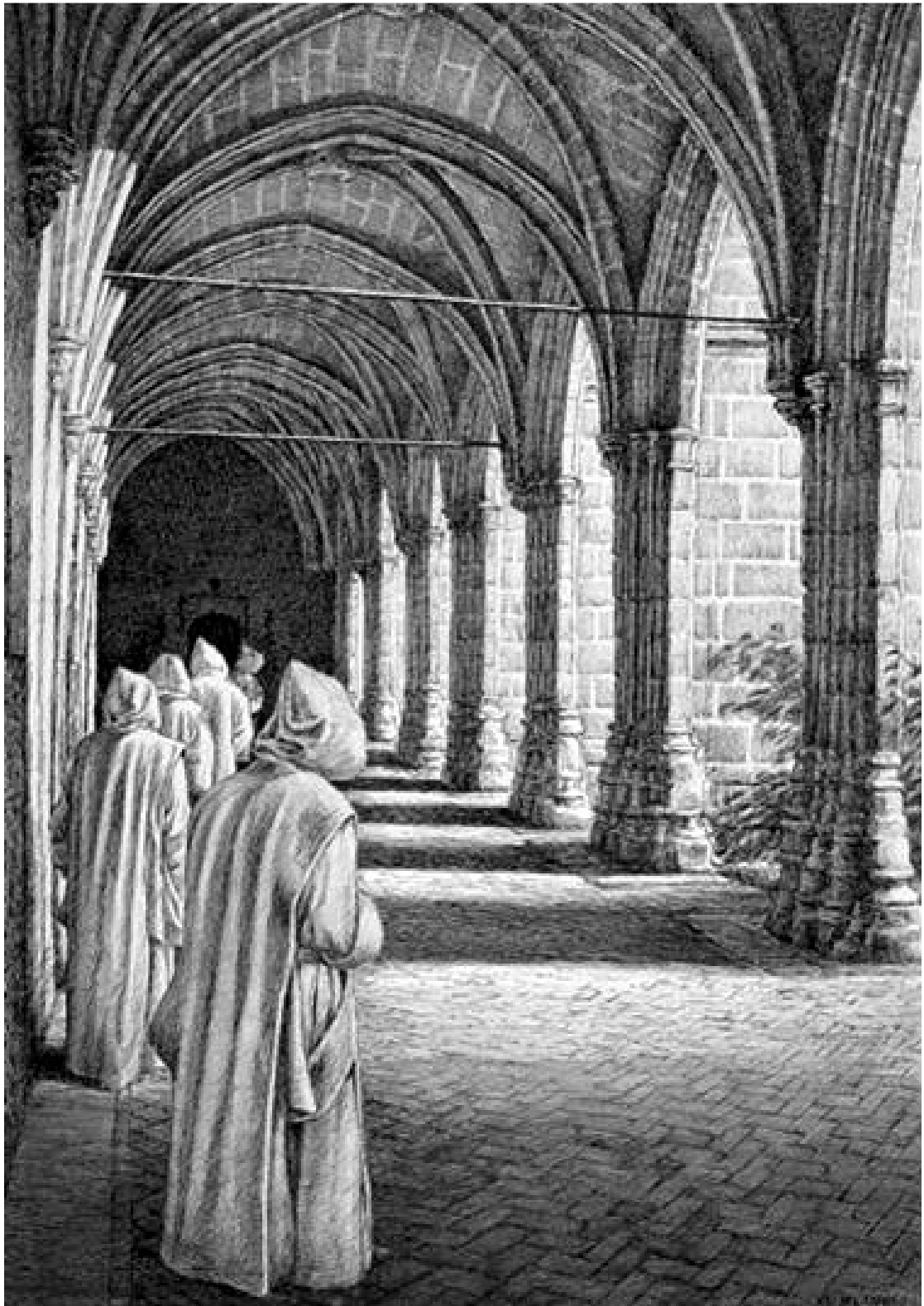
*Te rogamos, Señor sacrosanto,  
que en la noche presente nos guardes,  
y que, en ti reposando nosotros,  
una noche de paz nos depares.*

*Mientras capten el sueño los ojos,  
se una a ti el corazón vigilante:  
que tu diestra, a los siervos que te aman,  
con benigna bondad los ampare.*

*No te olvides, Señor, de nosotros,  
que nos pesa este cuerpo de carne;  
eres tú defensor de las almas:  
de nosotros, Señor, no te apartes.*

*A Dios Padre tribútese gloria.  
y al que solo ha nacido del Padre.  
y a la par del Paráclito Espíritu,  
al presente y por siglos y edades. Amén.*

*Himno de Completas del día*



## Epílogo

**L**a vida del cartujo es tan sencilla, profunda y pletórica de espiritual serenidad como se ha mostrado en las precedentes páginas. Pero —aunque la observancia de la severa Regla pueda sugerir que discurre sujeta a una penosa monotonía— no es en absoluto inútil ni rutinaria, sino una gozosa y constante evolución, una vigilancia incansable que tiende, exclusiva y mayoritariamente, a la contemplación de Dios en su infinita gloria. El alma del cartujo es como un ave perpetuamente ansiosa de mayores vuelos, siempre hacia las alturas, elevándose de la tierra hacia el infinito, hambrienta de Dios.

Este espíritu de superación se constata claramente en la jornada del cartujo, y hace que cada día sea distinto, un paso más hacia Dios y el amor eterno.

Quien realmente conoce a fondo la esencia de esta peregrinación espiritual, puede que llegue a palpar la consistencia casi física de este anhelo, más importante, más rico y más valioso que el bello entorno artístico del monasterio en que desgrana su existencia, día a día, año tras año.

Como testimonio de este incansable, fecundo y exquisito camino de perfección, que mi pobre pluma es incapaz de glosar, valgan los siguientes párrafos escritos por un cartujo que, ya en avanzada edad, entregado totalmente en aras de este vuelo espiritual, reflexiona sobre tan sublimes dilemas existenciales cuando percibe la proximidad de un joven aspirante que ansía volar como él.

*«Voy volando hacia el azul infinito, arriba, siempre más arriba.*

*Del valle, de la ciudad, cada vez más diminuta, me llegan, muy lejanos, ecos de risas y de llantos. Una cinta de plata, inmóvil, bordea su contorno, imagen de la vida que, pasa y pasa y parece estar queda.*

*Ante mí el cielo azul, cada vez más abierto, más puro. Nuevas cumbres que trasponer más altas, reverberan de luz espléndida. El panorama, como la historia y los pueblos, se va a un tiempo extendiendo y achicando. Todo parece esculpido en un relieve estático. Ni una nube en el horizonte sin fin.*

*Un silencio transparente me envuelve y penetra en todo mi ser. Siento irradiar de mí una luz difusa y una dulce paz en la que me anego. Y sigo volando, volando cada vez más alto, más hacia Dios. Y al volar voy cantando y cantando.*

*Desgrano en el espacio sin término un rosario de alabanzas y súplicas, de quejas y dolores, de alegría y amor sobre todo. A veces mi garganta, ya un poco agrietada, parece que al fin va a romperse. Pero el cantar “siempre nuevo” vuelve y vuelve a ella. Nace del corazón y parece inextinguible.*

*Alabad al Señor en el cielo, alabadlo en las alturas.  
Alabadlo todos los ángeles, alabadlo todos los ejércitos.  
Alabadlo sol y luna, alabadlo estrellas lucientes.*

*Alabadlo, espacios celestes y aguas que colgáis del cielo.  
Alabad al Señor en la tierra, cetáceos y abismos del mar,  
rayos, granizo, nieve y bruma,  
vientos huracanados que le obedecéis,  
montes y sierras, árboles frutales y cedros,  
fieras y animales, reptiles y pájaros,  
reyes y pueblos del orbe, príncipes y jefes del mundo,  
jóvenes y doncellas, viejos y niños,  
alabad el nombre del Señor: el único nombre sublime.  
Aleluya, aleluya, aleluya...»*

*Mi canción se derrama lejos, muy lejos, en ondas cada vez más amplias.  
Casi la oigo apagarse allá en el infinito.*

*De pronto, a mi vera, otra avecilla vuela. Aletea con presteza su vuelo de  
joven alondra, cortado e irregular: Aún no está hecha a estas alturas de vértigo.  
En sus alas, una fresca humedad. ¿Es suya, o del arroyo en que acaba de  
lavarse el fango de la tierra?*

*Teñida de un claro fulgor de juventud, brilla en sus pupilas un ansia  
infinita de Dios. A veces parece mirar a la colina, hacia el caliente nido recién  
abandonado.*

*Me invade un sentimiento de ternura. Me acerco a ella para que vaya  
aprendiendo mi golpe de ala, al que la inercia del vuelo da ritmo y seguridad.  
Con voz cascada ensayo mis mejores trinos que ella repite con una precisa  
limpidez. La última cumbre nos devuelve nítidamente su eco. “Aleluya, aleluya,  
aleluya...”*

*Más arriba, más.*

*Intento mostrarle cuanto antes el secreto de la altura y la soledad, del  
amor y alegría que la transfiguran en un rayo de luz, de la luz radiante en que  
navegamos. Y extendiendo las alas en un gesto amplio, seguro, solemne, girando en  
un gran círculo sobre la tierra. Ella, cerca de mí, me sigue lentamente en  
silencio. En sus ojos atisbo la alegría y el pasmo.*

*De pronto siento una rápida sensación de frío. ¿Mi crónico reuma o el  
anuncio del temido huracán? ¿O sólo una ráfaga suelta? Mis viejas alas han  
perdido ya alguna pluma y en los fuertes vendavales silban a cada aletazo. Voy  
temiendo por mi joven compañera.*

*Ella sigue volando ingenua entre gorjeos, llena de asombro en su feliz  
estreno. Si el ciclón revienta ¿podrá resistir impávida hora tras hora, cerrados  
los ojos, hasta que vuelvan la luz y la paz? ¿Sabrá atravesar la cellisca, húmeda  
y negra, hasta que el horizonte se descorra maravilloso y nos muestre un  
panorama recién lavado?*

*Llevado de estos pensamientos, la nostalgia empieza a dominarme. Mi  
vida ¿cuánto podrá durar ya? ¿Uno, varios años? Al fin y al cabo, por más alto  
que suba, por más vivo que cante, siempre será un instante entre dos  
eternidades. Mi vuelo, mi cantar y mi misión son efímeros.*

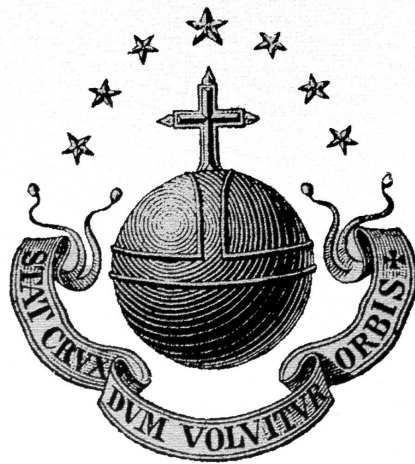
*¿Efímeros? He dado un mal aletazo y perdido altura. ¡Nunca efímeros! El eco en otros corazones de mi canto y mi alegría irá transmitiéndose en cadena sin fin. Cuanto más vivo y vibrante brote, más profundo y prolongado llegará, tras un ciclo inmenso, al corazón de Dios. Una simple nota será ampliada y reforzada armónicamente, como un gigantesco coro, y por mi voz “los cielos cantarán la gloria de Dios”.*

*Vuelvo a mirar a mi compañera. Vuela ya más alto que yo. ¡Qué gozo verla captar mi mensaje con pureza y amor! ¡Qué alegría verla remontarse arrastrada por el ansia del infinito!»*



*Nos dio el Señor vocación de paz*

*I Corintios, VII, 15*



La Cruz permanece mientras el mundo gira

## Bibliografía

- BRUCE LOCKHART, ROBIN. *El camino de la Cartuja*. Editorial Verbo Divino. Estella (Navarra), 1986.
- CORZO SÁNCHEZ, RAMÓN. *La Cartuja de Jerez*. Enciclopedia Gráfica Gaditana. Volumen I. Caja de Ahorro de Cádiz y Cajas de Ahorro Confederadas. Cádiz, 1984.
- DE MOLINA, RODRIGO. *La Cartuja de Jerez. I. Álvaro Obertos de Valetto la fundó en 1463*. Diario ABC. Madrid, 1968.
- DE MOLINA, RODRIGO. *La Cartuja de Jerez. II. Saqueos, exclaustación, ruina, restauración*. Diario ABC. Madrid, 1968.
- ESTÉVEZ GUERRERO, MANUEL. *Jerez de la Frontera*. Editorial Everest. Madrid, 1974.
- GONZÁLEZ, ANTONIO. *Estampas cartujanas*. Editorial Vizcaína. Bilbao, 1947.
- VARIOS AUTORES. *Gran Enciclopedia de Andalucía*. Vol 2. Ediciones Anel. Sevilla, 1983.
- HOGG, JAMES. *La Cartuja de Jerez de la Frontera*. Analecta Cartusiana. Salzburgo, 1978.
- LEGAZA, JOSÉ LUIS. *Los Cartujos*. Cuadernos BAC, Biblioteca de Autores Cristianos. Madrid, 1988.
- LE VASSEUR, LEONE. *Ephemerides. Ordinis Cartusiensis*. Montrenil-sur-mer. Cartusia S. Marie de Pratis, 1890.
- LOPEZ CAMPUZANO, JULIA. *La iglesia y la sillería coral de la Cartuja jerezana*. J.J. López Campuzano. Jerez de la Frontera, 1997.
- MONJES DE PORTA-COELI. *Un monasterio entre montañas*. La Cartuja de Porta-Coeli. Valencia. Gráficas Gandía. Gandía (Valencia), 1993.
- MUÑOZ RODRÍGUEZ, PEDRO; GARCÍA-PAZ, MANUEL A; BEJARANO, FRANCISCO. *Conocer Jerez*. Editorial Evergráficas. Jerez de la Frontera (Cádiz), 1993.
- MUSEO DEL PRADO. *Zurbarán*. Ministerio de Cultura. Madrid, 1988.
- ORDINIS VARTUSIENSIS. *Vida del Reverendo Padre Dom León Le Vasseur*. Monstrolii Tipis. Cartusia S. Marie de Pratis, 1890.
- ROIG, ROSENDO. *Los Cartujos*. Diálogos en Miraflores. Artes Gráficas Santiago Rodríguez. Burgos, 1981.
- UN CARTUJO. *San Bruno patriarca de los Cartujos*. Apostolado Mariano. Sevilla, 1987.
- UN CARTUJO. *Maestro Bruno, Padre de Monjes*. 2ª edición. Biblioteca de Autores Cristianos. Madrid, 1995.
- UN CARTUJO. *Santa María de Miraflores*. Caja de Ahorros Municipal de Burgos. Burgos, 1989.

# Índice

<i>Prólogo a la primera edición</i>	2
<i>Agradecimientos</i>	4
<i>Prólogo a la edición en formato digital</i>	5
<i>Realismo y espiritualidad en la obra de Rafael Tardío</i>	6
<i>San Bruno, fundador de los Cartujos</i>	16
<i>Historia de la Cartuja de Santa María de la Defensa, de Jerez de la Frontera</i>	23
<i>La vida de los Cartujos</i>	46
<i>Actividad y horario de los cartujos</i>	48
<i>1 Empieza el día</i>	51
<i>2 El despertar</i>	55
<i>3 Maitines y Laudes</i>	59
<i>4 El Avemaría</i>	63
<i>5 La Sacristía</i>	66
<i>6 La Misa conventual</i>	69
<i>7 La Misa privada</i>	72
<i>8 El Claustro chico</i>	75
<i>9 La Tábula</i>	79
<i>10 Trabajo en el jardín</i>	81
<i>11 El trabajo de los Hermanos</i>	84
<i>12 El monje en la carpintería</i>	87
<i>13 El trabajo al aire libre</i>	90
<i>14 La rasura</i>	93
<i>15 El reparto de la comida</i>	96
<i>16 La comida del Cartujo</i>	98
<i>17 Entrada en el Refectorio</i>	101
<i>18 La comida en el Refectorio</i>	103
<i>19 El Capítulo</i>	106
<i>20 La recreación</i>	109
<i>21 Un monje anciano</i>	111
<i>22 El paseo semanal</i>	113
<i>23 El estudio y la oración</i>	115
<i>24 Las Vísperas</i>	118
<i>25 La Liturgia de las Horas</i>	121
<i>26 El beso de la traba</i>	124
<i>27 El Capítulo de los Hermanos</i>	126
<i>28 Viernes Santo</i>	128
<i>29 Entierro de un cartujo</i>	130
<i>30 Oración en el cementerio</i>	133
<i>31 A los pies de Cristo crucificado</i>	135
<i>32 Ante María, Madre de los Cartujos</i>	137
<i>33 Final del día</i>	139
<i>Epílogo</i>	142
<i>Bibliografía</i>	146



El presente libro titulado  
**Cartusia Defensionis**  
escrito e ilustrado por Rafael Cardío Alonso  
en colaboración con Pedro García Martos,  
tras dos ediciones previas en papel,  
se editó en formato digital  
el día 20 de febrero de 2011,  
festividad de san Amado

